

*Antología  
Navideña*

2017

*Antología Navideña*  
*2017*

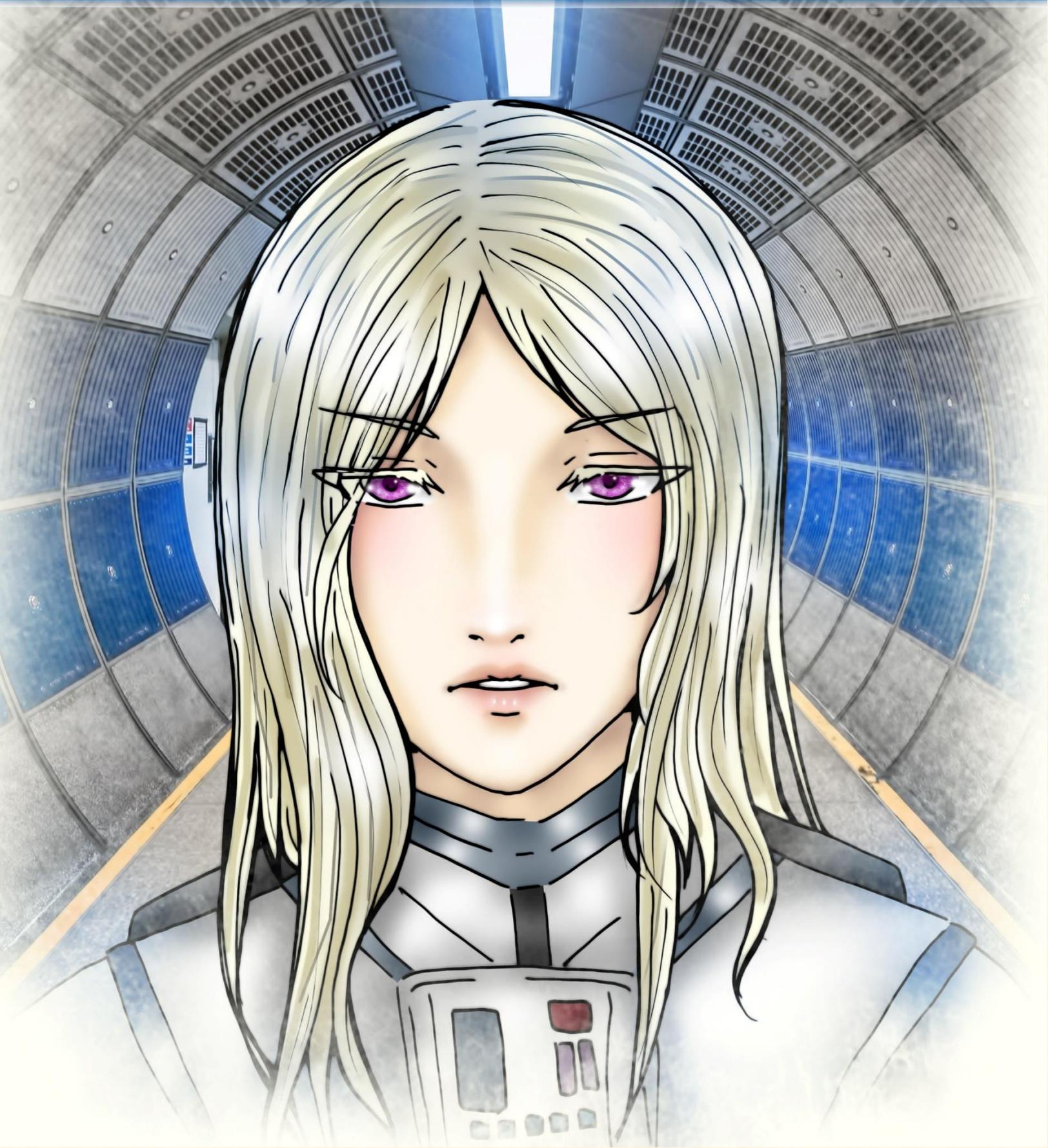


# índice

|  |              |
|--|--------------|
| <b>Santa Interestelar / Nina Küdell</b>      | <b>p.4</b>   |
| <b>Dándose una Oportunidad / Celeste G.</b>  | <b>p.21</b>  |
| <b>Yule / Belucarmer</b>                     | <b>p.45</b>  |
| <b>Esperando una Sonrisa / EmiRose</b>       | <b>p.65</b>  |
| <b>Querido Santa / Paloma Caballero</b>      | <b>p.96</b>  |
| <b>La Mordida del Alfa / Daniel Richards</b> | <b>p.101</b> |

# *Santa Interestelar*

Nina Küdell





## Capítulo I

Naru, al darse cuenta de la publicación, apretó los ojos con aflicción, lanzando el móvil directo a una de las esquinas de su habitación.

Lo que decían sus amistades era cierto: Renzo anunciaba sin miramientos su nueva relación por sus redes sociales. Para Naru enterarse de aquel modo, sería peor que cuando se había quebrado las costillas; era un dolor insoportable, era una estocada profunda directa a su pecho.

«El amor por fin ha tocado mi puerta».

Era una frase en conjunto con una fotografía en donde su ex pareja pregonaba el regocijo de su nuevo querer, y lo peor; ambos amantes aparecían besándose apasionadamente.

Se tomó de la cabeza y pegó un grito tan fuerte que su madre sin preguntar abrió la puerta de su cuarto.

—¡Mi Dios, chiquillo! —La mujer comenzó a auscultarlo—. ¿Qué es lo que te pasa? ¡No me digas que aún te duelen las costillas!

«Ojalá fuera eso», pensó mirando hacia un lado.

—No, mamá. Estoy bien —declaró entretanto se dirigía hacia donde había caído el celular—. Solo fue un desahogo.

—¿Un desahogo? —consultó con asombro—. ¡Pensé que te habías matado!

—Mamá... —Puso los ojos en blanco—. ¿Puedes salir? Voy a cambiarme.

—Deberías aprovechar mejor mi compañía.

El joven se acercó y la abrazó por la espalda.

—Tranquila, que recién me entregan el departamento esta otra semana. Me tendrás durante un par de días.

—No entiendo que te quieras ir, Naru.

—Necesito independencia, mamá.

—Lo sé, pero...

—Nada de *peros* —Le besó la frente—. Debo volver a la oficina.

—Está bien, pero no te olvides en ayudarme con la decoración del árbol mañana —dijo su madre a regañadientes—.

—No, mamá, no lo olvidaré.

—Ese es mi chico —Le rodeó cariñoso—. Te dejaré la cena en el horno.

—Gracias —respondió sonriendo—. No me esperes despierta.

—Creo que tendré que acostumbrarme a que llegues tarde cada noche —declaró con tristeza.

—Prometo que esta vez no lo haré.

Desde el rompimiento con Renzo, Naru después de su trabajo, solía pasar a un bar que quedaba a tan solo unas cuerdas de su hogar para ahogar sus penas en una copa de brandy, y si podía ser más de una, mejor sería. Era la única manera que había hallado para opacar el sentimiento que todavía le unía al que había sido su novio por casi cuatro años. Ni su mejor amigo le había servido como consuelo, además que su madre desconocía la verdadera realidad de su hijo.

Solo faltaba una semana para Navidad, una razón mayor para sentirse despedazado, cuando cada veinticinco junto a Renzo acostumbraban a arrendar una cabaña, perdiéndose de la bulliciosa ciudad para desatar su amor y sus pasiones. Era la fecha que esperaba con expectación e ilusión, y ahora solo era una imagen como un recuerdo inconexo, ya lejano, pero, que aun así no se despegaba de él. Era como una sombra que lo perseguía sin querer marcharse.

Su madre le había pedido que le ayudase con la ornamentación de su hogar, y por, sobre todo, del árbol navideño. Desde pequeño había adorado este ritual en conjunto con sus padres y su hermana mayor, pero ahora era algo que detestaba con todo su ser. En tan solo cinco meses de finalizar la relación, Naru, mentalmente había tratado de alejar lo más posible

la dichosa festividad de la cual tanto su familia como en su trabajo ya se habían encargado una y otra vez en proclamar al menos dos meses antes:

«¿Cuándo haremos el sorteo para el amigo secreto?».

«Creo que deberíamos comprar otro árbol, o mejor, ¿uno natural?».

«¡Deseo tanto que sea Navidad!».

Había comenzado a odiarlos a todos.

Se cambió de vestimenta y se dirigió a su oficina, en donde había dejado un par de planos a medio terminar, decidiendo llevárselos y así adelantar trabajo, pero, más que eso, era mantener la cabeza ocupada y que la figura de Renzo no se le presentara como de costumbre. Aún no asimilaba que lo hubiera dejado, tan solo porque a diferencia de él, llevaba una vida demasiado privada, tanto así que nadie más que Dinko, su mejor amigo como confidente le apoyara como intentara hacerle entrar en razón.

—Pensé que no vendrías, colega. —Dinko lo miró con extrañeza—. Yo estoy por marcharme.

—No te preocupes —respondió buscando la papelería en su mesa de trabajo—. Vengo por unos planos y me voy.

—Oye, podrías haberme llamado y te los hubiera pasado a dejar a tu casa —manifestó levantándose de su silla—. ¿Ocurre algo?

—Nada. —contestó parco.

Dinko, un chico alto y desgarbado con coleta y gafas *geek*, se le acercó deteniendo a su amigo.

—Ya... —Le quedó oteando suspicaz—. A mí no me engañas...

Naru no se molestó en rebatirle, menos en mirarle.

—No quiero llegar tarde. —Se pasó la mano por la nuca—. Mi madre ya se empezó a cuestionar de mis llegadas tardes a casa.

—Y no es para menos, pero si fueras honesto con ella...

—¡Lo sé! —imprecó mordaz—. ¿Crees que es fácil para mí?

—Sé que no lo es, hermano. —Dinko le dio un pellizco en la mejilla de Naru—. Pero no puedes seguir así.

—No puedo evitarlo... —El muchacho se apartó de su amigo, procediendo a tomar asiento, cabizbajo—. El ver que está feliz con otro hombre me mortifica.

—Debes superarlo, Naru —dijo Dinko, entretanto se colocaba su chaqueta—. Mira, es temprano, ¿qué tal si vamos por unas cervezas?

—No me tientes, hombre. —Naru acomodó su portaplanos, tratando de no caer en tentación—. Le prometí a mi madre a ayudarle en adornar el árbol de Navidad temprano.

—Una cerveza no te vendrá mal, o un brandy —aseveró su amigo—. Además, quedé de reunir con unos amigos.

—Oye, no inventes —chilló—. Sabes bien que no deseo...

—Solo son unos chicos, Naru. ¡Nos divertiremos un rato!

—Solo iré esta vez por una cerveza y luego me voy a casa, ¿de acuerdo?

—Bien, me parece. —Dinko le cerró un ojo.

—A todo esto, ¿Quiénes son? —consultó mientras hacían abandono del lugar.

—Elías y...

—¿Y?

Con rapidez, Dinko tomó su móvil comenzando a mensajear.

—¿Qué haces?

—Invitando a un buen amigo —replicó mordiéndose los labios.

—Y ese amigo, ¿cómo se llama?

—Tú lo conoces. —Guardó el aparato en su bolsillo—. Es Simón.

—¿Simón no es acaso ese chico mulato? —preguntó dudoso Naru.

—Ese mismo —contesto con picardía—. El de los grandes bíceps y espalda amplia.

—No me lo presentes como un modelo de catálogo —Gruñó con fastidio—. No ando en busca de...

—No te pongas a la defensiva. —Le dio un par de palmadas cómplices a su amigo—. Vamos, que se hace tarde.

## Capítulo II

Los pasos de Xzav se acrecentaron a medida que su captor iba tras de él. No sabía cuántas horas llevaba en lo mismo, pero lo que sí sabía era que debía de alejarse lo más rápido posible. Su cuello estaba en peligro.

Mientras corría, una pila de imágenes se le vinieron encima, recordando lo que tanto su mejor amigo le había sugerido como pronosticado:

«Te van a coger con las manos en la masa, Xzav».

Pero el joven tripulante y estudiante de la estación espacial Erebus, Xzav T'Arlox, había hecho caso omiso ante todo los problemas y consecuencias que lo conllevarían a su destitución de la afamada flota.

Haberse hecho amante del esposo del comandante de la nave, era como poner el pecho delante del batallón enemigo y entregar su vida como regalía.

Sabía que no tendría escapatoria, menos que su compañero de aventuras fuese a salir en su defensa.

La embarcación era lo suficientemente grande para poder escabullirse, lo que tampoco significaba que la libertad era imperecedera, puesto a que cada uno de sus aeronautas llevaba consigo una pulsera con un registro, lo que solo le quedaría esperar y rendir cuentas como esperar el infortunio de su futuro; uno que tendría dos alternativas: que el propio comandante le diera muerte, o ser expulsado hacia la inmensidad del cosmos. A fin de cuentas, un deceso seguro.

Sus piernas comenzaron a flaquear, más la sed se había apoderado de él. Era imposible escapar, él se lo había buscado.

—¡De nada sirve que sigas huyendo, Xzav! —Un soldado de al menos tres metros de altura lo apuntó—. Es mejor que te entregues.

Ante la advertencia, el muchacho subió sus brazos colocándose en cuclillas.

—Es mejor que me mates y ya, Ifan —dijo agitado.

—¡Y cómo me encantaría hacerlo! —Se mofó entre risas mientras se acercaba y esposaba al recluta—. Pero acato órdenes.

—Claro, si eres el *lameculos* de Aydin.

—Ten más respeto por el jefe, mequetrefe. —Ifan le golpeó la nuca, logrando que el joven cayera al piso, desmayado.



—¡Te juro que el soldado T'Arlox me amenazó! —Un hombre de cabellos rojos y lunares en el rostro, imploraba a su mandamás—. Jamás me hubiera fijado en él, en un simple cuartelero.

Tobys Aydin, comandante de la estación Erebus, no daba crédito a lo que el muchacho manifestaba. En Bladus 6U, su planeta de procedencia, el muchacho había sido rescatado por éste cuando escapaba de un grupo de androides mafiosos, los cuales decían que Maev les había hecho trampa en un juego de póker, y no solo eso; se había enredado en las sábanas del marido del propio jefe de la camorra.

El comandante se enamoraría del joven, proponiéndole matrimonio y llevarlo consigo al terminal sideral para que enmendara su vida.

Por supuesto, eso estaría muy lejos de las intenciones del jerarca.

No era algo desconocido para el comandante, pero el poder del sexo y las artes amatorias que Maev poseía, lo hacían sucumbir, perdonándole la vida más de una vez. La gran injusticia era para quienes eran obligados, tenían que cumplir los deseos del esposo de Aydin, pues no tenían escape, ya que Maev los amenazaba que, si no cumplían sus requerimientos, él mismo se encargaba de entregarlos y acusarlos de desertores. El capitán cerraba los ojos y se hacía el sordo, pues, si dejaba vivos a los hombres, estos, de alguna manera hablarían en sus lugares de procedencia, que el jefe máximo de Erebus era un cornudo. Por mucho fuera un secreto a voces.

Tobys Ayden estaba dolido, más sabiendo que esta vez, el amante de su ahora esposo era ni más ni menos que uno de sus mejores cadetes: Xzav T'Arlox.

No le perdonaría la vida, aun sabiendo que Maev había sido el gestor de todo este entuerto, ya que, a pesar de la belleza y la fama de casanova del destacado militar, jamás le hubiera traicionado.

Ahora el respetado superior de la escuadrilla batallaba contra su decisión hacia T'Arlox. Él jamás había perdonado una vileza de ese tamaño. Nadie había escapado para poder contarle, y en este caso, no iba a ser la excepción.

Su grupo de oradores, soldados como consejeros, procederían al interrogatorio, por más la resolución estuviera hecha.



—Es mejor que despiertes. —Un robot que no alcanzaba más de medio metro, le lanzó un vaso con agua sobre su rostro.

Xzav despertó convulsionado, quejándose del dolor que le producía su nuca, gracias al acertado golpe del *lamebotas* de Ifar.

—¿En dónde me encuentro? —preguntó contrariado.

—En una celda, recluta B-210 —respondió entregándole una bata de color negro que representaba su juicio, y, por ende, su muerte—. ¿O creías que se trataba de un *spa*?

El muchacho de cabellos blanquecinos y mirada alarmante comenzó a colocarse la tela, ajustándola con fuerza.

—No tienes que ser tan amable, chatarra —replicó empujando al droide—. Bien, llévame a la sala militar.

—No seré yo el que te lleve. —La puerta se abrió, ingresando Jefry, su compañero y amigo.

Por un instante, Xzav olvidó por completo su desgracia y se abalanzó sobre el joven. Lo apretó con fuerza, echándose a llorar, lo que este lo consoló besando su frente.

—Tranquilo. —Puso sus manos sobre las mejillas de Xzav—. Debemos hablar.

Jefry Skuna, confidente y mano derecha de T'Arlox, dio una señal para que la pequeña máquina hiciera abandono del cuarto.

—¿No se supone que él debe de escoltarme hacia...?

El soldado le hizo callar, lo que el muchacho entendió de inmediato.

—Ahora que estamos solos... —Aseguró la puerta para que nadie más intentara entrar—. Escúchame atentamente, y no vayas a decir palabra alguna. Harás lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —exclamó apenas.

—¿Recuerdas la pequeña *Khalpallo* que construí la temporada pasada?

Xzav asintió agitando la cabeza.

—Estuve trabajando en ella, y —suspiró—. Está lista para ser utilizada.

El joven solo frunció el ceño interrogativo.

—Sé que es pequeña para tu porte, pero créeme que te sacaré de esto.

El soldado escuchaba con atención cada palabra que su colega le decía, entendiendo que la única manera de liberarse de la muerte segura era escapando. Ahora, ¿a qué planeta?

—Ayden me concedió como último deseo el que yo te custodiara, por lo que me seguirás en completo silencio. —Le hizo entrega de una pulsera interlocutora y un pequeño bolso con alimentos que le ayudarían durante su trayectoria.

—¿Hacia dónde me dirijo? —Susurró apenas.

—En la bolsa hay una placa con las coordenadas y con la dirección hacia donde te llevara la *Khalpallo*.

Ambos amigos se abrazaron largo y tendido e hicieron abandono de la habitación, sabiendo que no se volverían a ver nunca más.

El juicio del estudiante y soldado de la estación espacial Erebus, estaba preparado para las veintiuna horas, lo que solo quedaban unos veinte minutos. Si no apresuraba el paso, el plan que había programado Jefry no resultaría.

—Todo está despejado —mencionó Xzav—. Es extraño.

—La guardia está en colación, y por estos lados no hay nada que salvaguarda, excepto tú, compañero —Le guiñó un ojo.

—Estoy nervioso... —El chico se limpió las gotas de sudor de su frente.

—Solo camina, no te voltees. Ya sabes dónde está la *Khalpallo*.

Xzav consintió.

—¿Qué pasará contigo, mi amigo?

—Nada, pues te acusaré que me golpeaste y me robaste el interceptor, adueñándote de mi última y mejor creación.

Ambos rieron, siendo Xzav quien le diera un beso desenfrenado a Jefry, lo que este se retiró sorprendido.

—Debí haberme quedado contigo. —Su voz quebradiza se apagó—. Ahora, mi paga es no volverte a ver.

Jefry, esta vez, le besó con mayor intensidad.

—Eso ahora no interesa —declaró firme—. Tu vida vale más.

—Yo...

—¡No digas nada! —Le dio un empujón—. Vete, por favor, antes que los soldados se presenten.

El recluta cerró los ojos y agachó la cabeza entrando en el centro espacial, ubicando a la pequeña nave confeccionada por su mejor amigo. Las cámaras de seguridad estaban bloqueadas con capturas de al menos tres horas antes, lo que los guardias no tendrían sospechas.

Entro con suma delicadeza, se desprendió de la bata, y dejó la bolsa a un costado, sacando la dirección de su próximo destino.

«¿Tierra?» ¡Debes de estar loco, Jefry!

### Capítulo III

—¡Dios! ¡Qué buena música! —Dinko empezó a contornearse alrededor de Naru—. Vamos, Naru, ¡cambia esa cara!

Naru lo miró con desdén, sacándose la chaqueta, tomando asiento con desgano.

—Lo siento, pero de verdad que vine solo por ti, amigo.

Dinko pidió dos cervezas, entretanto se sentaba.

—Despéjate un poco, Naru —Afirmó su mentón sobre su puño, pensativo—. Renzo no va a volver.

—No hay necesidad de recalcármelo —dijo malhumorado—. Lo sé, pero no puedo sacármelo de la cabeza. ¡Si ya teníamos la cabaña arrendada para este veinticinco!

—De verás lo lamento. —Dinko le dio unas palmadas en su espalda—. Las cosas, pasan, colega. Nada qué hacer.

—Es fácil para ti decirlo...

—No, solo que me ajusto a la realidad. —Subió sus hombros—. Si él ya no está en tu vida, pues tal vez llegue alguien mejor, ¿no crees?

—No quiero saber de ningún hombre —enfaticó—. No al menos dentro unos veinte años.

—¡Qué exagerado, amigo! —Rio.

Mientras los jóvenes charlaban las desventuras de Naru, dos chicos con pinta de gimnastas aparecieron detrás de ellos.

—¿Qué tal? —Uno de ellos, besó la mejilla de Dinko.

Naru solo hizo un gesto y volvió a su bebida.

—¡Elías! —Le acarició la espalda—. Tú cada vez más guapo.

—Te presento a... —El joven de piel morena y grandes ojos negros se detuvo—. Ustedes conocen a Simón.

Simón era un chico mulato altísimo, de ojos pardos y una sonrisa de ensueño. Naru lo ubicaba desde la última salida cuando aún estaba con Renzo, aunque el coqueteo entre los dos era fuerte. Una cosa era hacerse el lindo y jugar un rato, otra, hacer de ese juego una realidad, y Naru estaba profundamente enamorado de su pareja, sin saber que este ya lo engañaba. Sabía que había algo más, y no era solo un rompimiento porque Naru no quisiera salir del bullado closet.

Pasaron alrededor de dos horas, en donde un apasionado Dinko se besaba en la pista de baile con Elías, Simón intentaba ligar con Naru, sin recibir atención.

—Tienes unos hermosos ojos verdes, Naru. —Simón, trato de acariciar la mejilla de Naru, pero este se apartó.

—Gracias —dijo en un tono seco—. Lo lamento, Simón, pero es hora de que me vaya.

Simón abrió los ojos admirado, pues se había pasado el rollo que tal vez Naru, estando soltero se le daría una oportunidad.

El moreno solo le hizo una seña.

Naru recogió su chaqueta a duras penas, canceló las cervezas y se fue, sin siquiera despedirse de su amigo. Lo que sí, no recordó que llevaba al menos cuatro birras en el cuerpo, que, al salir del bar, el viento azotó su cara haciendo que el joven tabaleara y cayera al suelo.

«Mierda, lo que me faltaba».

Había caído sobre una posa de agua y barro, manchándose los pantalones. Se limpió y se sacudió con rapidez y siguió su camino con desgano.



Xzav llevaba al menos unas horas de viaje, agotado por la angostura de la nave, pero más que eso, le perturbaba leer la placa donde leía *Tierra*. Era el último lugar para aterrizar, por mucho que sus pares y seres de cuántos planetas más quisieran estrechar lazos como un humano más, pero, a pesar de ello era preferible, en vez de morir en la inmensidad del cosmos.

Recorrió con la vista la bella creación de Jefry, que, si bien era cierto, le faltaba uno que otro detalle como el aumento de la velocidad de la luz, podía entender que todavía estaba en proceso, y ya el hecho de haber sacrificado su invento por salvarle el pellejo, era algo que nunca iba a poder recompensarle. Trató de acomodarse y descansar un poco, pues aún su aterrizaje tardaría un par de horas más.

No pasaría más de una hora, cuando una nave lo interceptara, sin que el interlocutor de advertencia le avisara el ataque de esta.

«Pero qué demonios...», farfulló, tratando de incorporarse.

En efecto, una nave de estación espacial Erebus, había dado con él, pero eso no lo había asustado, sino el imaginar lo que podría pasarle a su amigo Jefry.

Trató de esquivarla, pero la embarcación era mucho más grande como avanzada. Difícilmente iba a salir con vida, pero entremedio de la desesperación de eludir los disparos que provenían de esta, recordó las tantas veces que solía visitar a Jefry en la central espacial, que ingeniosamente, su amigo había logrado que la diminuta *Khalpallo* en comparación con la flota de Erebus, podía hacerse invisible. Ahora estaba en recordar ese botón en el tablero de control y poder salir airosos del feroz ataque, que se notaba que era con alevosía. Con seguridad, Ayden lo estaba odiando y haría lo imposible para que Xzav no saliera con vida.

«No me la vas a ganar, maldito siervo de Ayden», murmuró.

El zigzagueo entre su vehículo y el perteneciente a la escuadra, estaban en un juego constante, lo que ya había empezado a marear al joven combatiente.

Su contrincante podría haberlo hecho desaparecer en un dos por tres, pero, al parecer, este disfrutaba de la desesperación del joven, y, aun así, no se daría por vencido. Xzav maniobró el panel de control dando con un pequeño *turboláser*.

«Para ser una nave tan minúscula, no me hubiera imaginado de la potencia de su armamento», pensó.

El muchacho accionó hacia su pecho el timón de la nave, enfocando hacia el punto donde estaba su enemigo. Gracias al interruptor, un cañón de luz alcanzó a no menos de quince

kilómetros de distancia a la nave del adversario, destruyéndolo con solo un estampido. Una brasa de fuego envolvió a la nave.

«¡Bien! chilló contento. Ahora voy hacia mi destino».

Xzav luego de su mediana batalla, respiró largo y tendido, tratando de volver a su realidad y revisar nuevamente su armamento y la distancia que le quedaba para llegar a la Tierra. Lo lamentable era que solo daba con el trecho hacia esta, pero no el lugar específico, de manera que ya se preparaba para su aterrizaje.

Durmió un par de horas, hasta que el colucutor le dio aviso a que estaba próximo a llegar a su destino. Pegó un salto y con rapidez se colocó un traje especial contra golpes más su casco de protección.

«Perfecto, ya era hora. Solo espero no descender en medio de la nada», meditó.

La *Khalpallo* adquirió mayor potencia, lo que Xzav ajustó la seguridad.

La nave comenzó a apearse con descontrol, lo que le hizo dar vueltas al joven piloto perdiendo la noción del tiempo. El muchacho había perdido el manejo de la nave. Solo percibió el firmamento lleno de estrellas y lo que parecía ser un terreno con viviendas.

## Capítulo IV

Naru, con sus manos en los bolsillos, iba golpeando pequeñas piedrecillas, melancólico, sin dejar de pensar en la fotografía de su ex amante, además de molestarse porque volvía a llegar tarde, cosa que había prometido no hacer. De seguro, su madre lo esperaba despierta para darle el sermón de siempre.

A medida que iba caminando observó el cielo que estaba hermosamente estrellado, deparando en una estrella con extraños movimientos, ondulando con velocidad. El chico se detuvo, pasmado.

«Pero ¿qué es eso?», farfulló asombrado.

Faltaba solo una cuadra para llegar a su hogar, pensando en lo que le diría a su madre. No eran más de las diez, pero recordó que ella, por ser viernes, tenía su clásica reunión de amigas para jugar cartas, lo que respiró con tranquilidad.

Le echó la culpa a las cervezas por su estado, lo que dio una leve sonrisa, sintiendo que hasta el cielo se le venía encima. No hizo caso y siguió en su trayecto. Hasta que la estrella que con tanta admiración contemplaba, cayó en la chimenea de su casa.

«¡Qué mierda!», chilló, para luego correr hacia su morada.

Lo extraño era que nadie de su vecindario daba luces, y menos que sus vecinas chismosas salieran a curiosear, pero al divisar en la entrada de su casa, solo vio que, desde el amplio tubo, salía una humareda que había envuelto la casa completa. No había ruido, no había vestigio más que el vaho asemejando una nube.

Sintió una presión en el pecho, temiendo entrar a su casa, pensando que, si ingresaba, su residencia explotaría, pero al tantear terreno, la puerta de su casa se abrió.

Tragó saliva y empuñó sus manos.

«Es mi hogar, y si tengo que morir, moriré con las botas puestas», dijo enfático y haciendo tripas corazón.

Dio pequeños pasos, a pesar de que sintió que su corazón se le subía por la garganta.

—¿Hola? —preguntó sin obtener respuestas—. ¿Hay alguien?

La habitación estaba intacta, pero percibió el calor que venía de la chimenea, sin estar esta encendida.

—Aviso, quien quiera que sea, que estoy armado —Gruñó, sacando un bate que escondía debajo de un sillón, mientras se acercaba hacia el fogón.

Nada.

Se empinó y miró hacia la salida de ésta, y divisó algo brillante y metálico. Unas luces giraban horizontalmente, emitiendo un ruido como de un juguete mecánico.

—Quien quiera que seas, es mejor que salgas, o tendré que...

De la cocina, un hombre se asomó con cuidado, y al percatarse Naru, este se volvió a esconder.

—¡Oye! —Inquirió con valentía, aunque sentía que se había orinado en los pantalones—. Sal inmediatamente. Te advierto que estoy armado.

Al oír la advertencia, quien estaba en la sala, salió con precaución.

—No te haré daño, humano.

Naru, al ver el porte y el rostro de quien le hablaba, soltó el bate de la impresión.

Era un hombre con una belleza angelical y de una piel lechosa nunca vista. De hermosa cabellera de un rubio blanquecino y unos ojos brillantes que parecían ser violetas. Llevaba

un traje de color plata apegado a su cuerpo, uno que era muy delgado y con una altura que con seguridad le pasaba por muchísimos centímetros.

—¡Tú, Tú...! —Comenzó a tartamudear.

—Tranquilo. —El chico juntó sus palmas en señal de paz y tal vez redención—. Lamento haber aterrizado en tu cas...digo...tú chimenea. Repararé los daños causados.

—¿Esto es una clase de broma? —consultó con más soltura—. Es mi madre, ¿verdad? ¿Ella te contrató?

—¿Tu madre? —El muchacho preguntó contrariado—. No te entiendo, humano.

Naru no entendió la forma de referirse hacia él, pues el tipo parecía ser humano también, pero su aspecto era uno con demasiada perfección. Este no era como los modelos de revistas para chicos o de aquellos que modelaban en traje de baño regalando un trasero bien formado y una mirada cachonda. Este ser, quien quiera haya sido, poseía una belleza pura.

—Mi madre, sí... —dijo, tragando saliva—. No tengo dinero, si eso es lo que quieres.

—¿Dinero? ¿Qué es dinero?

—Dios... —Puso sus manos en su rostro—. Entonces saliste de un centro mental...

El muchacho se acercó sin que Naru se diera cuenta, tendiéndole la mano.

—Mi nombre es Xzav T'Arlox. —Su mano siguió estirada—. Recluta B-210 de la estación espacial Erebus.

Naru le devolvió el saludo sin despegar su mirada. Era un adonis, un hombre perfecto para sus ojos, además que la dulzura de su voz, le transmitía una paz que nunca había sentido.

El sentir su mano cálida, hizo que Naru cayera hacia adelante, haciendo que Xzav lo atajara. También sorprendido, lo acomodó sobre un amplio sillón, sacando sus zapatos.

«Eres un humano muy bello», susurro el extraterrestre.

Pasaron alrededor de dos horas, cuando Naru se despertó y vio a aquel desconocido mirando el árbol navideño que aún permanecía sin decoración. Notó la admiración que el joven de cabellos lacios y suaves contemplaba. Este, sin que Naru lo supiera, dio la media vuelta y le sonrió.

—Buenas noches, humano Naru —dijo con una amplia sonrisa—. Mientras dormías, leí tu biblioteca y tu libro de dedicatorias de tu escuela. Tienes un nombre muy bonito.

—¿Qué?! ¿Eres real? —Se pegó en la frente, tratando de despertar—. ¿Entonces, esto está sucediendo?

—Por supuesto, humano Naru.

—Solo Naru... —Bostezó—. ¡Dios! ¡Mi madre! —Se levantó de un sobresalto.

—Tu madre llamó y le dije que estabas bien.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Grabé tu voz, no te preocupes —aseveró sin dejar de tocar el pino—. Ella se quedará en la casa de tu tía Nora.

Naru volvió a caer sobre el sillón.

—Dime, hombre de las estrellas —agregó con sarcasmo—. ¿Por qué estás aquí?

—Tuve que escapar...

—No tienes aspecto de delincuente, o, ¿lo eres?

Xzav rio.

—Fui sorprendido con el esposo de mi comandante —declaró—. Si no me marchaba, me matarían.

Naru abrió los ojos.

—¡Un infiel! —Se mofó—. Pensé que esas cosas no pasaban en los mundos más evolucionados.

—Más allá de planetas o humanidad, somos seres que sentimos y también tenemos falencias, Naru.

—Ah, bue... —suspiró—, debió ser bastante grave, como para tener que aterrizar en... Mi casa.

—Lo era. —Caminó hacia él—. Pero fui también asediado, lo que bajo amenazas no me tocó más que responder.

—Entiendo... —respondió con un dejo de ironía.

—¿Qué hay de ti, humano Naru? —Xzav se acercó quedando frente a frente de Naru, lo que este de lamió los labios—. ¿Tienes a alguien para depositar tus sentimientos?

Naru pegó una carcajada.

—Creo que te refieres a que si tengo... Novia.

—Novio...

—¿Y cómo sabes que es novio?

—Porque tus sentidos se aceleran cada vez que te miro —argumentó— Además que tu entrepierna aflora cada vez que me observas.

El rubor se le subió a las mejillas a Naru, tratando de tapar la altura de sus genitales.

—No tengo... —Con un hilo de voz contestó—. Él me dejó por otro.

—No puede ser... —exclamó—. Eres un humano bello. Es imposible hacerte daño.

Naru tragó nervioso.

—Gracias... —respondió agachando la cabeza—. Tampoco entiendo que alguien quisiera acabar con tu vida.

Xzav le sonrió entrecerrando sus ojos, acercándose hacia el cuello de Naru.

—Hueles bien, como a una flor que hay en mi planeta.

—Tú... hueles mejor...

—Y tu piel, es canela, preciosa... —Acarició la mejilla del chico—. Es tan suave...

Naru, a pesar de su timidez y contrariedad, no aguantó las ganas de posar sus labios en los de Xzav. Este, sintiendo su deseo, le correspondió.

Recorrió con su lengua la cavidad de su boca, dando leves mordiscos produciendo excitación en ambos hombres, lo que Naru, al igual que Xzav palpó su bragadura, haciendo que el joven diera un ligero gemido. La intensidad se apoderó de ellos.

Se desprendieron de sus ropas con celeridad, lo que Xzav comenzó a recorrer con su lengua y sus dedos cada recóndita curva de Naru, haciendo que este gimiera, estremeciéndose.

Xzav, al sentir la necesidad impetuosa de su compañero, fundió su miembro dando pequeñas pero contundentes estocadas, logrando que Naru se agitara y sonriera de placer.

—Eres delicioso, humano Naru.

Naru, aún jadeando lo besó con vehemencia,

—Y tú, eres el mejor regalo adelantado de Navidad... Mi Santa Interestelar.

# *Dándose una Oportunidad*

Celeste G.





Celeste G.

*Dándose una  
Oportunidad*

### Primera Parte



Mantuvo la cabeza gacha, los hombros encogidos y las manos en sus bolsillos. Estaba nevando, no era tan fuerte, pero el aire frío era suficiente para hacer que se encogiera y quisiera encontrar un lugar para resguardarse. Lamentablemente todavía estaba lejos de su casa, por lo que tendría que apresurarse.

Suspiró.

Su madre y su hermana eran un dolor de cabeza, mandándolo por cosas a última hora, cuando sabían que era posible que quedará varado entre la nieve. Claro que eso poco les había importado, no podría haber ponche sin huevos -los que su hermana había olvidado llevar-, tampoco podían tener pavo horneado sin nueces. Cosas que se supone compraron una semana antes, se daban cuenta que faltaban en ese momento. Lo que no era una sorpresa. Su madre y hermana tenían la gran habilidad para comprar un montón de cosas que nada tenían que ver con la lista de comprar que llevaban.

Siendo el menor de los cuatro y debido a que sus hermanos mayores recién habían llegado a la casa de sus padres, era su deber salir en medio del inicio de la tormenta para comprar lo que hacía falta. Por suerte había encontrado las cosas en el pequeño mercado del pueblo, lo

que no era sorpresa, el mercado se mantenía lleno de gente hasta un par de horas antes de las doce del veinticuatro, unos incluso más tarde.

Era algo divertido de ver. Personas gritando las ofertas, personas con grandes bolsas de última hora y algunos desesperados comprando los regalos de última hora.

Lástima que él no se sintiera con mucho espíritu navideño, aunque era feliz al estar con la familia. Sabía que la gran casa de sus padres se llenaría no solo de sus hermanos con sus hijos, sino con tíos, primos y abuelos. La mayoría de su familia iba a estar reunida para celebrar la noche buena, así como los últimos días del año. Tenían tiempo sin hacerlo, pero desde que su abuela materna estuvo varios días internada en el hospital con problemas respiratorios había hecho que todos desearán estar cerca.

Para ser sinceros, él no había deseado ir. Desde el momento que Ethan, el segundo de los gemelos, avisó que iba a llevar a su mejor amigo consigo para pasar las fiestas. Los gemelos eran inseparables, Johan e Ethan, pero también lo eran Ethan y Michael, el mejor amigo y el padrino de su boda. Sin mencionar que Michael Bradford era hermano de la esposa de Ethan y la razón por la que su hermano era asquerosamente feliz al lado de su malvada mujer.

Andrew quería ser amable y decir que ella simplemente tenía un carácter fuerte. Lo cierto es que, desde el inicio de la relación de su hermano, no había logrado formar una amistad con su cuñada. Ella parecía tenerle un injustificado odio, a lo cual se agregaba el odio por haberse declarado homosexual un día antes del anuncio del compromiso. Su salida del “closet” había sido un escándalo en pequeña escala, hasta que llegó a oídos de sus abuelos y tíos, entonces se formaron dos partes; unos a favor y otros en contra. Los abuelos y sus padres tuvieron que intervenir, dejar claro que nadie tenía ni voz ni voto en su vida personal. Tanto había sido el escándalo que en la fiesta de compromiso no se habló de los novios, sino de él y su “elección” de pareja.

Había pasado casi cinco años desde entonces, pero Janet -su cuñada-, no lo soportaba. Por más que intentaba disimularlo, para él era bastante evidente.

—Demonios —murmuró metiéndose finalmente a la camioneta. Suspiró cuando encendió el calentador.

No tuvo que esperar mucho para que el calor llenara todo el espacio de la camioneta, agradecía el haberla pedido para salir. Si hubiera ido en su pequeño Mazda seguro se estaría muriendo de frío. El dinero que ganaba como profesor a medio tiempo eran para completar sus pagos de la universidad, por lo que estaría ese mes prestando auto o caminando en últimas instancias.

En otro caso terminaría seguro debajo de un puente.

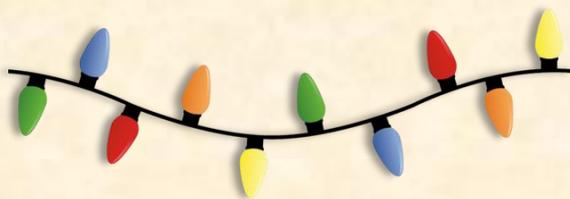
Encendió la radio y se burló cuando los villancicos comenzaron a sonar, no importaba que estación eligiera, por lo que se conformó con la música clásica de esas fechas. Intentó en no pensar en lo que tendría que enfrentar al llegar a la casa de sus padres, pero por más que lo intentará, lo único que podía recordar era esa noche hace tres años cuando muy, muy borracho decidió que era buena idea besar al cuñado de su hermano.

Un hombre mayor por casi ocho años.

Había sido rechazado, humillado por la hermana y arruinado el cumpleaños de su hermano mayor.

Cierto, esa era la principal razón por la que Janet lo odiaba. Porque de alguna manera, totalmente estúpida de su parte, había terminado flechado por el hermano de su cuñada.

Iban a ser unas fantásticas fiestas.



Andrew seguía siendo el mismo muchacho tímido y silencioso. También seguía teniendo unos grandes ojos verdes y sus risos negros, todo escondido por su querida sudadera roja y el gran capuchón que siempre mantenía puesto. Podía tener veintiséis años, pero seguía

siendo el mismo chico vergonzoso de diecinueve, que le había visto con sus mejillas rojas la primera vez que fue presentado por su mejor amigo.

Algunas veces, cuando lo miraba actuando tan juvenil, le hacía sentir como un viejo rabo verde por estar viéndole. Sabía que Andrew no era un niño, ni él estaba cerca de los cincuenta, pero ocho años de diferencia se sentía bastante para él.

—Cuéntanos, Andy, ¿cómo te fue este semestre? —El tono agudo y falsamente interesado de su hermana, hizo que Michael rodara los ojos.

Para nada sutil. Era clara su mala intención, por lo que empezó a caminar de la cálida sala a la cocina, donde estaban reunidos la mayoría ayudando con los preparativos de la cena.

Cuando entró sonrió al notar el rojo de los adornos, cada parte de la casa estaba decorada con un color especial de la época. Rojos, verdes, dorados, azules y otros; las habitaciones de la misma manera. Era bastante evidente que la ama y señora de la casa tenía un amor especial por esas fechas.

—Cierto, cariño —dijo la señora Stuart limpiando sus manos en su delantal para bajarle el fuego a lo que tenía en la estufa y mirar a su hijo menor. —Quiero saberlo todo, ¿qué tal el semestre y cómo te ha ido en el trabajo?

Abuelas, tías y algunas primas volvieron su atención al único hombre en la cocina.

Andrew fulminaba a la hermana de Michael desde su puesto sentado en el desayunador, con una gran bolsa de papas a un lado y un pelador en la mano.

—Muy bien, má —respondió con simpleza para volver a las papas, su rostro oculto por la capucha.

Janet miró a su hermano con el ceño fruncido para luego volver la atención al más joven.

—¿En serio? —preguntó con tono de sorpresa—. Estaba segura de haber escuchado a Ethan hablando con Johan sobre darte apoyo porque habías tenido que dejar un par de clases por falta de dinero. —Sus palabras fueron acompañadas de un tono casi burlista, así como se encogía de hombros.

Michael alzó las cejas con sorpresa y se acercó a su hermana para silenciarla. Ella no tenía derecho para hablar de eso, Ethan se lo había comentado, así como a Johan, pero nada tenía que ver con ella.

—De hecho, Ethan estaba hablando de abrir una cuenta, junto a Johan... No sé si Juliet también lo ha apoyado —dijo en el mismo tono desentendido—. Pero me parece algo injusto, pues todos sabemos que Johan está algo apretado con el tercer bebé en camino... y Juliet, bueno, no sé que pensará Peter de ello...

El silencio reino en la cocina, la señora Stuart se acercó hasta poner una de sus manos sobre la de Andrew. Su expresión preocupada. Mientras que el resto comenzaba a murmurar. La esposa de Johan acarició su vientre abultado mostrando un rostro compungido, mientras aseguraba a la abuela que todo estaba bien y que, si Johan decidía apoyar a su hermano, ella estaba de su lado. Por otro lado, Janet había pensado con anticipación hablar de eso cuando Juliet hubo salido de la cocina.

Michael la tomó del brazo, mirándola con la expresión molesta. Pero ella simplemente se encogió de hombros.

—¿Es eso cierto, Andrew? —preguntó la madre de Andrew.

Los ojos verdes se llenaron de lágrimas, pero se negó a dejarlas caer mientras suavemente retiraba la mano de su madre de la suya. Se levantó y luego miró hacía los hermanos Bradford que discutían en voz baja.

Michael sintió un nudo en el estómago al ver el enojo y dolor en la expresión del joven.

—No tienes nada de que preocuparte, Janet, puedo asegurarte de que no voy a recibir un solo centavo de mis hermanos —dijo con una expresión fría—. Nunca les he pedido nada, no voy a comenzar ahora, menos cuando soy consciente de que Annie está esperando a mi sobrino...

Dejó a un lado el trasto de sus piernas para ver a su madre.

—No te preocupes, mamá —besó su mejilla—. No estoy pidiéndole nada a nadie, no lo necesito...

—Hijo, no se trata de eso... sabes que tú padre y yo podemos...

Andrew Negó.

—No les estoy pidiendo nada, simplemente, déjenme... son mis cosas.

Ella quiso tomarlo de la mano, pero él se alejó hasta casi salir corriendo de la cocina.

—¡Andrew! —gritó la señora Stuart siguiéndole, pero el sonido de la puerta azotándose fue la única respuesta.

Michael se volvió hacía su hermana, quien continuaba partiendo vegetales sin algún arrepentimiento en su rostro.

—¿Estas feliz? —le preguntó.

Ella bufó, mirando a su alrededor. Las tías habían ido tras su hermana, así como algunas de las primas a llamar a los otros hombres para que ayudarán. Las abuelas murmuraban preocupadas al lado de Annie, quien a su vez le miraba con furia.

—Él comenzó todo esto —contestó—, no debió haber hablado con Ethan. Por su culpa MI esposo ha decidido dejar para después nuestra visita a las clínicas de fertilidad.

Michael negó al escuchar su enojo incongruente. Su hermana siempre había tenido algo en contra de Andrew, pero en ese momento había llegado demasiado lejos.

No era justo, ni maduro de su parte.

—Has actuado como una niña —le dejó con una mirada de molestia que hizo que ella resoplara.

Ella bufó.

—Como siempre, lo defiendes... cuando sabes bien...

Michael alzó una mano callándola.

—Ethan solo dijo que lo pospondrían por un par de meses, no que lo cancelaba —le respondió alejándose de ella, lo mejor era ir detrás de la suegra de su hermana, antes de que la mujer decidiera ir por su hijo con la delgada ropa que llevaba—. Algunas veces realmente te desconozco.

Janet dejó las cosas en el gran bol para seguir a su hermano.

—Michael, espera...

Pero este ni caso le hizo, solo la miró sobre su hombro dejándole claro con la mirada que más le valía quedarse quieta.

Ella se cruzó de brazos. Odiaba quedar como la mala, pero no le parecía justo tener que cancelar o cambiar sus planes. Por mucho tiempo estuvieron luchando por tener un hijo y justo cuando Ethan había accedido a intentarlo en la clínica, el tonto de Andrew aparecía arruinándolo todo.

Como siempre.

Igual que su compromiso.

Igual que su boda.

Andrew siempre tenía que ser el centro de atención, sin mencionar que odiaba el que estuviera detrás de su hermano.

## Segunda Parte



Andrew balanceó sus piernas sobre el casi congelado lago, su respiración salía en una larga nube blanca y su rostro estaba rojo por el frío. Sin embargo, su rostro no mostraba mayor molestia, más allá de las egoístas lágrimas que corrían por sus mejillas cuando menos lo esperaba.

Odiaba mostrarse de esa manera, mostrarse tan susceptible ante las personas que estaban haciéndole daño. Siempre había odiado mostrarse débil, era el pequeño y por ello el más consentido por sus padres, pero había sido independiente. Al menos lo había tratado por tanto tiempo, pero algunas cosas lo sobrepasaban y buscaba alivio en contárselo a los demás.

Nunca creyó que sus tontos hermanos mayores estuvieran planeando ayudarlo. Ahora tendría que hablar con ellos, causar una pelea entre esposos -porque no había manera de que Ethan se fuera a quedar tranquilo con Janet, por más que ella no lo entendiera-. Sus hermanos eran muy unidos, siendo ocho años menor que los gemelos, ellos creían firmemente en que su deber era cuidarlo.

Los quería, pero era innecesario.

Pegó una de sus rodillas contra su pecho, la otra la balanceo con suavidad. La nieve caía suave y delicada sobre la superficie del lago. Era algo bello de ver, le hacía sentir tranquilo.

—Estaba seguro de que vendrías aquí —la voz a su espalda lo hizo enderezarse y mirar sobre su hombro con sorpresa.

Esperaba ver a Johan, tal vez a Juliet, pero nunca a Michael.

—Michael —murmuró.

Lamió sus labios, pero estaba demasiado frío que terminó ardiéndole. Michael se acercó al tiempo que se quitaba la bufanda y luego con movimientos suaves envolvía su cuello con

ella. Andrew se quedó quieto, aunque terminó hundiendo la nariz entre la bufanda, respirando la loción cítrica que Michael adoraba -lo sabía gracias a que había acompañado a su hermano a comprarla para dársela de regalo.

—No entiendo cómo te gusta venir acá, cuando el frío casi parece duplicarse —dijo sentándose a su lado, jaló su abrigo más cerca y sopló en sus manos para darse calor.

Andrew pegó su frente contra su rodilla, el calor de la bufanda y el sudadero le hicieron sentir ligeramente mejor. Claro que no era suficiente para calmar el dolor de su pecho o la sensación de impotencia. Janet sabía exactamente donde golpear, las cosas que decir para que se sintiera como un pobre diablo. Esa era una de las razones por las que había evitado hablar mucho con sus hermanos, incluso con sus padres. Quería demostrarles y demostrarse, que era capaz de sostenerse por sí mismo.

Odiaba que fuera culpa de Janet.

—Siento lo de antes —dijo Michael con la vista en el paisaje frente a ellos.

Andrew se encogió de hombros.

—No importa. —Esa era la realidad, poco le importaba lo que había dicho Janet, porque ella misma se ponía en una mala posición con la familia.

Le dolía haber sido humillado y no poder defenderse.

Puede que no todos sus tíos aceptaran su orientación sexual, pero había algo que se respetaba en su familia y eso era: la familia siempre se protege entre ellos. Sus tíos iban a estar molestos, sus abuelos también. Porque ella le había atacado sin que la provocará, que su hermano quisiera ayudarlo era algo entre ellos.

—¡Claro que importa! —exclamó Michael mirándole con sus ojos molestos, su ceño fruncido y su boca en un rictus tenso—. Ella no tenía derecho de decir esas cosas frente a todos, no solo estaban tus tíos y abuelos, sino tu madre y primos. —Negó con su expresión poniéndose triste—. Ser humillado de esa manera frente a todos, no entiendo en qué estaba pensando.

Andrew suspiró.

Era curioso, entre todas las personas con las que se imaginaba estar teniendo una conversación, Michael no estaba entre ellas. No desde que fue apartado de aquel simple beso y casi ignorado por un año, hasta que las cosas se volvieron formales entre ellos.

—Ella me odia, Michael —dijo con simpleza. Esa era la realidad, lo había aceptado hace ocho años cuando le fue presentada y hace cinco, cuando “arruino” lo del compromiso—. Las razones las entiendo, lo que me molesta es que tenga que causarle problemas a Ethan, seguro mi hermano discutirá con mamá y papá.

Michael bufó.

—Estoy seguro de que Ethan no será el único, Janet se llevará una buena reprimenda.

Andrew asintió escueto, lo cierto es que le importaba poco, solo sentir pena por su hermano. Su buena acción había terminado de mala manera, pero eso pasaba por hablar a sus espaldas.

Ellos permanecieron en silencio por un buen rato, dándose una silenciosa compañía. Hombro contra hombro, con el espacio celeste hielo frente a ellos, a lo lejos podía escucharse los villancicos de los vecinos. Andrew fue consciente del tiempo que había pasado cuando notó como las luces de colores, del otro lado del lago, empezaban a ser encendidas. También que la temperatura había bajado y casi no sentía las manos.

—Creo... que es hora de irnos —La voz de Michael sonaba ligeramente temblorosa.

Andrew lo miró y no pudo evitar sonreír.

—Si tenías frío, ¿por qué no lo dijiste? —preguntó divertido.

Se levantó con algo de esfuerzo, estaba más frío que cuando había tenido que ir al mercado, pero no había querido levantarse. Se estiro y luego se abrazó a sí mismo, miró a su alrededor, tenían que ser al menos las cinco de la tarde.

—Se notaba que necesitabas tiempo lejos de la casa, además —señaló con la barbilla hacía el lago. Andrew se giró para verlo, contemplarlo en todo su frío esplendor. —Ethan dice que es tú lugar favorito.

Andrew asintió, su hermano lo conocía muy bien. Lo que no entendía era porqué ese hombre había prestado atención a las divagaciones de su hermano.

—No entiendo qué es lo que haces aquí —dijo mirándole.

Eran casi de la misma estatura, Andrew unos centímetros más alto. Donde Michael tenido una complexión algo gruesa, Andrew era delgado, bastante más delgado. Michael vestido como un empresario, era administrador de la constructora donde Ethan era uno de los arquitectos principales. Andrew era un maestro de medio tiempo que estaba luchando por obtener una licenciatura en psicología infantil.

Michael lo miró con el ceño fruncido, su cabello marrón estaba manchado con ligeros copos blancos.

—Como te dije, sabía que vendrías aquí y quise ver que estuvieras bien.

Andrew suspiró.

No entendía por qué ese hombre seguía dando las mismas excusas, diciendo las mismas cosas. Como si él fuera a creerle, cuando ni siquiera el mismo se creía.

—Sabes muy bien que no me refiero a eso —respondió comenzando a caminar. No tardó mucho tiempo para que Michael lo siguiera, lo miró de reojo, lo cierto es que estaba curioso de saber la razón de que lo estuviera acompañando—. Desde hace tres años que me evitas y solo eres cortés conmigo por obligación, ¿por qué venir a buscar al hombre que tu hermana detesta?, y que dejaste claro, te importaba poco.

Eso era lo que le molestaba. Las dobles señales, las intenciones en sus palabras o acciones, cómo le miraba y luego se apartaba. El que recibiera el beso para luego apartarse molesto. Si tenía problemas con su sexualidad, ese era su asunto, pero estar enloqueciéndolo era

injusto. Porque le hacía desear algo que era claro Michael no estaba listo para andar ofreciendo.

Michael le tomó del hombro deteniéndole, lo miró al rostro. Ambos, seguro, tenían los rostros rojos por el frío. Sus ojos llorosos y sus cuerpos tensos, pero Michael seguía manteniendo ese toque serio y distante que por tantos años le había atraído.

—En ese momento estaba pasando por una mala ruptura, una mala relación —dijo de repente, sorprendiéndole—. Creí que estabas burlándote de mí... además, eras el hermano de mi mejor amigo y estabas borracho. No podía tomarte en serio, además, yo no podía entender el que un hombre...

Andrew bufó separándose del agarre.

—No digas tonterías —replicó sintiéndose molesto.

Se acercó hasta que sus pechos chocaron, sus respiraciones chocaron entre ellas y sus labios estaban bastante cerca.

—Puedes dar la excusa que quieras, pero creo que para mí quedó bastante claro que no te soy indiferente... ese beso no fue solo de mí parte, por más que no quieras aceptarlo. — Se alejó—, deja de darme señales mezcladas.

Su corazón dolía, pero eso era lo mejor.

Antes del beso él había estado muy seguro de las intenciones de Michael, sus sonrisas y sus miradas, todo hablaba de un deseo. Por lo que Andrew tonta e ingenuamente, había estado cayendo por el hombre mayor, hasta que fue bajado abruptamente de esa nube.

No iba a volver a subirse.

Tampoco iba a pelear, defender su honor o decir que en ese momento solo había estado envalentonado por la cerveza pues no sabía cómo poder hablarle. La realidad era que desde la primera vez que se vieron, Andrew sintió algo especial por Michael, era una lástima que este no tuviera el valor para aceptarlo.

—Andrew... espera, Andrew...

Lo escuchó llamándole, pero se negó a responderle o escucharle. Era mejor dejar las cosas tal como estaban.

La oportunidad de algo entre ellos había terminado cuando Janet entró y gritó escandalizada por lo que vio a Andrew haciéndole a su pobre hermano. Esa noche, cuando Michael le vio con sorpresa y desconcierto en lugar de defenderle. Todo terminó esa noche.

**Tercera Parte**

Todos estaban emocionados, pasando la comida, riendo y gritando. Los más pequeños corrían a la parte de enfrente de la casa, juegos pirotécnicos listos para ser quemados. Las madres iban detrás. La cocina bullía de actividad, los abuelos y el señor Stuart ayudando a pasar los platos, también los tíos más jóvenes.

La música navideña al fondo le daba un toque familiar, así como el calor de la chimenea y el gran árbol natural a un costado de la sala iluminado con sus luces de colores. Era una actividad casi coreografiada, donde todos sabían exactamente qué era lo que debían hacer, y los que no, siempre podían ayudar en la cocina.

Andrew se alejó con el bol de dulces para ponerlo en la mesa de la sala, que sería usada para cuando se acercasen las doce. Cuando los abuelos decidieran contar un par de cuentos para todos sus nietos y algunos biznietos. Tomó un puño de poporopos dulces y se lo metió a la boca mientras miraba de reojo a su hermano discutiendo con su esposa, en una esquina del pórtico, lo suficiente lejos para no ser escuchados por los niños que jugaban, pero cerca para vigilarles.

Se dejó caer en el sillón, sintiéndose cansado. La semana que había pasado para llegar a ese día, había sido difícil. Ethan discutiendo con Janet casi todo el tiempo, los gemelos se habían peleado cuando Johan le gritó a Janet por meterse en sus asuntos. Juliet había sido la peor, abofeteándola y dejándole claro que si volvía a hacerlo iba a ganarse una paliza. Ethan no había sabido que hacer, de qué lado ponerse, pero sus padres habían intervenido para calmar las cosas.

Michael había intentado hablarle. Se acercaba y hacía cosas para intentar conversar, pero había logrado evadirle. Aunque una parte suya le decía que debía darle una oportunidad, lo cierto es que le daba miedo. No sabía que esperar.

—Tío Andy... —la vocecita le hizo sonreír.

Cargó y puso sobre sus rodillas al pequeño de sus sobrinos. El niño de sus ojos, literalmente, ambos tenían el mismo color y también el mismo nombre. Juliet había dicho que necesitaba que su nombre perdurará por si decidía nunca tener hijos.

—Hey mini yo, ¿por qué no estás afuera con el resto de chicos? —preguntó besando una de sus rojas mejillas.

El niño se rio.

—Tengo algo que darte, tío Andy —dijo con una manita cerca de su boca, dejando claro que se trataba de un secreto. Andrew acercó su rostro y dejó al pequeño rodear con sus manitas su oreja y se rio al sentir su respiración—. Es un secreto, solo tío Andy puede saberlo... es algo de chicos grandes...

Andrew sonrió y asintió, su sobrino de cinco años le estaba dando una mirada fija de advertencia. Era adorable, con su gorrito de santa y su gran suéter hecho por la abuela.

—De acuerdo, Andy, dime —dijo en voz baja, siguiéndole el juego.

El niño asintió y mirando alrededor para que nadie lo viera, sacó de su canguera, escondida debajo de las capas de ropa que le mantenían caliente, un pequeño sobre con adornos navideños, se lo dio y se cubrió su boquita mientras se reía.

—Es lindo —comentó, pero luego pareció recordarse lo que debía decir, pues se acercó a Andrew para murmurarle—. Tienes que ir, antes de que sean las doce... tío, tú debes ir.

Andrew miró a su sobrino divertido para luego ver la carta, sintió un nudo apretándose en su estómago. Solo había una persona, un hombre, que podía estar escribiéndole. El mismo que le había estado persiguiendo, en carne y hueso, así como en los pensamientos.

Dejó la carta a un lado en el sofá y le dedicó tiempo al pequeño entre sus brazos, le hizo cosquillas hasta que estaba pidiendo misericordia. Sus otros sobrinos se unieron, haciéndole y haciéndose entre ellos cosquillas, hasta que salieron corriendo al ser llamados por Ethan que iba a quemar un par de bengalas.

Andrew los vio irse con una sonrisa triste, esas fiestas habían sido complicadas desde el inicio, pero ver a sus sobrinos y al resto de su familia, hacía que valiera la pena.

—Creo que deberías ir —dijo Juliet dejándose caer a su lado. Ella le tendió la carta para luego acurrucarse a su lado—. Sé que quieres ir, entonces... ¿por qué negarlo?

Andrew miró a su hermana, ellos eran tan parecidos, las cosas en su vida hubieran sido mejor si ellos hubieran sido gemelos. Pero no tuvo esa suerte. Sin embargo, ella era con la que podía hablar libremente, le entendía y aconsejaba sin criticarle.

Suspiró.

—No deberías estar rescatando a tú marido de las manos de las abuelas, sabes que Nana está encantada con él —le dijo dándole un ligero empujón.

Ella se lo devolvió para luego hacerse pequeña, juntando sus piernas contra su pecho y estremecerse por el frío. La rodeó con sus brazos, no importaba que ellos se crearán ahí, ella siempre había tenido problemas con el frío.

—Nana puede jugar con él, así deja de estar preguntando a cada rato cómo me siento —bufó en tono molesto—. Odio cuando se pone todo mama gallina, conmigo.

Parecía niña pequeña quejándose, haciéndolo reír. Ella tenía al marido más dulce y dedicado de toda la familia, por más que se quejara, él sabía que Juliet adoraba a su molesto esposo. Sin mencionar que era normal que estuviera preocupado, su hermana no había estado durmiendo y el insomnio solo era muestra de que estaba demasiado estresada.

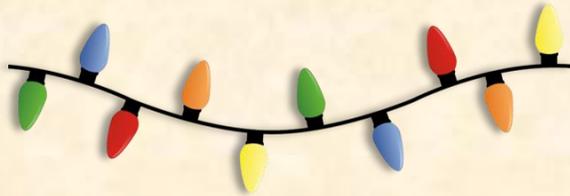
—Además, deja de cambiarme en tema. —Le fulminó con la mirada—. Tienes que ir, Ethan me ha dicho que -ya sabes quién- está soltero, tiene tiempo de estarlo... —se encogió de hombros—. No puedo decirte que haya cambiado su orientación de repente, pero tú sabes muy bien que no creo en eso de darle una etiqueta a lo que sientes.

Andrew asintió, ella era de esa manera.

—Entonces... ¿Crees que debo intentarlo? —le preguntó poniendo su cabeza sobre el hombro de ella.

Juliet acarició su cabeza.

—Haz lo que te diga el corazón, sigue tus sentimientos, hermanito —le besó la frente—.  
Date la oportunidad de tener a alguien para ti.



No iba a llegar. Era lógico, él y su hermana le habían hecho daño durante mucho tiempo. Él por ciego, por cobarde, por no poder aceptar lo que sentía. Janet, bueno, ella iba a tener que cambiar su manera de pensar, porque, aunque Andrew no llegará esa noche, no iba a rendirse.

Le había tomado ocho años darse cuenta de que poco importaba el estigma de la gente, que no podía seguir luchando con eso que hacía que su corazón latiera con fuerza. Paso su adolescencia diciéndose que era una etapa, que lo superaría, pero no fue hasta que vio por primera vez a Andrew Stuart que era por gusto intentar seguir mintiéndose. Se sentía como un tonto por esperar por ocho años.

Suspiró.

Miró la gran luna que iluminaba esa noche, el cielo despejado y el blanco y celeste del lago dándole un toque casi místico. Había pasado casi media hora ahí solo y podía decir que entendía por qué Andrew adoraba ese lugar.

—Es hermoso —murmuró buscando su celular, al menos podía tener un lindo recuerdo de ese momento.

—Creo que siempre es hermoso, pero en estas épocas es incomparable —dijo la conocido voz a su espalda.

Sin pensarlo se volteó. Ahí estaba, con su sudadero rojo, jeans y tenis, aunque se estaba era bastante claro que tenía frío. Fue un detalle alentador ver que llevaba puesto su bufanda.

—Andrew...

Se detuvo a su lado, respiró profundo y luego lo miró de reojo.

—No entiendo qué pretendes, pero si es una clase de broma o Janet...

Michael negó.

—Mi hermana no tiene nada que ver en esto... Yo te he citado porque... —Respiró profundo—. Quiero pedirte una oportunidad.

Andrew lo miró con sorpresa, sus cejas alzadas y su ceño fruncido.

—¿Oportunidad? —repitió incrédulo—. ¿Oportunidad para qué o qué?

Michael respiró profundo, el momento había llegado. Se sentía como un niño, cuando era un hombre pasando los treinta, eso le enseñaba que siempre había un momento incomodo en la vida, sin importar la edad que se tuviese.

—Quiero tener la oportunidad de ser... —Restregó su nuca y luego su cara, se sentía tan torpe—. Quiero...

Andrew rodó los ojos.

—Creo que mejor me voy...

Se volvió para irse, pero Michael lo tomó del brazo, hasta tenerlo pegado a él. Sabía que si lo dejaba ir no habría otra oportunidad, ambos volverían a sus vidas y se olvidarían de todo. No habría algo posible, un futuro entre ellos. Lo sostuvo entre sus brazos, rogándole al cielo por tener las palabras adecuadas.

—Quiero salir contigo, conocerte... —Lo miró a los ojos, intentando expresar todo lo que sentía en ese momento—. Siento algo... me gustas.

Había sonado tan ridículo, tan infantil. Era así como se sentía, no podía llamarle amor, pero era algo más que la simple atracción que sintió al inicio. No podía dejar de pensar en él, preguntarle a su amigo por todo lo que pudiera decirle, buscar información entre los familiares Stuart con los que seguía en contacto. Se sentía como un acosador, como un tonto enamorado de la manera más infantil que había.

Le gustaba. Podía decirlo, le gustaba Andrew.

Andrew ladeó su cabeza, lo miró con ojos entrecerrados, como midiendo sus palabras y su sinceridad. Sus grandes ojos verdes buscaban respuestas a preguntas que aún estaba formulándose, pero pareció casi complacido cuando desvió la mirada y le dejó ver el embozo de una sonrisa.

—Eres un tonto... no entiendo por qué te ha tomado tanto tiempo, es absurdo —dijo mirándole de reojo, no había salido de entre sus brazos e incluso sus manos seguían contra su pecho, sosteniéndole.

Se rio de sí mismo, de su inmadurez y de lo feliz que se sentía al no ser rechazado de tajo.

Andrew rodó los ojos y lo miró con reproche.

—Quiero una tonta cita... quiero ser convencido —dijo picando su pecho con el dedo índice—, no quiero ser escondido o renegado frente a otros. Me presentas como tú amigo y esto se termina, no voy a ser...

Entonces lo besó. Había querido hacerlo desde el principio, cuando lo vio llegar y darle esperanzas. Acarició sus labios en un roce suave, nada erótico, solo la necesidad de conocerse. Suavidad contra suavidad, ganando confianza, mostrándose el cariño y el ansia por conocerse mejor. Porque puede que se conocieran, pero no era lo mismo.

Sus respiraciones agitadas, sus labios húmedos e hinchados, sus brazos sosteniéndose. Era mágico, maravilloso y especial.

Lo sostuvo de la cintura y lo sintió reír entre sus labios, poco le importó las luces que los iluminaron en el lago en ese momento. Tampoco el grito de los niños Stuart que corrían para llamar a su tío, traerlo de regreso a la casa para quemar los juegos pirotécnicos.

Su beso terminó con los chiflidos de los adultos y los gritos alegres de los pequeños.

Andrew rodó los ojos, lamió sus labios y le guiñó un ojo.

—Una oportunidad, solo... —se rio—, solo porque es navidad.

¿Fin?



## Notas de Autor



¡Feliz navidad!

Espero que lo pasen de lo mejor con sus seres queridos y que este nuevo año este lleno de felicidad para ustedes, al lado de sus seres queridos.

Este año estuvo lleno de cosas buenas, cosas tristes y cosas sorprendentes. Un año único. No me queda más que agradecer a todos los que me siguen, me apoyan y me alegran los días; ya sea por Facebook o por Whatsapp. Para mí es una alegría poder contar con mis queridos lectores, saber de ustedes y poder compartirles cada etapa de mi escritura.

Además, agradecer a mi madre, hermanos y amigos; con los que puedo contar para hacerme reír en esos momentos en los que las cosas se hacen difíciles.

Gracias a todos,

Un fuerte abrazo y mis mejores deseos.

Celeste G.

Celeste G.

Escritora de homoerótica (LGBT+). Guatemalteca. Libra. Veintisiete años. Estudiante de Licenciatura en Letras. Tiene una preferencia por escribir fantasía, lo que pueden encontrar en la mayoría de sus obras, así como una fascinación por el drama. Historias largas, llenas de emociones de todo tipo, donde los personajes intentan buscar su lugar.

Pueden encontrar sus obras completas y por capítulos en:

Blog: [Novelasdemifantasia.blogspot.com](http://Novelasdemifantasia.blogspot.com)

Facebook: <https://www.facebook.com/celeste.guevara.9406>

Página de autora: <https://www.facebook.com/CelesteGZautora/>

Grupo de lectores:

<https://www.facebook.com/groups/734659093386498/>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Celestegz>

Correo: [other.joick.fan@gmail.com](mailto:other.joick.fan@gmail.com)

¡Felices fiestas!



# *Yule*

Belucarmer





Mientras esperaba su partida, la cama de pieles crujió su peso. Uller, el dios del invierno estrechó los ojos, pensativo. En el noveno mundo, el lugar de la niebla, donde residía a la espera. El vaho se escurrió entre sus dientes muriendo frente a su rostro, yacía desnudo mirando la bruma. La luz boreal brillaba en sus ojos azules, pero no era esta la que iluminaba la fría estancia. A su lado, el cuerpo cálido de Balder, el dios de la luz descansaba. Desde hacía tiempo que mantenían en secreto a donde llegaba la profundidad de sus lazos.

Pero Uller haría cualquier cosa por el bienestar de su amigo, a quien quería por encima de todo. Ni una amante, ni una esposa llenarían siquiera el lugar que ocupaba el otro dios en su corazón.

La promesa de su muerte lo hería tanto o más que al resto de los dioses, y sabía que, aunque multitud de juramentos se hicieron por su bienestar, nada era seguro para evitar el Ragnarok que le seguía a su fallecimiento. Incluso fue tan lejos como para advertirle a su madre, ganándose su enemistad, Frigg era posesiva con Balder y le desagradaba el afecto entre los dos.

La voz rica y profunda del blanco dios luz llamó su atención.

Sacudido por pesadillas oscuras, de su frente virutas de sol se escapaban entre balbuceos. Uller, le tocó intentando despertarlo, derritiendo escarcha una vez que su piel hizo contacto con el nacimiento de sus cabellos, pero Balder no se inmutó. Con el ceño fruncido sufría aún.

Esta vez, el dios lo tomó por los hombros levantándolo con una pequeña sacudida, que tampoco surtió efecto. Entonces desesperado besó su sien, intentando calmar con palabras suaves el sueño en un ronco canturreo ( "Quällens gullmoln fästet kransa. Älfvorna på ängen dansa"). Y esto pareció funcionar.

Separando los fríos labios estampó otra huella contra su mentón y fue repartiendo pequeños besos fríos sobre su piel que ardía, hasta encontrarse con su boca. Distráido por el hormigueo de calor pegado a su carne fría. Aplanó las líneas de sus labios contra la boca ajena, y empujó la lengua hasta abrirse paso, tanteando. Un ronco jadeó del otro dios le dio entrada, probando de su lengua, la urgió con la propia, bebiendo el calor. Con cada barrida los espasmos del miedo eran sustituidos por el picor del placer.

Supo que estaba despierto cuando una firme mano se aferró a sus cabellos rojizos y los aplastó, acercándolo. La lengua de Balder se unió a la suya en enérgica persecución. Y en la estancia los ánimos eran olas, vientos fríos y cálidos que les despeinaba y pellizcaba la piel.

Enredados en las extremidades del otro, Uller los empujó sobre las pieles, haciéndoles un hueco y así pasaban las noches hasta la saciedad y el cansancio. Explorándose y alimentándose con sus naturalezas contrarias. Uller miraba a los ojos dorados de Balder reconfortándolo, ignorando el miedo que los dos compartían.

Fue así como de a poco el dios de la luz recuperó su buen humor, y su felicidad. Sostenida en las manos del dios del invierno.

Pero Uller no era bien recibido entre los dioses, y debía atenerse a las oportunidades de Balder y su disposición para tenerlo en su cama o gozar de sus atenciones. Esperando en Ydalir, ya que en el celeste Breidablik, donde no tiene lugar la suciedad, era incapaz de entrar.

En la oscuridad y los días de tormenta vigilaba, ansioso, mas no era el único que permanecía a la espera.

Alejado del círculo de afecto del preferido de Odín incluso en tierras neutras. Hodur era su compañía silenciosa. El hermano gemelo de Balder, se quedaba quieto a su lado sin decir

nada, con los ojos cerrados, eclipsado por el brillo y la calidez de su hermano, pasaba inadvertido, y Uller pensaba que rascaba un poco de esa soledad con su presencia.

Ya sea que, sintiéndose mejor al compartir su soledad y la sombra de Balder, comenzó a involucrarse con el joven dios y pronto tuvo un compañero fiel en sus viajes de caza por el país. Aunque ciego, Hodur esquivaba los árboles y era capaz de acertar a las presas por el sonido de sus patas sobre la nieve. Regalo del invierno, que estimaba su fuerza y resentía la debilidad de nacimiento de Hodur.

Una noche mientras admiraban las auroras boreales en el cielo, y recordaba Uller a su amigo y lo compartido. Su ensueño fue sacudido y en la oscuridad buscando su arco, se encontró a Hodur metido entre sus pieles sobre su carne. Desnudo, su hermoso cuerpo pálido y brillante era idéntico al de su hermano salvo por el calor. Y sus cabellos blancos se pegaban a sus mejillas de la misma manera. Lo había despojado de sus ropas también, sorprendiéndolo con la boquilla entreabierta y los ojos llenos de pestañas fijos en la nada, pálidos como el acero. Mamaba ansioso de él, provocándolo, con su flecha de carne en mano. Y fuera por su parecido y el deseo contenido que Uller lo tomó. Acorralándolo bajo su cuerpo, lo besó como besaba a Baldier. Acariciándolo con hambre y largas pasadas, dejó su pasión en el acto mientras su corazón permanecía en otra parte. Contentándose con las declaraciones de afecto que tronaba Hodur en sus oídos. Como los rayos de su padrastro, estremecían sus huesos y aunque el cuerpo en sus brazos no quemaba, las palabras vertidas le proporcionaban cierta calidez que aliviaban su amor herido.

Y cada que Balder se exhibía entre los dioses entretenido en su invulnerabilidad, Uller abrazaba a Hodur, receloso. Conteniéndose en sus afectos, dormía en el frío el fuego de su corazón y calmaba sus ansias de tacto en el cuerpo platinado o en el de sus mujeres.

Cierto día en el que preparaban las flechas de tejo antes de una cacería en la morada de Uller, luego de yacer juntos toda la noche, Hodur que casi nunca hablaba exclamó con voz clara y serena:

"Uller, dios del invierno que cubre Asgard y Midgard. Mi hermano que está en lo alto sobre la tierra es granizo, distante y hostil; Y yo que me encuentro directamente encima de la tierra, hielo, una débil comodidad en lo conocido. Mi hermano que está en lo alto sobre la tierra se denomina nieve y voluble cubre tu corazón y yo que estoy directamente encima de la tierra, surgido del rocío de tus sentimientos, escarcha..."

Entonces había levantado la cabeza, separado las pestañas y clavado sus ojos invidentes en él, retratando su alma. Uller no fue capaz de objetar nada, con la cabeza baja siguió tallando las flechas en el tejo y poco después Hodur reanudo también su trabajo en silencio.

Pero era ese el pico de sus sentimientos y nada volvería a ser igual.

Meses más tarde mientras vigilaba su anillo de juramento, las palmas de Uller picaban. Las nieves de noviembre comenzaban ya a formarse en el cielo, y el reino se preparaba para la partida de Odín. Pronto en el adviento se anunciarían sus festividades que en el futuro llamarían natividad. El dios de la caza recibió de buen agrado sus preparaciones, alistando su arco y flechas, escuchaba las plegarias, y comía y bebía las ofrendas con aparente indiferencia. Aliviado de no pasar el tiempo en compañía de Hodur.

Incapaz de satisfacer su deseo secreto sin renunciar al propio. Su cercanía punzaba y comenzaba a molestarle, los silencios entre los dos tendían a alargarse como las noches, y cada vez pasaba más tiempo a solas mientras cazaba.

Con la incomodidad mordiéndole el cuello, por primera vez vio la verdadera naturaleza del dios oscuro. Pero no fue eso lo que le aterró, sino su propia oscuridad reflejada en los espejos ausentes.

Paseando entre los mundos, Hodur había fabricado un bastón y removía la nieve. Silencioso, perdido en sus pensamientos, se calentaba bajo los rayos que le golpeaban la espalda cuando Balder, quien volvía de una celebración, lo vio y se acercó a él, animado. No era ajeno a la amistad que su hermano había desarrollado con el dios del invierno ni del tiempo que los dos pasaban juntos cazando y viajando por el Norte. Y veía con buenos ojos la relación que sacaba del ostracismo a Hodur y alejaba de los problemas al conflictivo Uller.

Lo saludo con una sonrisa resplandeciente de dientes blancos, alzando la mano para tocarle el hombro al pronunciar su nombre. Pero si Hodur estaba feliz con el encuentro o no, no lo demostró, con los ojos cerrados, le devolvió una imperceptible sonrisa y siguió meneando el callado.

Balder disfrutando de la caricia del sol quiso tratar el tema, rara vez tenían tiempo a solas suficiente para conversar.

"No pasa inadvertida tu ausencia, querido hermano. Me siento feliz de que disfrutes del mundo y en buenas compañías. Algo he escuchado sobre tus proezas con los esquís".

"Será por padre y madre, que no comparten del todo tu opinión, querido Balder. Piensan que más que buenas, esas compañías resultan peligrosas".

Aquello hizo arrugar la nariz al dios de la luz y hundiéndose de hombros escudriñando el rostro de su gemelo, añadió:

"Tonterías, Uller puede ser arisco, pero no peligroso...y a propósito, ¿dónde se encuentra?, pensé que estarías reuniéndote con él"

Hodur dejó escapar un sonido amargado envuelto en una risa grave y apagada, levantando por fin la mirada del suelo permitiéndole ver su cara que era igual a la suya.

"Uller es a Odín, lo que yo a ti... mi presencia se anula donde tu estas y la suya debe evitar las tierras del viejo padre, si quieres encontrarlo son los Alpes o el Niflheim donde debes buscar."

Ante sus palabras Balder frunció las blancas cejas acercándose más a su hermano. Irritado, sus manos en puños, intentaba mitigar el ligero malestar que empezaba a construirse en la boca de su estómago. El mismo que Hodur llevaba años padeciendo, alimentando el desequilibrio con rencor estación tras estación.

"Pensé que eran cercanos"

"Oh, cercanos dices, he compartido su lecho, sí, me he envuelto entre sus pieles, sí, pero he pedido lo que él da a ti libremente y se ha vuelto entonces un no. No, no somos cercanos, estamos en igualdad de circunstancias, pero nada más. Nada."

Lo dicho hizo recelar a Balder, sin embargo, como era un dios bueno y benevolente amado por todos. Que despertará sentimientos negativos le resultaba imposible de imaginar, menos en su familia. En su mente era lógico que su amigo lo eligiera por encima de Hodur, con quien tenía pocos años de relación. Intentó conciliar y entender lo que su hermano decía. Preocupado por el tono avinagrado en su voz.

"Hablaré con él si te molesta..."

"No son necesarias palabras"

"Entonces, ¿qué puedo hacer para que tu corazón se quede tranquilo, Hodur?"

"Dejarlo, a mi corazón y a Uller, cédelo a mí, rompe toda relación con él y honra a tu padre y madre."

Balder retrocedió, golpeado por su petición. Mirándolo como si fuera un extraño, se encararon en silencio, cada uno bullendo por dentro entre contradicciones y resentimientos. Para Balder, el lazo compartido con Uller era demasiado fuerte para romperlo por un capricho vacío. Y para Holdur, aquel lazo no era más que algo conveniente y superficial para su hermano.

"¿Y de que serviría si él no te ha admitido en su corazón?, ¿qué cambiaría con que yo me apartara de él?"

Los ojos dorados de Balder resplandecían como el fuego, pero Hodur no se amedrentó, hundiéndose de hombros, se humedeció los labios, frunciéndole el ceño al aire.

"Sin ti, solo quedare yo. El invierno puede ser esquivo y difícil de tratar, pero al final depende también de un poco de calor. "

Balder apretó los labios.

Las pesadillas que le asaltaban por las noches vinieron a él empujadas por esas palabras, obligándolo a masajearse la sien. Uller era su seguridad, era una cortina pura y tranquilizadora contra los malos sueños. Gracias a él era capaz de mostrarse alegre y llevar esa alegría al resto de sus hermanos. Y por sobre todo, Uller era el único que sabía de sus miedos, de lo que se escondía entre los balbuceos tras sus párpados. No existía nadie en todo el mundo conocido como Uller para Balder.

Y temía que tampoco para Hodur.

"Si el dios del invierno se siente atraído a la llama, es porque esta le recuerda al sol."

Estas fueron las últimas palabras que intercambió con Hodur antes de alejarse.

No era justo pero la vida era vida, y el cambio de corazón solo le competía a Uller y Balder no iba a interceder a favor de su hermano, por mucho que le amara, le debía sinceridad al dios invernal.

Pero aquello no calmo sus ansias, ni la sensación hueca que se aferró a sus entrañas. Meditabundo, los Ases notaron que volvía a ensimismarse y trataron de sacarlo de su estado depresivo sin conseguirlo, dejándolo solo.

Balder salió de su castillo y recorrió la frontera encontrándose de pronto con una ventisca platinada de copos de nieve y una ola de conejos blancos. Tras estos envueltos en un viento infernal iba Uller, concentrado, sus cejas cobrizas fruncidas y su cabellera roja lo hacían parecer una antorcha viviente, con el arco tenso y la flecha lista.

El dios sol lo recorrió con la mirada, su cuello largo y robusto, la manzana de adán que se agitaba, su pecto voluminoso y su espalda ancha envuelta en pieles, aferrada por una larga tira en su cintura estrecha. Cuando cazaba, la verga se le ponía dura y asomaba rígida hacia el cielo, ciñendo las suaves pieles. Una especie de sortilegio para no errar al soltar la cuerda.

"Cuando la presa es formidable y ha dado una lucha... al lanzarse sobre mí un jabalí o un oso con sus colmillos y sus garras. Y Mi pecho encoje al constatar el peso solitario de la aljaba. Todo se cierra a una única oportunidad con la flecha que descansa entre mis dedos... siento mi sexo llenarse, de vida, de poder, y alzarse en lo alto rezumando. Con el deseo y la excitación llenando mis bolas... no hay sensación más poderosa, más embriagadora que esa..."

Distraído por el recuerdo, Balder sin querer se acariciaba por encima del cuero suave, reajustando su cinturón al escuchar el ronco tono de Uller similar al del cuervo. Y al levantar cabeza lo descubrió yendo hacia él con un par de conejos blancos de los que apenas goteaba un hilillo de sangre fresca. Sus ojos azules ardieron con travesura oscura por lo que hacía.

Ambos dioses se miraron en el delgado límite que los separaba, un par de palmos de tierra bastaban para que el dios luz cumpliera la promesa a su hermano. Arrancando toda expectativa a Uller. Si quisiera, y tal vez debía querer, pero en su lugar se encontró estirando los largos dedos sobre la división invisible. Hurgando entre las pieles hasta encontrar la carne cálida y acogedora. Reptó por el pecho, tanteó la piel erizada por el frío y sus caricias hasta toparse con la areola retorciendo el pico entre los nudillos. Escuchando con satisfacción perversa la respiración del dios invernal atorarse en la garganta.

Buscando más, en un parpadeo fue jalado al frente encontrándose de golpe, contra el pecho que acariciaba y rodeado de los poderosos brazos de Uller. Balder estiro el cuello, topándose con los ojos del dios más alto. Y separando la boca a punto de un comentario sarcástico sobre la caza, fue asaltado por los labios fríos que enviaron un estremecimiento por todo su cuerpo. Le dio la bienvenida a la lengua húmeda y resbaladiza, abandonándose en el beso que chasqueaba al aire como una hoguera. Y como el hielo alrededor, Balder también se derretía en el abrazo, en el beso y las manos que lo sostenían, serpenteando por todo su cuerpo bajo las pieles. Invitando al viento gélido a pellizcarlo donde lamía el rastro de calor de las ásperas palmas.

Evitó pensar y centrarse en la sensación amarga que se quedaba atrás, en el fondo de su garganta y amenazaba con surgir en forma de reclamo. No tenía derecho a reclamar nada, o

mejor aún no podía hacerlo sin exponer su egoísmo escrupuloso. Uller se reiría de él y algo más asomaría en sus ojos azules, oscuros ahora como las aguas del río Gjöll. Y es que los ojos de Uller eran fáciles de leer. Cuando se encontraba feliz y era sincero tenían el color despejado y azul parco de los días tranquilos. Pero cuando su corazón prendía dominado por la ira o la pasión, sus ojos se oscurecían. Y el azul se volvía negro espeso.

El invierno era crudo, pero también intenso, y Balder se recreaba en esos aspectos de Uller. Le gustaba la forma en la que lo sujetaba y lo sometía a su toque, como entremetía su grueso muslo entre los suyos para exponerlo y poder acceder a cada parte de su cuerpo. Su fuego interno se alimentaba y moría en la naturaleza glacial ajena. Casi podía ver el deseo condensándose y formando nubes de vapor cada que se batían sus lenguas o se frotaban los miembros, y eso bastaba para empujarlo a la cumbre. Era ver la magia que fluía por sus venas actuar sin la necesidad de grandes demostraciones lo que le llenaba de tranquilidad y anhelo, completo al fin.

¿Cómo podía entender eso Hodur?, apenas un puñado de seres eran capaces sin duda en el mundo conocido. Dejo que su peso descansara sobre el cazador, enterrando la nariz en el hueco de su cuello, permitiéndose las caricias al tiempo que grababa en su memoria el olor a pino ajeno. Llenándose los pulmones, la lengua salió a explorar luego de sentir las manos frías en su mitad inferior, jugando con el límite de su espalda.

Uller lo embistió y tiró sobre la nieve. Besándolo un largo momento, lavo su boca hasta que el sonido de una rama quebrarse atrajo su atención. Estrechando los ojos a la distancia, tomó a Balder contra su pecho llevándolo a lo tupido del bosque. Recostados en una cama improvisada de agujas de pino y heno. Protegidos de la vista, la boca del dios del invierno rodó sobre la clavícula alabastrina, contrastando la piel del pelirrojo, quemada por el frío. Le desnudo mientras chupaba y mordisqueaba cada palmo al sur, sobre el centro de su cuerpo. Donde se tomó su tiempo para torturarlo con la punta de la lengua antes de engullirlo hasta la base. Balder se derretía en su toque, aliviando el calor de su piel con el servicio. Enterraba los dedos en el cabello ensortijado y lo guiaba entre silbidos y balbuceos. Trabajo en él

aferrándolo por los muslos hasta que alcanzó el pico de placer y se debatió entre estremecimientos, susurrando su nombre.

Uller lo escondió bajo su sombra sosteniendo su peso para no incomodarlo, dejando a medias que se recuperara. Se hundió lentamente en él, ignorando los copos de nieve que se acumulaban sobre su espalda. Tembló, pero no de frío, el calor que irradiaba Balder era suficiente para derretir los alrededores. Placer posesivo le mordía la nuca con más fuerza conforme se abría paso en sus entrañas. El embiste fue bruto y desesperado, los dos se azotaban entre los besos y caricias. Intentando beber de la vista, mezclando los alientos en el vaho y las nubes a su alrededor. Los ojos azules estrechos delinearon la curva del cuello clavándose en la boca ajena, disfrutando de la lengua rosada que asomaba en lugar de la sensación de vacío en su corazón. ¿Por cuánto tiempo duraría esa relación?, ¿que perdía al seguir obstinadamente en ella?, ¿qué clase de afecto escondía Balder en su conveniente necesidad?, sacudiendo la cabeza, el sudor se desprendía de su cabello mezclándose con el que cubría el pálido cuerpo bajo suyo. Apartando los dolorosos pensamientos, se concentró en el acto y saciar al menos una pequeña parte de él. Sonriendo al sentir los brazos magros aferrarse con todas sus fuerzas a su cuello y espalda.

Se quedaron muy quietos escuchando el bosque respirar y la nieve fundirse. Balder separó los labios rojos y delgados un par de veces, elevando sus orbes dorados hacia Uller. Indeciso, sus cejas se fruncían y arqueaban intentando ordenar sus pensamientos.

"¿Qué ocurre?, ¿se han vuelto peores las pesadillas?"

El pulgar del dios rojo aplanó una ceja blanca, inyectándole confianza.

Balder negó.

"Hodur me dijo hace tiempo que te negaste a darle lo que a mi ofreces libremente."

Él invierno se preparó, tenso. Intentando mirar mejor el rostro de la luz.

"Pero conoces de sobra su cuerpo", continuó Balder.

Y Uller lo admitió sin rodeos.

"Lo conozco"

"No hay grandes diferencias entre los dos, mi cuerpo podría bien ser el suyo"

"Para mí son tan diferentes como el día y la noche, no hay forma de que abrace un cuerpo que no sea el tuyo con la totalidad de mis mejores sentimientos"

"Y qué clase de totalidad es esa?, algo se habrá colado a Hodur"

Aquello amargo el momento y Uller sintió que su cuerpo se volvía pesado y ajeno.

"¿Qué quieres obligarme a decir, Balder?"

"Nada que no quieras, Uller"

"¿No tienes de mí suficiente?, déjame conservar algo de mí mismo"

"¿Como puedo saber que es mío?, lo que no se ha nombrado no existe, y solo se materializa cuando ha sido nominado. Qué es sino una ilusión como la bruma, o el vaho que se cuele de tu lengua..."

"Lo mismo puedo decir del calor de tu cuerpo. Sube ante mi tacto, pero no deja de ser un fenómeno ajeno a mi persona..."

"Soy honesto"

Balder se defendió.

"Lo eres"

"¿Entonces cuál es el problema?, ¿qué esperas de mí?"

"Lo mismo que tú. Incluso sin palabras, tu disposición, tu atención, tu afecto...los que son movidos por algo más profundo que tu egoísmo."

"¿En ese nivel colocas mis sentimientos?, ¿superficiales como el reflejo de un charco?"

"Lo haces tú mismo. ¿Cuántas veces?, ¿Cuántas has ido por mí sólo por quererlo de verdad?, sin el lazo de las pesadillas o el capricho. Dime si ahora no es así. Si este encuentro, tus

reacciones y la intensidad de tus deseos no están ligadas a lo que sea que Hodur hizo para herir tu vanidad o tu orgullo..."

Balder vibró de ira contenida, ofendido y herido, lo fulminó con la mirada, lleno de amargura. Mordiéndose la lengua las palabras sabían a hiel en la punta. Quería gritar y quería pedir, y negar, pero en algún lugar dentro de su mente, sabía que Uller tenía algo de razón. Una parte de él, la que se pavoneó frente a su hermano, había salido a la superficie, para alimentarse egocéntrica de la desesperación y el ansia del dios cazador.

"Hablas como si no significara nada, pero mis actos no son los únicos que no corresponden con lo que predico. Dices, dices mucho pero no hay verdad en tus acciones, y no puedo esperar nada de tu corazón. Mentiras, si no es más que la voz de tu carne la que me busca, como un perro."

"¿Es eso lo que soy?, un perro que busca las sobras..."

Balder estuvo tentado de revelar sus inseguridades y la ternura que hinchaba su corazón, pero era reacio a quedar expuesto. En la ventaja de la falta de pretensiones de Uller encontraba comodidad. Con la garganta adolorida y los ojos irritados estiró la mano, buscando tocarlo. Uller era débil a su toque una caricia y sería arcilla en sus manos.

Pero Uller retrocedió, apartándose bruscamente de su toque, se alejó de sus dedos como si fuera veneno. Y cuando Balder levantó la vista. Se encontró con el gris pardo y frío que tanto atribuían al dios. Era la mirada que les dedicaba a los dioses, a los seres humanos, a la nada.

"...Uller"

Un paso al frente y Uller hizo crujir la nieve hacia atrás.

"No más, nada más. Nunca más. Se ha terminado Balder..."

Lo dejó en una ventisca helada, con el viento cortante silbando mientras se alejaba en una nube de cristales, lleno de silencio.

Pero este no pertenecía solo a Uller, a Balder o al lugar. Hodur, contra un árbol, con los ojos cerrados y bajo una montaña de nieve blanca fue testigo de todo. Del encuentro entre las

espinas de pino, de los jadeos, de las declaraciones mudas y las palabras hirientes. Y sin pensarlo, sonrió. Con los labios pálidos y azules. Aferrado a la vara que llevaba entre los dedos lentamente se desperezó. Había seguido a Balder a distancia, lo conocía suficiente para saber a dónde lo llevarían sus pensamientos. Para alguien como él, la paciencia era una necesidad, no una virtud. Esperando al fin era recompensado y llegado su momento de actuar.

Alejándose, sabía a donde tenía que ir. Paso a paso hasta que a su nariz golpeara el aroma de los bosques de tejo.

El corazón de Uller latía con violencia. Tronando en su oído le impedía escuchar el sonido de la tormenta formándose a su paso, mordisqueándole los talones como lobos hambrientos. Supo que sería un invierno duro ya que no podía poner en ello su corazón. Sacudiendo la cabeza, restregó el cabello rojizo con una mano deteniéndose de a poco en Ydalir, empezando a serenarse. El hogar era un buen lugar para dedicarse a lamer sus heridas y dejar estar el tiempo. Mirando sobre su hombro intentó que el dolor no asomara en sus facciones. Apretando el grueso mentón, se quitó los esquís y avanzó entre los árboles con la cabeza enterrada en las pieles que cubrían su cuerpo hasta el cuello. El aroma de Balder aún permanecía impregnado en ellas y su esencia manchaba los faldones donde las colas de zorro colgaban.

Balder con la sonrisa eterna en los labios y los ojos brillantes, Balder balbuceando su nombre entre los malos sueños y el frío. Le gustaba esa clara dependencia e indefensión que exhibía el otro dios. Lo había cegado, atado a su persona y al final cayó por él, pero, ¿qué era para el otro dios?

"Un capricho..."

Su puño estrellándose en el portal de roca hizo caer el hielo del tejado. Se entregaría a la bebida y al sueño hasta que el vacío en su pecho dejara de importar y se congelara.

Lo despertó el sonido de la ropa empujada contra el suelo y el crepitar del fuego reanimado en la hoguera. Y entre las pestañas cobrizas pesadas y tupidas, un cuerpo blanco y níveo

apareció, desnudo sobre su regazo. Le había quitado el vino de entre los dedos y abierto los brazos para liberar su pecho. La mordida del frío le indicó que estaba desnudo al menos sobre los muslos. Y aquello le resultó tan malditamente familiar que, sin pensarlo, un nombre se desgranó de sus labios.

"Hodur"

El tono sin emoción lo estremeció, pero no arrancó su valor de raíz. A horcajadas sobre el dios invernal, el dios de la oscuridad movió las caderas ajustando su cuerpo, jugando con el mástil de carne apenas despierto. Con la esperanza atascada dolorosamente en la garganta, parpadeó sus ojos hacia la oscuridad, donde el calor de la respiración de Uller nacía. Pero antes de lograr hacer nada, un par de manos como cadenas se cerraron alrededor de sus muñecas y lo empujaron violentamente atrás.

Sobre el suelo, de rodillas Hodur se congeló ante el rechazo, con un dolor profundo recorriéndole de pies a cabeza. Abriendo y cerrando la boquilla, estiró la mano tanteando el aire. Una vez más, lo intentaría una vez más.

"¿Qué haces aquí, Hodur?"

Compadeciéndose, el dios pelirrojo arrojó un par de pieles sobre él, cubriéndole del frío y la vergüenza. En su voz adormecida por el vino, se deslizaba un dolor.

Ajustando el abrigo, puso distancia rápidamente entre los dos, rehuendo su toque, como había hecho con Balder. Y al darse cuenta de que Uller no tenía intenciones de aceptarle pese a haber dejado atrás a su hermano, la amargura y el desamparo cubrieron el corazón de Hodur. Dejando caer los hombros intentó duramente encontrarle en la oscuridad que le golpeaba los párpados.

"¿Por qué?, ¿cómo es que si le has rechazado a él también me echas lejos a mí?"

El corazón de Uller se compadeció.

"pequeño Huggleik..."

Susurró con suavidad, estirando las manos para empujar las lágrimas calientes que se deslizaban por el mentón ajeno. Con auténtico arrepentimiento, aquella palabra escondía la clase de afecto que sentía por él y la verdad de su situación, no era más que una ilusión, una fantasía. El dios invidente le dejó hacer, intentando llenar sus pulmones y evitar temblar. Su mano frotó los nudillos gruesos y pelados del pelirrojo antes de que se alejara.

"Uller"

El dios del invierno negó con la cabeza, firme. La tristeza fluía desde su cuerpo, helando la piel de Hodur.

"¿Por qué?"

Aulló con ronquera.

Pero Uller no dijo nada, ya que Hodur conocía la respuesta y no podía ser una que se sintiera dichoso de escuchar. Llorando como un chiquillo se dejó hacer cuando Uller le cubrió hasta el cuello con el abrigo y lo llevó a la cama improvisada de paja y lino. Colocándole sobre las pieles, limpió con el dorso de la mano sus lágrimas y animó el fuego. Entre el sueño, agotado, Hodur lo sintió desaparecer arrastrando su larga sombra en la entrada.

Uller, el dios invocado por los que los envolvía el duelo o la lucha desesperada.

Pensó en lo irónico de su situación que se parecía mucho a eso, cerrándose, hermético al futuro de sus sentimientos. Guardó todo lo sucedido con los gemelos de Odín en lo profundo de su corazón. Como una cicatriz mal curada que de vez en cuando producía malestar y una avalancha de recuerdos y sentimientos encontrados.

Pasado los días hasta que como patrono del mes llegaba su tiempo y su dominio sobre las tierras se debilitaba. Ya en diciembre mientras escuchaba las peticiones en su templo, cumplió esta vez las súplicas de sus fieles y cubrió sus campos con gruesas capas de nieve. Aunque jamás admitiría que, secretamente esperaba retrasar el mayor tiempo posible a Odín

y esperaba, y no, un milagro. Un desliz nocturno donde Balder fuera a él y le revelara sus sentimientos ocultos para poder ponerlos al fin en su boca.

Pero nada de eso paso y así, soportó entonces su destierro anual, forzado en las tierras oscuras del Niflheim. Junto a Hel, la diosa de la muerte.

Aunque no fue el único que lo resintió.

Loki se arrastró entre las sombras con una sonrisa ladina y malvada en la boca. Cosa no extraña pues era el dios de las travesuras y de los malos hábitos. Así que a nadie llamó la atención que pareciera el cínico dios a punto de urdir algún plan malicioso. Con puñal en mano, suave y flexible de madera de muérdago, la debilidad secreta del dios resplandeciente, años habían pasado antes de que consiguiera arrancarlo de la boca de su madre. Jugueteó con este entre los dedos buscando en la multitud de dioses que se reían y divertían lanzando armas y objetos a Balder. Él dios luz en ese entonces ya no temía a los sueños, pero lucía en él una felicidad extraña que no subía a sus ojos, y alguna clase de oscuridad se mezclaba con los luminosos rasgos de su bello rostro. Por el contrario, Hodur parecía más tranquilo y oscuro que de costumbre y había perdido el aire de ingenuidad, sustituyéndolo un silencio solemne y espeso. Los dos hermanos hacía tiempo que no hablaban ni mantenían contacto más allá de la tierra neutra donde las fiestas se celebraban, pero la razón del porque era un misterio.

Hoy era la primera vez que se reunían con el resto de los Ases en años. A Loki le atrajo esa extraña mezcla de naturalezas que parecían reflejar los hermanos. Molesto por sus hijos confinados a prisiones y la atención a Balder, se inclinaba por la noche. Sobre el oído del ciego la voz del dios de la travesura susurro gutural al tiempo que su mano abría las ajenas para colocar el puñal de la venganza y el fin.

"Hodur, gemelo de Balder, dios oscuro... ¿no es mejor unirse a la multitud e intentar salir de ese silencio, de esa soledad?"

Hodur no respondió, sopesaba en sus dedos el peso del puñal.

"Hodur, dios del pecado, conozco el olor del rencor, su peso, el sabor y la clase de calor que desprende...y todo eso te cubre como un grueso manto."

Hodur afianzo el puñal, con fuerza y su fuerza era conocida por todos los dioses, por Asgard y Midgard.

"Hodur..."

Loki susurró, pero esta vez no tuvo que decir más.

Un paso, dos pasos y el sonido de una respiración entrecortada, el calor de una sustancia espesa entre sus dedos y el silencio de la sorpresa.

Balder, en un charco de sangre perdía la luz de sus ojos, y la vida corría de él, se escapaba arrastrándose sobre el puñal y la carne. Su último pensamiento también se fugó, directo a Uller. El grito de Frigg rasgó el cielo y ya nada volvería a ser como antes.

Los ritos pasaron junto a la única oportunidad de devolverlo a la vida, si los nueve reinos enteros lloraban, pero el mundo lloró menos uno: Loki que solo sonrió. Balder se quedó junto a Hel en el inframundo, en el frío y la oscuridad privado de los dioses.

Despedido en un barco, su favorito, se hundió en el mar.

Uller no fue capaz de decirle adiós, subiendo a tierra el invierno fue crudo y hostil, seco y mortal. Dejo los patines, los viajes y descuido al tejo y la caza. Por las noches se hundía en las frías aguas buscando un rastro de su afecto, del dueño de este. Elevando sus sentimientos a las estrellas fue recompensado su dolor con un trozo pequeño y blancuzco atraído por las olas.

El diente era de Balder. Se decía que, tras pronunciar runas mágicas sobre el, Uller lo transformó en un barco que lo transportaba a través de tierra y mar, según su deseo. Pero no eran runas mágicas si no el peso de su amor y la confesión que jamás sería oída junto a sus lágrimas, lo que dio forma física al último pensamiento del dios de la luz.

Entonces el dios del invierno se volvió parco y cruel para el mundo al perder su corazón. E hizo una promesa así mismo sabiendo las palabras del oráculo: en el fin de los tiempos, ellos

volverían, aunque él no estuviese más para verlos o tocarlos y deseaba dejar una huella de su afecto, que era verdadero.

Espero y sembró en los corazones la llegada del fin, el nuevo comienzo y el renacimiento de Balder y Hodur. Destinándoles veladamente cada una de sus celebraciones y sus fiestas, de sus cosechas y sus ritos. Asentando ese secreto bajo la nieve de la conciencia de sus fieles junto a su amor y la culpa. Muchos años después, aunque su nombre fuese olvidado, aunque sus ritos fuesen cambiados, el mundo seguiría esperando el nacimiento de la luz. El yule, las vísperas... junto a la nieve, dejó en la tierra la esencia de la navidad, su despedida.

Fin

## Notas de Autor



He aquí mi "mitago", un mito modificado a mi capricho. Y ninguno mejor para navidad que los nórdicos. Sólo es un fic mitológico así que no vayan a tomárselo demasiado enserio y disfruten leyendo(lo que tampoco es obligatorio si no lo disfrutan ni modo :c). Estuve leyendo sobre navidad para inspirarme porque no es lo mio y termine con un dialogo de Platón sobre la nieve que desencadeno esta historia, espero que se sienta suficiente "navideño" aunque su final no tenga mucho del espíritu amoroso y feliz.

Yule puede ser el origen de la navidad que celebramos hoy en día y leí que en distintos lugares le llaman así al periodo de celebración desde noche buena hasta reyes. Las festividades de Uller tenían lugar en estas fechas, sustituido después por un santo y a Balder lo han comparado con Cristo por lo que pegan para ser nuestro santa y parte del ambiente creyente de la época, que es casi imposible quitarle a lo relacionado con la navidad. En algún punto todo en mi mente se conectó pero tuve muy poco tiempo para pulirlo, así que solo me queda esperar que se entienda un poquito de lo que quise hacer.

Me gusta escribir fantasía y ficción homoerótica. Si te gustó esta historia encontrarás más en mis redes, junto a adelantos de nuevos proyectos e ilustraciones.

Redes

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Belucarmer>

Facebook: <https://www.facebook.com/Belucarmer/>

Amor yaoi: <https://www.amor-yaoi.com/viewuser.php?uid=34917>

Aow: Belucarmer

# *Esperando una Sonrisa*

EmiRose





## CAPÍTULO 1

*Jueves, 19 de octubre*

Llegaba tarde a su cita con el pequeño Arthur. Y sabía que el niño se iba a decepcionar, pero es que la enfermera se había empeñado en que tenía que ducharse tras sufrir los sudores fríos que le dejaban la medicación intravenosa.

Cruzó la puerta de la habitación 501, donde el niño estaba en la cama mirando hacia la ventana sin darse cuenta de que había llegado.

—Ya estoy aquí y vamos a reírnos un rato —dijo Cooper tocándole el hombro.

El muchacho se giró y con los ojos llorosos e intentando evitar un pequeño sollozo le dijo susurrando:

—Pensaba que ya no vendrías hoy, y mi mamá no está.

—Es que me han dado una nueva medicina y la enfermera me ha obligado a ducharme —le explicó Cooper—. Pero ahora, ¡vamos a contar chistes!

Pero en ese momento no pudo seguir, porque dos hombres vestidos de payaso entraron dentro de la habitación. Sin fijarse en que Cooper estaba también allí, llegaron hasta el niño, y mientras uno de ellos se mantenía al margen apoyado de espaldas contra la pared, el otro hacía figuras con globos. Al final consiguieron que el niño se riera y fue a más cuando Cooper intentó hacer una figura con los globos y uno de ellos salió volando por los aires haciendo una pedorreta.

Al cabo del rato, ambos payasos se fueron y Cooper, después de un par de palabras con Arthur y una despedida, también quiso regresar a su habitación. Pero al girar el pasillo principal, se encontró con una escena un poco desagradable. Uno de los payasos estaba reprendiendo al otro, explicando que tenía que ser más amable y considerado con las personas enfermas, que su trabajo allí era intentar dar felicidad o tratar de hacer reír a aquellas personas que no lo tenían todo en la vida. Sin que los payasos se dieran cuenta de que estaba allí, Cooper pudo oír la respuesta del que estaba sufriendo la regañina, *«tú no sabes nada de mí. Sí, la cagué y me emborraché y tengo que pagar un precio. Pero porque tenga dinero y haya cometido un error, no significa que lo tenga todo en la vida.»*

Cooper suspiró y volvió a girar para llegar a su propia habitación. Las palabras del payaso le hicieron reflexionar. ¿Qué podía pasarle a ese hombre para que hubiera contestado así? Cuando se encogió de hombros pensando que no era asunto suyo, el payaso apareció enfrente de su puerta y se volvió a apoyar en la pared. Cooper le observó desde dentro de su habitación ya que tenía una vista directa. El payaso se quitó la nariz del disfraz, cerró los ojos y dejó que su cabeza golpeará suavemente la pared. Con los ojos cerrados, parecía estar en otro mundo.

Al cabo de un momento, el payaso como si intuyera que estaba siendo vigilado, abrió los ojos de golpe y miró fijamente a Cooper. Ni siquiera sonrió. Solo le dio un pequeño saludo con la barbilla y desapareció por el mismo sitio de donde había venido.

Tras ese pequeño percance, Cooper se estiró en la cama muy cansado. Ahora empezaba a notar los efectos secundarios de la medicación que le habían dado hacía escasamente dos horas, pero no quería sucumbir a esos efectos. Los médicos le habían explicado, que tal vez sufriera un poco más, pero creían que mejorarían los síntomas y que tal vez consiguiera salir del hospital más tarde que temprano.

Toda su familia más cercana se extrañaba que hubiera llevado tan bien su enfermedad, pero tenía que ser fuerte, sobre todo por sus padres, ya que siempre le habían apoyado en todo. Los médicos le habían dado una alta probabilidad de curación, y él quería creérselo. Tenía que seguir para adelante. El cáncer testicular no le iba a parar. Y mientras él tuviera aliento, lucharía por recuperarse y volver a su vida.

Desvió sus pensamientos hacia el payaso. Reconoció para sí mismo que era guapo. Unos ojos azules intensos, pero llenos de tristeza. Su pelo negro, desordenado en punta con esas cejas negras azabache. Su nariz toda perfilada y un moreno envidiable. A pesar de toda la medicación que recorría su cuerpo, este reaccionó ante la guapura del hombre, pero Cooper sabía que una persona así jamás se fijaría en un enfermo como él.

## CAPÍTULO 2

### *Sábado, 21 de octubre*

Byron pensaba que había llegado otro día más al infierno. Estar entre enfermos no era lo suyo. Nunca le habían gustado los hospitales, y pensaba que olor que se sentía por todo el edificio era hedor a enfermedad y miedo.

Estar destinado a hacer trabajos comunitarios en una organización que se dedicaba a hacer reír a los enfermos le parecía sombrío. Aquellas personas necesitaban tranquilidad, no alguien que les obligara a reír, porque de hecho no podían sonreír ante lo que se enfrentaban. O tal vez estuviera equivocado, porque algunas sonrisas eran sinceras.

Mientras entraba en el hospital se acordó del chico que vio en su habitación, aquel que se le había quedado mirando fijamente. No pretendía que nadie le viera, pero por lo visto, ni siquiera era capaz de esconderse un rato.

Su compañero ya le estaba esperando casi caracterizado, solo le faltaba colocarse la nariz y ya estaría la vestimenta. Su disfraz de hoy era la también horrible nariz y una corbata de colorines que llegaba al suelo, con dibujos de perritos. Suspiró de nuevo y se puso el disfraz sin tan siquiera saludar. Su compañero, después de pocos días, ya no le soportaba pero le importaba poco.

Regresaron a la misma habitación que habían ido hacía dos días, y allí estaba el niño, sonriendo otra vez al verles. Y como no, estaba acompañado del chico con el cual estaba pensando antes. Mientras su compañero se dedicaba a hacer otra vez globos mientras contaba chistes, él se dedicó a observar al otro hombre que también sonreía. Con un pijama

azul marino, su rostro era de color blanco pálido, un poco demacrado, creía que se veía delgado, aunque no sabía si era por la enfermedad o bien porque ya era así. Tenía unos ojos intensos marrones, y no podía divisar ninguna mota de tristeza, solo podía observar unas pequeñas arrugas alrededor, que indicaban que sonreía mucho, aunque Byron no entendía por qué. Observó su pelo rojo, aunque no fuego, sino anaranjado, que hacía juego con su pequeña barba, muy bien recortada teniendo en cuenta que estaba ingresado en el hospital. Se fijó también en esos labios, tan sensuales, firmes, y tan condenablemente besables. Solo al pensar eso, se enderezó, y se obligó a sí mismo a acercarse a su compañero, para aguantar todos los globos que estaba creando.

Sin saber por qué, le hizo un guiño al pelirrojo y se vio acariciando la cabeza del niño, el cual le miró con una pequeña sonrisa. Él mismo se sorprendió ya que hacía varios meses que no tocaba a nadie.

Cuando llegó la hora de irse, el pelirrojo les siguió hasta afuera el pasillo.

—Muchas gracias por venir —les dijo con una voz baja y controlada.

—No es nada, nos gusta que los niños se lo pasen bien y se olviden de sus problemas —comentó el compañero de Byron.

—Me llamo Cooper, *Coop* para los amigos —se presentó el pelirrojo alargando la mano hacia el payaso que le estaba hablando y luego girándose para ofrecérsela a Byron.

Byron con vacilación alargó la suya, y cuando conectaron sus manos, le recorrió una electricidad por todo el cuerpo que le hizo erizar la piel. Cooper se lo quedó mirando, como si él también lo hubiera sentido. Reticente a soltar la mano del chico, Byron se obligó a carraspear y se alejó para oír desde lejos un «*os espero otro día*».

Cooper se fue para su habitación dando pequeños saltitos en su corazón. Había sentido una conexión impresionante con el último payaso. Le decepcionó mucho que no le hubiera dicho su nombre, pero se dijo a sí mismo que el próximo día conseguiría averiguarlo, y tal vez, podría sacarle alguna que otra carcajada, porque a pesar de que el hombre estaba intentando hacer reír a los niños, él no parecía disfrutar de ello, ni siquiera había visto un asomo de sonrisa, cosa verdaderamente inútil si tu profesión, o tu afición o tu obligación era hacer reír a la gente.

## CAPÍTULO 3

*Sábado, 28 de octubre*

La rutina era la vida de Byron, aunque cambió un poco desde su condena a trabajos comunitarios. Iba a trabajar a la tienda de electrónica que poseía su familia. Allí su trabajo se desarrollaba de forma monótona. Su interacción con los clientes era casi nula porque ni siquiera les miraba, ya que se sabía todas las preguntas y respuestas habidas y por haber sobre los productos que se vendían en todos los departamentos, ya que su familia había sido la propietaria de la tienda desde tres generaciones atrás. A la hora de almorzar, lo hacía solo, en la trastienda, ya que no quería que nadie le molestara. Su padre y su hermano habían insistido para que estuviera con ellos en aquel descanso, pero después de pasar tanto tiempo intentándolo, lo dejaron por imposible. Después volvía a la recepción de la tienda, donde acababa su jornada laboral a media tarde, para los martes, jueves y sábados, dirigirse al hospital para disfrazarse de payaso para trabajar en su condena.

Ese día estaba pensando en cómo podía haber sido tan idiota para que la policía detuviera su coche. Se podía pensar que beber era estúpido pero hasta ahora nada le había hecho arrepentirse porque necesitaba evadirse de todos los problemas que le acechaban, y la bebida estaba siendo su salvación. Su madre se había largado hacía tres años, y tampoco se había acordado de él, ni siquiera dijo adiós. Y no se podía apoyar ni en su padre ni en su hermano. Además el que fuera gay era una fuente de problemas en la familia. Nunca se había escondido pero ni a su padre ni a su hermano le gustaba su orientación sexual. Había sufrido por ello, y el *bullying* escolar había sido intenso en diferentes épocas de su vida. Ahora evitaba toda serie de enfrentamientos, y aunque sabía que estaba mal lo que había hecho, no lo había podido controlar. Estar ebrio era mejor que estar lúcido y hacer caso a su padre cuando le escogió una cazafortunas para que se casara con ella. Por eso se había emborrachado ese día. Quería dar una mala impresión a la chica con quien su padre le había preparado una cita. Y vaya sí lo consiguió, pero también obtuvo una multa enorme y trabajos

comunitarios durante dos años si no quería ir a la cárcel. Dos años haciendo de payaso del infierno.

A pesar de no estar conforme con eso de ser payaso, ansiaba que llegaran esos días porque siempre veía a Cooper, aunque en su mente siempre le llamaba el *pelirrojo*. Le encantaba su risa, su simpatía y su amable comportamiento hacia los demás. En su mente le otorgaba el apelativo de cariñoso y amable, de esas personas que se quieren tener a mano siempre. Lo afable y paciente que era con el pequeño Arthur era digno de admiración, porque un niño enfermo de ocho años no era fácil de tratar.

Ese día era sábado y estaba impaciente por llegar. Todavía no era capaz de reírse, pero había dado pequeños pasos, como intentar hacer globos, pero como no lo conseguía, hacía que los niños se rieran, y eso al menos empezó a gustarle un poco.

Al llegar a esa habitación, se secó las manos sudorosas en sus pantalones, hoy bombachos de colorines antes de entrar. Como siempre, Cooper les recibió con una sonrisa y Arthur moviéndose con ímpetu en la cama, y el *pelirrojo* intentando evitar esos movimientos tan bruscos para que no se desconectara el suero que tenía puesto en el brazo.

—¡Hola Jesse, hola Byron! —gritó el niño.

—Hola pequeño Arthur, ¿dónde está el valiente niño que va a hacer un león con un globo? —preguntó Jesse, el compañero de Byron.

—Hoy está un poco nervioso. Hacía rato que estaba esperando —dijo Cooper.

Byron se acercó a Cooper viendo preocupación en sus ojos. Se atrevió incluso a tocarle el brazo suavemente ya que parecía que el *pelirrojo* estaba a punto de llorar.

—¿Quieres salir fuera? —preguntó Byron—. Jesse se quedará un rato con él.

Cooper asintió y salió de la habitación. En cuanto estuvieron solos, se dejó caer al suelo en contra de la pared. Puso sus brazos por encima de las rodillas y escondió la cabeza entre ellas. Byron, que en ese momento no sabía qué hacer, optó por imitarle, pero con valor, le acarició la cabeza.

—Ayer le pusieron un nuevo fármaco, pero no creo que esté funcionando —empezó a decir Cooper—. ¿Sabes? Estoy cansado de que todas las cosas malas les pasen a niños o a buenas personas.

Byron no quería decir nada hasta que Cooper no soltara todo lo que tenía dentro pero el *pelirrojo* se lo quedó mirando y le soltó:

—Es gente como tú que debería estar en cama, no gente como Arthur.

Byron sintió como si alguien le hubiera pegado una patada en el estómago. Cooper no le conocía y le estaba juzgando como todos los demás. Suspiró, sin decir nada se levantó y se disponía a irse, pero se lo pensó mejor y quiso que Cooper supiera que no era el único que estaba sufriendo.

—Mira, no sé porque dices eso. Tal vez pienses que soy un niño rico y mimado, pero el dinero no da la felicidad; y no sabes si soy buena o mala persona. Sí, tú estás enfermo y Arthur está enfermo, y tal vez acabaréis muriendo, ¿y qué? Mejor que estar vivo pero tener muerto el corazón. No me juzgues porque no me conoces. Espero que te recuperes. Adiós, Cooper.

Y Byron se fue del hospital, sin mirar atrás, pero no pudo reprimir las lágrimas que se le escaparon.

#### CAPÍTULO 4

##### *Domingo 29 de octubre*

Cooper se daba cuenta de que había actuado mal. Nunca había juzgado a nadie, y no pretendía hacerlo, pero la preocupación por Arthur había ido más allá de ver qué le estaba pasando. También su madre había desaparecido y no se sabía nada de ella, y el chico se había quedado solo. Además, el fármaco, tal como le explicó a Byron, no estaba funcionando muy bien, o al menos eso se intuía. Esperaría al martes, para pedir disculpas y tal vez arreglar algo que aunque no había comenzado, podía tener posibilidades.

Cooper se había dado cuenta de que Byron le miraba, a veces no sabía si para evaluar la enfermedad o porque le gustaba, pero pretendía averiguarlo porque él estaba colado por ese hombre. Le traía loco, aunque fuera alguien muy reservado e introvertido.

Pero tuvo mala suerte. Byron no apareció ese martes, ni el jueves ni el sábado siguiente. Preguntó a Jesse, el compañero payaso de Byron, pero solo le comentó que le habían destinado a otro proyecto durante unos días.

Mientras la medicación de Arthur no funcionaba del todo bien, la suya iba viento en popa. Había mejorado mucho y aunque los efectos secundarios como las náuseas, y pequeños salpullidos seguían, ya no eran tan intensos. Así que los médicos le habían asegurado, que si todo seguía así, podría marcharse a casa en unos días. Tendría que hacer tratamiento pero no tendría que estar ingresado.

Pero tampoco tuvo suerte con eso. Los médicos denegaron su alta médica ya que algo en los análisis sufrió una alteración. Por tanto, si no había un milagro, pasaría la Navidad allí dentro. Lo único que le permanecía un poco cuerdo era ayudar al pequeño Arthur. Ese niño de verdad necesitaba a un amigo, aunque fuera un adulto. La madre del pequeño, las pocas veces que había estado allí, habían sido durante muy poco tiempo, ya que tenía que trabajar constantemente porque solo se tenían el uno al otro, no tenían más familia.

Así que estuvo un poco deprimido esos días, ya fuera porque tendrían que ponerle otra medicación, por Arthur o sencillamente porque quería ver a Byron de nuevo y sabía que la había cagado de una manera importante. Pero para su sorpresa, Byron regresó al cabo de unos días. Con una mueca impenetrable y sin asomo de sonrisa, apareció de nuevo por la habitación de Arthur, como siempre apoyando la labor de Jesse, pero ni siquiera le dirigió una mirada, cosa que a Cooper no le sorprendió. Cuando Jesse estaba en plenas risas junto al niño, Cooper aprovechó para acercarse al hombre que llenaba sus pensamientos.

—Byron, ¿podemos hablar? —le preguntó un poco cohibido.

Byron asintió con la cabeza y se dirigió hacia afuera la habitación, se alejó un poco y se apoyó en la pared como de costumbre, con aire despreocupado.

—¿De qué quieres hablar? ¿O quieres pedirme que me enferme para que gente como yo no esté fastidiando? —le comentó Byron con retintín.

—Quiero pedirte disculpas por lo que dije el otro día —dijo Cooper sintiéndose muy mal—. No tenía derecho a decir lo que dije y de verdad que no era en serio. Solo que... estoy preocupado por Arthur y tú estabas allí para sufrir mi ira. Lo siento.

Byron lo miró con ojos entrecerrados, y durante un rato ni siquiera dijo nada.

—Está bien. Además no es que yo valga mucho, la verdad es que tienes razón. Gente como yo debería estar ahí, no niños inocentes —dijo Byron encogiéndose de hombros.

—Oye, no digas eso. Lo que dije estuvo fuera de lugar, y sí, Arthur no merece estar en esa cama, pero tú tampoco, ¿de acuerdo? —susurró Cooper indicando cuánto se había equivocado.

Byron se lo quedó mirando de nuevo, esta vez fijamente, y cuando Cooper también se quedó así, bajó la vista, acompañado por un rubor que hizo que el *pelirrojo* se viera adorable. Entonces sin decir nada más, se echó a andar para regresar a la habitación de donde habían salido.

## CAPÍTULO 5

### *Jueves, 16 de noviembre*

Unas semanas antes de Navidad, Byron tuvo una pelea descomunal con su padre. Otra vez le insistió en presentarle a una chica nueva, que le haría olvidar su otra «orientación». Así que cuando fue a su cita con el trabajo del hospital, estaba de un humor de perros. Y lo primero que se encontró al entrar fue a Cooper, con una sonrisa de oreja a oreja. Se acercó hasta él y le comentó que aunque tendría que volver al hospital después de Año Nuevo, lo más seguro era que le dejarían salir de allí a tiempo de poder celebrar la Navidad con sus seres queridos. Cooper intentó contagiar a Byron de su felicidad pero no fue posible. Byron refunfuñó y no consiguió que sonriera hasta que Cooper le comentó que se parecía al señor *Scrooge* y eso hizo entrever una curvatura hacia arriba de sus labios, pero se quedó ahí, en una mera intención.

Así fue como Cooper se propuso una meta: antes de Navidad conseguiría que Byron se riera. Había conseguido un propósito para esa época de esperanza.

Pero no pensó en lo complicado que sería. Incluso buscó la ayuda de Arthur, pero no había manera. Cooper pensó varias veces en los problemas que podría tener el hombre para vivir así de amargado, pero no consiguió respuestas ni por parte de Byron ni por parte de su

compañero Jesse, que parecía que cada vez que le preguntaba algo sobre él, se cerraba en banda.

Llegó el día en que Cooper pudo salir del hospital, aunque ya sabía que casi cada día iría a visitar a Arthur, por lo que también lo haría en las horas que los payasos visitaban el hospital. Era la única forma de ver a Byron. Muchas veces hasta él mismo se sorprendía de cómo el hombre había llegado a meterse en su piel con tanta intensidad, ya que tampoco era que lo conociera demasiado. Pero a veces el flechazo del amor interrumpía en la vida y ahí se quedaba.

Cooper estaba decidido a invitar a Byron a un café, al menos para ver si podía comunicarse un poco más con él. Y tras insistir e insistir, Byron aceptó. Fueron hasta una cafetería cercana, donde no había alcohol a petición de Byron. Una vez sentados en la mesa con un café, ni siquiera sabían qué decirse, así que Cooper optó por ir directo al grano, porque su enfermedad le había enseñado eso, siempre a vivir el momento presente, porque nunca sabías lo que la vida te podía deparar.

—Byron, ya sé que no nos conocemos mucho, pero me gustaría invitarte a cenar o a salir —soltó Cooper a bocajarro.

Byron, en un primer momento, se sorprendió por tan abrupto comienzo de conversación, pero tras dar un sorbo a su café, parecía estar encontrando las palabras adecuadas para responder.

—Mira Cooper...

—Coop —le interrumpió Cooper—. Mis amigos me llaman Coop.

—Está bien, Coop —continuó diciendo Byron—. Mi vida es complicada y ahora mismo no estoy interesado en salir con nadie, la verdad.

—¿Por qué es complicada? —preguntó Cooper.

—Estoy cumpliendo condena con trabajos comunitarios... —respondió Byron.

—¿Y qué? No me importa —dijo Cooper mirándole a los ojos.

—A ver que yo me aclare... —empezó a decir Byron con enojo en su voz—. Soy un borracho, un amargado, no me gustan los niños ni los hospitales, no he sonreído en..., no sé, durante mucho tiempo, y ¿te gusto? ¿No te importa? ¡Soy un borracho, por el amor de Dios!

—No eres un borracho. Estoy seguro de que cometiste un error. No eres un amargado, seguro que hay algo que te preocupa. Bueno, lo de los niños es un punto negativo para ti, pero ¿y qué? A mí no me gustan los adultos, ¡ah! y la sonrisa, se puede solucionar, seguro que si te beso, te puedo hacer sonreír —le explicó Cooper bajando cada vez más la voz hasta que acabó susurrando.

Byron se sorprendió con esa respuesta. No esperaba que Cooper tuviera una réplica tan firme, por lo que por primera vez en mucho tiempo, logró poner una pequeña sonrisa en su cara, porque lo del beso fue un puntazo para el *pelirrojo*.

—¿Ah sí? ¿Y cuándo me vas a besar? ¿Hoy, mañana, el día de Navidad? —preguntó con diversión Byron.

Cooper sonrió de oreja a oreja, con los ojos brillantes y sin pensárselo demasiado, se levantó y por encima la mesa llegó hasta la boca de Byron, donde le ofreció un beso casto, y para Byron fue el mejor beso que jamás había recibido.

## CAPÍTULO 6

### *Viernes, 1 de diciembre*

A partir de entonces, Byron y Cooper tuvieron varias citas, y varios besos recatados, pero no pasaba de ahí. Byron se cerraba muchas veces cuando hablaban de su vida personal, y aunque Cooper le ofrecía versiones de la suya, era muy difícil acercarse al hombre. Además parecía que cuando Cooper quería comenzar algo más sexual, Byron se retiraba, con delicadeza, pero lo hacía, cosa que frustraba hasta la médula a Cooper.

Así que tenía un plan, iba a invitarle a su apartamento a cenar y allí lo seduciría lentamente y el hombre caería. Pero antes, tenía que ir a comprar un nuevo videojuego para la consola porque Byron le había recomendado uno muy interesante y sabía que le gustaría probarlo.

Así que al salir de su visita del médico, se paró en una de las tiendas más cercanas al hospital, y cuál fue su sorpresa cuando al entrar, se encontró con Byron cara a cara, aunque la alegría se marchitó en el instante que se dio cuenta de que Byron estaba verdaderamente

asustado al verle. Miraba para todos lados y parecía que ni siquiera quería acercarse. Cooper acabó parándose enfrente de él y le sonrió. Su intención era darle un beso, pero Byron se apartó.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó mirando para todos lados.

—Vine a hacer unas compras. No sabía qué trabajabas aquí —le contestó Cooper todavía sonriendo.

—Te tienes que ir —le dijo Byron—. Por favor, vete.

—No te entiendo —le dijo Cooper herido—. ¿Por qué?

Byron suspiró y quería decirle algo, pero otro dependiente, mucho más mayor se acercó hasta ellos.

—Buenas tardes, ¿Byron le está dando algún problema? —preguntó el señor.

—No... —contestó Cooper mordiéndose la lengua para decir que estaban saliendo.

—¿Podemos ayudarle? —le preguntó el señor.

—Claro, claro, quería mirar unos videojuegos, y Byron me los iba a enseñar, ¿verdad? —excusándose Cooper con una media sonrisa.

—Claro, eso son cosas para los jóvenes —dijo de nuevo el señor y se alejó, no antes sin dar una mirada entrecerrada a Cooper.

Byron dirigió el camino hacia la parte donde estaban expuestos los videojuegos y consolas. Allí el hombre hizo una demostración de lo buen vendedor que era. Cooper escuchaba con atención pero también le observaba al mismo tiempo. Y ahí, tuvo su primera revelación, creyó que su familia no sabía de su orientación sexual. Cooper no sabía si sentirse decepcionado o enfadarse, claro que cada uno tenía sus propios problemas pero no entendía como Byron no había salido del armario todavía.

No compró nada, ni siquiera el juego, y tampoco invitó a Byron a cenar. Cooper no sabía qué pensar y no sabía cómo actuar. Nunca se había retirado sin luchar y así lo haría, pero en ese momento pensaba que sería más efectivo que fuera Byron quien diera el primer paso para decirle lo que estaba pasando. No quería que las cosas fueran mal entre ellos, no con la conexión que tenían, no con el amor que él empezaba a sentir por él.

Para su sorpresa, Byron le llamó un poco más tarde y quedaron en la cafetería del primer día. Allí el hombre le esperaba nervioso y Cooper quería saber toda la historia.

—Antes de nada, quiero pedirte perdón, sé que fui muy desagradable en la tienda, pero es que... tengo problemas con mi padre —le dijo.

—¿Estás dentro del armario? —le preguntó Cooper queriendo saber la verdad de buenas a primeras.

—No, pero tanto mi padre como mi hermano no aceptan mi orientación —le comentó Byron bajando los ojos.

Cooper no pudo aguantar y le puso los dedos en la barbilla para levantarle la cabeza y mirándole a los ojos determinó lo que le iba a decir.

—No debes avergonzarte, ¿sabes?

—Lo sé, pero es que, debes pensar que soy idiota, que soy mayor para estar escondiendo con quien salgo, pero así es mejor, ¿sabes? Vivo con esas personas, y mientras menos sepan de mi vida, mejor —dijo Byron.

—Yo no soy quién para decirte lo que debes hacer, pero vive tu vida y los que no te acepten, que se vayan a la mierda —le dijo con determinación Cooper—. Si algo he aprendido con mi enfermedad, es a vivir al máximo. No quiero hacer daño a nadie, pero si no es bueno para mí, paso. Así que si alguien me dijera que tengo que estar en un armario, desaparecería de mi vida.

—Sí, pero esas dos personas son mi familia. La única que me queda —murmuró Byron.

—Sí, perdona, tienes razón. No quería decir que te alejaras de ellos, pero tal vez puedas explicarles...

—No. Ya lo he intentado —le explicó Byron—. ¿Sabes que me pillaron borracho conduciendo el coche? ¿Y por qué me emborraché?

Cooper se lo quedó fijamente mirando. Sabía que Byron en ese momento se estaba abriendo y no quería fallarle. Así que negó con la cabeza pero siguió mirándole.

—Mi padre me consiguió una cita. Sí, al principio estaba contento, hasta que vi que esa cita tenía pechos. Así que hice sentir incómoda a la chica durante nuestro encuentro

bebiendo como un cosaco, y tuve la mala suerte de que un *poli* me paró en un control rutinario de alcoholemia —explicó Byron.

—Míralo por el lado bueno —le dijo con una sonrisa Cooper—. Me conociste a mí.

Y entonces ocurrió algo imprevisible. Byron sonrió, pero una sonrisa que iluminó todo el espacio donde estaban. Cooper creía que con aquella sonrisa sufriría un ataque al corazón. Y su preocupación por el armario desapareció.

Se levantó de golpe de la mesa, cogió de la mano a Byron y salió de la cafetería con prisas. Byron ni siquiera preguntó dónde iban, solo se dejó llevar por el *pelirrojo*. En un momento de su caminata, Cooper paró y lo empujó contra una pared. A través del abrigo, Byron podía sentir la pared congelada a su espalda, pero no le importaba porque Cooper le estaba dando una mirada que le quemaba por dentro. En un momento, Cooper le besó como si no hubiera un mañana. Su lengua se enroscaba contra la suya y peleaban por la posesión de la boca. Su abrazo se fue apretando cada vez más y más, hasta que se paró el tiempo. No había nada a su alrededor, solo aquel beso arrebatador que estaba haciendo que las piernas de los dos se convirtieran en gelatina.

Cooper rompió el beso, y acarició la cara de Byron en un gesto amoroso y tierno. Le volvió a coger de la mano y empezó a andar de nuevo, sin decir nada, solo mirando el vaho de frío que salía de sus respiraciones.

Tardaron unas manzanas en llegar hasta un viejo y genuino edificio. Cooper entró en el ascensor, mirando de nuevo fijamente a Byron. En un momento este último pensó que Cooper le iba a besar de nuevo, pero solo consiguió que acercara la palma de su mano a la boca y le diera un beso de mariposa allí, todavía con la mirada fija en la suya propia.

Llegaron hasta un pequeño apartamento, el cual Cooper describió como su casa, pero no habló de nada más. Se quitó el abrigo, ayudó a Byron a quitárselo, y volvió a empujarle hasta llegar a la pared. Allí volvió a besarle con pasión, con ímpetu. Byron empezó a sentir calor por todas las partes de su cuerpo, queriendo que Cooper fuera más allá. Pero de pronto, este dejó de besarle para poner su frente en contra de la suya y suspirar sin dejar de abrazarle.

—¿Estás preparado para esto? —susurró Cooper dándole la opción de parar.

—Quiero esto —respondió Byron levantando su mano para acariciarle la mejilla.

Cooper levantó la vista todavía con la palma de la mano de Byron en su cara y supo que era el momento más íntimo de su vida. La pasión y la adoración con la que le miraba Byron no la había visto jamás con ninguno de sus amantes.

Las manos de Cooper se movieron solas hacia los costados del cuerpo de Byron buscando el final de su jersey para quitárselo lentamente. Empezó a adorar con las palmas de sus manos el torso lampiño de su chico. Este se dejaba hacer, intentando no cortar su respiración ante la intensidad que sentía cuando el *pelirrojo* le estaba tocando. Cooper aprovechó para darle otro beso, más calmado pero igual de intenso. Finalizó el beso para quitarse él mismo su camisa, que tiró sin mucha gracia en el suelo. No sabía por qué, pero Cooper en aquel momento pensó en que quería abrazar a Byron, solo sentir cuerpo a cuerpo, y así lo hizo. En un primer momento, sintió vacilar a Byron, pero luego apretó su agarre, llegando a abrazarse tan fuerte que sentía que jamás le dejaría escapar de sus brazos.

Se separaron, pero sin dejar de tocarse, y fueron hasta la habitación de Cooper. Cooper instó a Byron a sentarse en la cama, y lentamente procedió a quitarle los zapatos y los vaqueros, olvidándose de los calzoncillos. Con la mirada fija en los ojos de Byron, puso sus labios por encima de la ropa interior. Solo se permitió dar un pequeño beso, para pasar la lengua por la longitud del pene que estaba escondido entre las telas. Finalmente se decidió quitar la prenda, para ver toda la gloria de Byron. Un pene bien formado, circuncidado, con un largo decente y un grosor más que aceptable. La gota que sobresalía del glande era sexy, y Cooper no pudo hacer otra cosa que acercarse para lamerlo, pero Byron le paró.

—¿Tienes condones? —preguntó teniendo dificultad para respirar.

—¿Los necesitamos? —devolvió la pregunta Cooper.

—Prefiero utilizarlos —dijo Byron.

Cooper asintió con la cabeza y se levantó para ir hasta el cajón de la mesita, rebuscar en ella y sacar una caja de preservativos que dejó encima de la cama. Cogió uno y logró colocarlo en el pene de Byron, y siguió con la tarea interrumpida. Procedió a chupar esa verga vigorosa, que parecía hincharse a cada juego de lengua que hacía el pelirrojo.

—Coop, Coop, para por favor... No quiero correrme todavía —suplicó Byron.

Cooper se levantó y fue la primera vez que titubeó cuando iba a quitarse los pantalones.

—Quizá no quieras verme... —comentó Cooper—. Es que tuve una intervención quirúrgica y...

Cooper dejó sus manos en los botones del pantalón pero era incapaz de quitárselos, además que ni siquiera miraba a Byron a los ojos. Entonces Byron se dio cuenta de que no sabía nada de la enfermedad de Cooper, ni siquiera había preguntado.

—¡Dios, Coop! ¡Soy un idiota! —gritó Byron levantándose de golpe de la cama.

Cooper ni siquiera pensaba en lo que estaba hablando Byron. Solo sabía que tal vez Byron se podría sentir asqueado de su cuerpo.

—Yo... Me hicieron una orquiectomía —dijo Cooper, porque tal vez usando el nombre técnico se oiría mejor.

—Coop, no sé qué significa esa palabra —dijo Byron intentando abrazar a Cooper, pero este se apartó un poco, no muy lejos para dejar de tocarle, pero sí para poder hablar.

—Extirpación de testículo. Solo tengo uno, así que... —murmuró Cooper en voz baja y con la cabeza gacha.

Byron se apretó más contra él, todavía sin dejar de tocarle.

—No me importa. Además quiero verte... quiero ver si el pelo rojo está por todo tu cuerpo —le susurró Byron.

Cooper no creía que pudiera sonrojarse a esas alturas, pero lo hizo y asintió con la cabeza cuando Byron le puso las manos encima de las suyas que todavía estaban en el botón del pantalón. Con cuidado, soltó el botón y bajó la bragueta. Guiando a Cooper hasta la cama, y le estiró en ella, para quitarle las botas y los pantalones a la misma vez que los calzoncillos. Byron pensó que era mejor no seguir con la agonía de Cooper y hacerlo todo a la vez, sin respiración. Cooper tenía los ojos cerrados fuertemente y Byron comprobó la zona genital de su *pelirrojo*. La erección que se había deslumbrado a través de los pantalones, ahora ya no era tan evidente. Con los nervios, el pene se le había retraído un poco. Se fijó en la zona de los testículos, y la verdad es que casi bien no se distinguía si allí había uno o dos testículos.

Si observabas atentamente, podías ver que una zona del escroto pesaba más que otro, pero nada más. Byron procedió a coger fuertemente el pene y acariciarlo con reverencia.

—Mírame Cooper —exigió Byron y una vez que comprobó que tenía la atención del *pelirrojo* continuó hablando—. Necesito saber si te hago daño, o si sientes dolor o si...

—No me duele, ahora no —musitó Cooper.

—Bien —dijo con determinación Byron—. Entonces no hay problema. Además a mí me pareces precioso.

Cooper se lo quedó mirando, comprobando si las palabras dichas eran ciertas, si podía confiar en Byron. En unos segundos, su intuición le hizo confiar y le dio una pequeña sonrisa.

—Ahora estoy un poco decepcionado —dijo Byron con una mueca y luego con una sonrisa grandiosa continuó —quería que aquí también fuera rojo.

Cooper se echó a reír, dándose cuenta de que Byron había hecho una broma, sin su ayuda, así que era bueno, muy bueno para la relación que creía que estaban empezando a construir.

—Con la medicación se me cayó el pelo de todo el cuerpo, pero me han comentado que tal vez vuelva a crecer, además esta vez no se me ha caído todo —le dijo Cooper sonriendo todavía.

—Bien. Estaré esperando pero mientras tanto vamos a hacerte sentir bien —dijo Byron guiñando un ojo.

Y entonces procedió a mover su mano de arriba a abajo por el eje del *pelirrojo*, mirando las muecas que le estaba regalando. El miembro en su mano fue creciendo en proporciones épicas. Su *pelirrojo* podría no tener vello allí, o no tener un testículo o estar un poco preocupado por eso, pero de verdad, tenía una polla divina. Al cabo de unos minutos, procedió a hacer lo mismo que Cooper había hecho con él. Le puso un condón y empezó a chupar esa enorme verga, consiguiendo unos sonidos maravillosos de su amante. Cooper no le paró y le dejó hacer y hacer. En un momento, Cooper le tiró de los pelos e intentó que Byron apartara la boca, pero no quiso. Cooper se corrió llenando el condón y sintiéndose

totalmente satisfecho. Byron observó que aunque había llenado el condón, el esperma no era abundante.

—Puedo eyacular pero con menor cantidad — Cooper interrumpió sus pensamientos dándose cuenta de lo que estaba mirando.

Cooper se sentó en la cama y procedió a quitarse el condón para ir hasta el baño a tirar el condón en la papelera. No sabía qué hacer porque no sabía si Byron se sentía decepcionado. No tuvo que esperar mucho porque Byron le siguió hasta el baño.

—Oye cariño, me da igual si eyaculas o no, solo quiero que disfrutes y que estés bien, solo eso —le dijo Byron abrazándole por detrás.

—Lo siento pero es que esta es mi primera relación sexual después de la cirugía —le dijo Cooper agarrándole los brazos.

—Pues creo que no lo has hecho mal —le dijo Byron sintiendo como la sonrisa sobresalía de su rostro.

—¿Sabes? Yo también creo que lo puedo hacer mejor —le dijo Cooper echando el culo más atrás para comprobar que Byron todavía estaba erecto y con el condón puesto.

En ese momento, Cooper se giró y le dio otro beso. Un beso más tranquilo que el anterior, saboreando, deseando quedarse con el sabor de sus labios para siempre.

Se dirigieron de nuevo hacia la cama, donde Cooper se estiró de nuevo y alargando la mano hacia la mesita de noche de nuevo, logró sacar un tubo de lubricante. Lo abrió y se untó los dedos. Mirando a Byron él mismo se dispuso a prepararse para que Byron le pudiera hacer el amor. Byron le miraba con una mirada lujuriosa y llena de lascivia mientras se daba placer tocándose su miembro. Cuando no pudo aguantar más, Byron se estiró por encima de Cooper. Sin decirse nada, solo con la mirada, se dieron permiso para sentir y amarse. Byron colocó su verga en la entrada de Cooper, y fue penetrando lentamente, comprobando las reacciones del *pelirrojo*, pero solo podía ver una mirada de devoción. Cuando estuvo todo adentro, empezó a embestir lentamente, de manera que los dos sentían los ímpetus de los sentimientos que parecían fluir a través de las sábanas. Entonces Byron se envalentonó y empezó a arremeter de manera más rápida y más fuerte. Solo se sentían los golpeteos de carne con carne y los gemidos que ambos se provocaban entre sí. Cuando Byron ya no lo

puedo controlar, dejó ir a su cuerpo, que colapsó en un orgasmo tan grande que tuvo que dejarse caer encima del cuerpo de Cooper para poderse recuperar.

Cooper sonreía para sí mismo. Levantó la cabeza de Byron y le dio un pequeño beso que Byron correspondió con pasión. Entonces se miraron a los ojos y pensaron que tal vez estuvieran enamorados.

## CAPÍTULO 7

### *Sábado, 8 de diciembre*

El día siguiente amaneció tranquilo. Byron se dio cuenta de que no estaba en su propia cama, estaba en la de Cooper. Se fijó en la silueta que estaba dormida a su lado, tan tranquilo, tan perfecto.

Byron pensaba en cómo Cooper se había podido fijar en alguien como él, un borracho y un amargado. Tal vez el *pelirrojo* podría enseñarle a disfrutar de la vida, cosa que él Cooper parecía que lo hacía bien, tal vez por su enfermedad o tal vez porque ya era así.

Se levantó para ir al baño, pero a través de las rendijas de las persianas pudo comprobar que fuera estaba blanco. En ese instante, sintió como Cooper se acercaba hacia él, sigiloso como un gato. Le dio un beso en la nuca y sintió como acercaba la nariz a su cuello para olerle.

—Buenos días —susurró Cooper.

—Buenos días Coop —correspondió Byron—. Creo que ha nevado.

—¡No me digas! —gritó Cooper y le soltó para llegar hasta la tira de la persiana y levantarla.

Cooper, al comprobar que todo estaba blanco, parecía maravillado y sonreía de forma colosal.

—¡Ha nevado, ha nevado! —vociferó con alegría, saltando como si fuera un niño pequeño.

Byron sintió que se le escapaba una sonrisa, de las verdaderas, porque sabía que ese momento no lo iba a olvidar en la vida.

—Byron, ¡vamos a vestirnos! ¡Quiero salir! —volvió a gritar Cooper entusiasmado.

—¿Estás de broma? Hace un frío que pela... Volvamos a la cama —le contestó Byron, pensando que Cooper se había vuelto loco.

Cooper entornó los ojos y lo escudriñó atentamente. Se acercó todavía más a Byron, pero en vez de decir algo con enfado, empezó a saltar cogiendo la mano de Byron.

—¡Vamos, vamos! ¡Quiero estar en la nieve! ¡Qué nieve que nieve, la virgen de las nieves, los pajarillos cantan, las nubes se levantan, que sí, que no, que caiga un buen *nevón*! —canturreó Cooper feliz.

Byron no pudo contener la risa que se le escapó. Él mismo se sorprendió ya que después de tanto tiempo había conseguido un atisbo de felicidad.

—La canción no es así, y la palabra *nevón* no existe —dijo Byron todavía riéndose.

—Sí, sí, cuando tengas una canción adecuada para la nieve, me lo dices, y ahora vamos a vestirnos —dijo Cooper alegremente pero añadió — ¿por favor?

Byron sucumbió a la cara de felicidad de Cooper y se vistió rápidamente. Tras asearse y tomarse un café, ambos salieron. En la calle todo estaba blanco, en silencio y perfecta calma. Pasearon durante un rato sin decir nada, solo cogidos de la mano. Llegaron hasta una plaza recubierta toda de nieve virgen. Cooper con decisión se puso en medio y sin decir nada empezó a acumular nieve y nieve.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó con ignorancia Byron.

—Un muñeco de nieve y tú... —contestó Cooper señalando a Byron— me vas a ayudar.

Byron puso cara de sorpresa y no tenía intención de hacerlo ya que nunca había hecho ninguno, pero la alegría que Cooper era tan contagiosa que también empezó a amontonar nieve hasta que lograron hacer una gran bola. Al cabo del rato, también cogieron más nieve pero hicieron una bola mucho más pequeña que entre los dos colocaron encima de la más grande. En un momento, Cooper miró hacia todos lados como buscando algo y de golpe salió disparado.

—Ahora vengo, guarda el muñeco —dijo desde lejos.

Byron no sabía qué hacer, así que se dispuso a esperar, aunque Cooper no tardó mucho en aparecer de nuevo.

—Byron, ¿puedes mirar si hay algunas ramas por ahí? —preguntó Cooper de nuevo volviendo a su tarea de dar forma a las bolas del muñeco de nieve.

—¿Eh? ¿Para qué quieres ramas? —preguntó Byron todo desorientado.

—Para hacer los brazos —le contestó sin mirarle.

Byron fue a hacer lo que le dijo y se alejó hasta encontrar un par de ramas, finas y feas que podrían hacer la tarea que le había encomendado Cooper. Se las entregó y este las puso bien sujetas al lado del muñeco. Y entonces Cooper se quedó con nieve en la mano. Empezó a hacer una bola mucho más pequeña. Byron se quedó mirando intentando averiguar qué iba a hacer con aquella bola tan ínfima, pero se llevó una sorpresa cuando Cooper se la lanzó y le dio en todo el pecho. Tras la sorpresa, vino la sonrisa, y luego las risas porque Cooper se empeñó en hacer más y más bolas para tirárselas. Al principio, Byron permanecía quieto y riéndose, pero llegó un momento que se permitió hacer bolas él también, y lanzarlas. En un tiempo récord consiguió reírse y sentir otra vez la misma felicidad que sintió la noche anterior. Para Byron, sentirse así de bien, fue una maravilla.

En medio de la guerra de bolas de nieve, empezó a nevar, cosa que hizo el juego más divertido. Cooper se negó a irse hasta que acabaran el muñeco, y entonces Byron se dio cuenta de que Cooper se había ido antes a buscar materiales para poner al muñeco. Dos botones enormes de diferente color, que utilizó para ponerlos como ojos y como nariz, le puso una de payaso, lo que a Byron maravilló. Aquel muñeco, hecho de nieve, pero hecho con alegría y amor fue uno de los mejores regalos que le había proporcionado la próxima llegada de la Navidad. Con el muñeco finalmente acabado, Cooper y Byron se lo miraron agarrados por los hombros. Otra recuerdo que atesoraría toda su vida. Cooper se separó un poco de él y agarró su teléfono. Le hizo varias fotos al muñeco, y luego se hicieron un *selfie*. Finalmente, de vuelta hacia la casa de Cooper, este le explicó que las fotos eran para el pequeño Arthur, para la próxima vez que le fueran a ver, y así supo Byron que Cooper ya le había incluido en su vida.

## CAPÍTULO 8

*Martes, 12 de diciembre*

Ese día no fue muy afortunado para todos. Cooper fue a ver al pequeño Arthur al hospital. Cuál fue su sorpresa cuando allí se encontró con una escena indeseable. La policía estaba informando al niño de que todavía no había aparecido su madre y que pasaría a formar parte de servicios sociales, los cuales se harían cargo de él a partir de entonces. Cooper no podía entender cómo la policía había podido decirle todo aquello al niño sin ningún familiar y sin nadie cercano al niño, por eso tuvo unas cuantas palabras con los agentes, pero sus palabras quedaron en saco roto cuando se enteró que el niño estaba solo en el mundo.

Y Cooper hizo lo que había estado haciendo hasta entonces, acompañando al niño e intentando hacerle reír con chistes malos. Sabía que Arthur estaba triste, pero el niño no lo demostraba, tal vez porque pensaba en su enfermedad, en su madre o tal vez porque pensaba que su vida seguiría de esa manera, pero Cooper se propuso cambiarla, aunque fuera un poquito.

Cuando acabó de visitar al muchacho, se dirigió a los servicios sociales del hospital, a ver si podían ayudar de alguna manera. Estos le informaron que tal vez pudiera personarse en una vista para ser padre de acogida. En un primer momento se opuso porque dijo que había estado enfermo, que era muy joven, y que no creía que le otorgaran esa acogida. La mujer que representaba ese momento a servicios sociales, le aseguró que no había mucha gente dispuesta a acoger a un niño mayor, y para más inri, enfermo. Cooper salió de allí con la mente puesta en ese tema. No estaba seguro de si hacerlo, pero tal vez sí decía que sí, podría llevar al niño un pequeño atisbo de felicidad.

Byron, por su parte, intentaba no colapsar ante su padre. Por enésima vez le explicó su orientación sexual, pero no había forma de que lo entendiera. Así, que ese día, se fue a casa muy deprimido porque jamás sería capaz de convencer a su padre para que le aceptara.

Mientras paseaba para ir a casa de Cooper después de su jornada laboral, y arrastrando sus pies por la nieve, de pronto tropezó, así que se cayó de bruces en la nieve.

Maldiciendo, se intentó levantar pero resbalaba constantemente a causa de que había nieve y hielo en la calzada. De repente, cuando estaba en su enésimo intento de levantarse, apareció una mano blanca enguantada, que le ayudó a ponerse en pie. Cuál fue su sorpresa, cuando se dio cuenta de que era un Santa Claus mostrándole una gran sonrisa.

—¡¡Jo, Jo, Jo!! —gritó con alegría el Papa Noel—. ¡Feliz Navidad!

Byron entrecerró los ojos enseñando una mirada incrédula, y cuando se pudo estabilizar en sus pies, sin asomo de sonrisa dijo:

—Gracias por ayudarme.

—De nada, hijo... y dime, ¿hacia dónde ibas, muchacho? —le preguntó el Santa riéndose.

—Mmmm... —murmuró Byron mirando para todos lados—. Para casa.

—¿No eres de muchas palabras, eh? —le dijo el Santa Claus sonriendo—. No importa, yo hablo por los dos.

—Lo siento, pero tengo que irme —dijo Byron con intención de marcharse cuanto antes.

—Esta juventud siempre con prisas, pero no importa...

—Perdone señor, pero de verdad tengo que irme —le interrumpió Byron.

—No digas mentiras... quieres librarte de mí, y de verdad lo entiendo —le dijo Santa Claus—. Pero déjame decirte un par de cosillas: la vida es demasiado corta, y una sonrisa siempre viene bien. Sí, tal vez tu vida es una mierda. ¡Oh perdón! Eso no tenía que decirlo, la señora Claus me va a reñir...

—Lo siento señor, pero me tengo que ir —volvió a interrumpir Byron empezando a andar.

—Byron, busca tu felicidad, y aunque está bien que te importe tu familia, tu vida es tuya, y tienes que vivirla. Además ahora tienes un buen hombre al lado, que puede enseñarte a sonreír más a menudo, a llenar de risas ese mundo que ahora ves oscuro, y creo que tal vez tengas una sorpresa muy agradable —le dijo el Santa Claus persiguiéndole.

Cuando Byron se giró para decirle que le estaba acosando y para preguntarle cómo sabía su nombre, Santa Claus había desaparecido. En un solo momento, Byron pensó que

igual Papa Noel sí existía, pero con una negación de cabeza, se dijo a sí mismo que estaba lleno de tonterías, y así fue como se olvidó del Papa Noel hasta que llegó a la casa de Cooper.

Allí su *pelirrojo* le estaba esperando, con una cálida sonrisa y un fuerte abrazo. Estuvieron hablando durante mucho rato y le sorprendió que Cooper estuviera considerando la idea de acoger a Arthur, cosa que le provocó unas mariposas en el estómago que nunca había sentido. ¿Y si el sentido de su vida era estar allí para ellos? Pero, ¿qué pasaría si uno de ellos enfermaba y moría? ¿Qué pasaría si a los dos les pasaba algo? Con esos pensamientos lúgubres se despidió de Cooper abruptamente. No quería pensar en nada, solo recogerse dentro de su cama, y sentir que el mañana no existiría.

Durante unos días Byron y Cooper no se vieron porque el primero estaba evitando tener que dar explicaciones de cómo se sentía. Cooper estaba un poco triste porque suponía que Byron se había echado para atrás en su relación, y había pensado realmente que podrían haber tenido un futuro juntos. Sí, la enfermedad tal vez era un inconveniente, pero de momento estaba bien y las visitas al médico habían estado enormemente esperanzadoras. Por otra parte estaba contento porque había decidido solicitar ser padre de acogida del pequeño Arthur. Si todo salía bien, incluso la psicóloga de los servicios sociales le dijo que sería bueno darle esa buena noticia al niño antes de Navidad, aunque no pudiera salir del hospital. Se iba a requerir un milagro porque solo faltaban pocos días, pero la ilusión era lo último que iba a perder. Además empezaba la época de Navidad, tiempo de esperanza.

## CAPÍTULO 9

### *Martes, 18 de diciembre*

Quedaba una semana para Navidad, y el ajetreo en la tienda de electrónica era un no parar. Byron trabajaba más horas de lo normal, pero la comunicación con su padre y hermano había llegado hasta el punto de no existir. Byron sabía que tendría que tomar una decisión pronto porque no podían continuar así. En el momento del descanso, se fue a la trastienda como siempre, y en lugar de comer, cogió una hoja y puso en un lado «a favor» y en otro «en contra». Y le faltaba la pregunta clave. Tal vez, ¿dejar el empleo?, ¿dejar a su

familia?, ¿dejarlo todo? Incluso no sabía lo que estaba haciendo. Al final empezó a escribir debajo de «*a favor*»: estar con Cooper, sonreír, no estar haciendo algo que no me gusta, vivir tranquilo, ninguna cita con chicas, hacer caso al Santa Claus, ser feliz; y debajo de «*en contra*», escribió: pérdida de mi padre y hermano, pérdida de trabajo, enfermedad de Cooper.

Entonces se dio cuenta, y la realidad le atropelló como un tren de mercancías. La pregunta era ¿*Ser yo mismo*? Y en ese momento tomó unas cuantas decisiones, que pensaba que tal vez harían que su vida fuera a mejor.

Llegó corriendo a casa de Cooper, que lo recibió con cierta reticencia, aunque le dejó pasar pero ya no tenía aquella sonrisa de oreja a oreja que le regalaba cuando aparecía. Una vez dentro de la casa y con cierto valor, quiso explicarle a Cooper todas las decisiones que había tomado.

—Primero de todo, quiero pedirte perdón. Ayer no vine y ni siquiera contesté tus mensajes, pero tenía mucho en mi cabeza y estaba preocupado.

—No entiendo Byron, pensaba que empezábamos a tener algo —comentó Cooper.

—Sí, sí, y entiendo que estés enfadado. Yo lo estaría, pero déjame explicarte, por favor —dijo Byron.

—Está bien, pero sentémonos por favor. Hoy estoy un poco cansado —le dijo Cooper dirigiéndose al sofá.

—¿Estás bien? —le preguntó Byron.

—Sí, no te preocupes, es solo cansancio —le respondió Cooper mientras se sentaba en el sofá —. Tú dirás.

Byron se sentó al lado de Cooper, y antes de empezar a hablar quiso poner orden en su cabeza.

—No digas nada hasta que acabe, por favor —le pidió Byron.

—De acuerdo. Escucharé hasta el final —le dijo Cooper.

—He dejado el trabajo —soltó a bocajarro Byron.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Cooper totalmente sorprendido.

—Por favor, déjame decirte todo, ¿de acuerdo? —le volvió a pedir Byron.

Cooper asintió con la cabeza y gesticulando con la mano, le instó a que continuara hablando.

—Esta mañana hice una lista para saber lo que tenía que hacer con mi vida. Cosas a favor y en contra, ya sabes, cosas raras que se hacen a veces... Entonces al hacer esa lista, me di cuenta de que lo que tenía que ganar era mucho comparado con la pérdida. ¿Qué pasaría si fuera yo mismo? Pues que perdería a mi familia, bueno, a mi padre y hermano, y eso conllevaría a la pérdida de mi trabajo. La verdad si comparo eso a vivir amargado, asistiendo a citas con mujeres a las que no quiero ir, no ser feliz y lo más importante, no estar contigo, pues las pérdidas son bastante pequeñas. Pero ahora, también en la lista de en contra, por ejemplo, tu enfermedad, un punto bastante fuerte. Sí, llámame gilipollas, pero no puedo evitar sentir lo que siento y pensar, ¿qué pasaría si no te curaras? Pero me di cuenta, que prefiero pasar dos minutos contigo cuidándote, que toda una vida sin ti.

Cooper se lo quedó mirando fijamente, sin dar señal de alguna clase, pero sus ojos empezaron a aguarse y se tiró encima de Byron, abrazándole y besándole por todo el rostro, acabando en sus labios, donde se deleitó con gusto. Sentado a horcajadas encima de Byron, le acarició tiernamente la mejilla.

—Te quiero —le dijo Cooper con ternura.

Y se volvieron a besar, deteniendo el tiempo que les rodeaba. Fue un momento mágico que se guardaría en su memoria para siempre. Cooper se echó para atrás y entonces se pronunció:

—Es lo más bonito que me han dicho, y sí, también me preocupa mi enfermedad, pero ahora parece que la cosa está estable, pero me comprometo a luchar con todas mis fuerzas si volviera a aparecer. Además ahora tengo que recuperarme porque voy a ser padre.

Byron le miró sorprendido, primero no entendiendo nada y después empezándose a enfadar porque no sabía qué significaba lo que Cooper le estaba diciendo.

—He pedido ser padre de acogida de Arthur. Su madre sigue desaparecida y los servicios sociales se hicieron cargo. No podía dejar a ese niño solo. Mañana me dirán el resultado porque la psicóloga del hospital me ha comentado que no quieren que el niño esté solo el día de Navidad.

—¿De veras quieres hacerte cargo de un crío? —le preguntó Byron.

—Sí, y me gustaría que me ayudaras, y oye, ya que no tienes trabajo, puedes hacer de cocinero y hacer la cena de Nochebuena —le dijo Cooper guiñándole un ojo.

—Está bien, tal vez pueda convencerte que también me dejes hacer la comida de Navidad y pueda servirte —bromeó Byron pero de pronto se puso serio y continuó diciendo —. Tengo que buscar piso porque mi padre también me ha echado de casa. He dejado mis cosas en un pequeño hostel, pero no quiero permanecer allí mucho tiempo. Tengo unos cuantos ahorros, pero también tengo que empezar a buscar trabajo.

Cooper le acarició de nuevo la mejilla, y sin pensárselo mucho acabó sugiriendo que Byron se mudara allí, a pesar de llevar juntos tan poco tiempo. Al principio este se negó, pero con unas cuantas caricias, Cooper logró convencerle.

## CAPÍTULO 10

### *25 diciembre, Día de Navidad*

Parecía mentira los pasos de gigante que habían dado en tan solo dos meses de conocerse. Byron ya hacía tres días que vivía con Cooper, pero se había adaptado bien y de momento estaban felices. Sabían que con el roce diario y la convivencia no todo sería tan fácil como hasta ahora, pero iban a poner todo su empeño por conseguir que su amor pudiera con todo lo que viniera en un futuro.

Cooper no podría trabajar durante un tiempo, pero cuando era más joven había contratado un seguro por si se ponía enfermo convencido por sus padres y fue la mejor inversión que hizo. Así que ahora estaba viviendo bastante bien cubierto por esa póliza, solo hasta que pudiera volver a trabajar.

Y Byron había tenido suerte. A pesar de ser un horrible payaso, Jesse le cogió cariño, y le ofreció un trabajo enseñando a los niños cosas de electrónica. Cooper en principio pensaba que Byron se iba a negar, pero le entusiasmó la idea.

El padre y el hermano de Byron ni siquiera le llamaron para ver donde estaban viviendo, y aunque Cooper sabía que a Byron le dolía, él estaba ahí para apoyarle en todo lo que viniera.

Y lo contrario pasó con la familia de Cooper, que recibieron a Byron con los brazos abiertos, y a pesar de que protestaron porque decían que no se conocían lo suficiente como para mudarse juntos, al final les acabaron apoyando, y a solo dos días de tratarse, lo incluyeron como si fuera un hijo más.

Llegó el día de Navidad, y con esperanza y alegría, Byron y Cooper estaban en el hospital, comunicando al pequeño Arthur que a partir de entonces, Cooper sería su padre de acogida

—¿Y mi mamá? —preguntó Arthur con un pequeño puchero.

Cooper se acercó hasta la cama, y se sentó cogiendo la manita del niño.

—Cariño, no sabemos todavía. Te prometo que haré todo lo posible por encontrarla —le prometió Cooper con el corazón encogido.

—¿De verdad? ¿No me mientes? —vaciló Arthur.

—Te lo prometo —dijo Cooper poniendo su otra mano encima del corazón.

El pequeño Arthur se echó a llorar y Cooper lo abrazó fuertemente. Entonces Byron también se acercó y besó al niño en la cabecita.

—Ahora, ahora, todavía no me has contestado. ¿Quieres que sea tu papá de acogida? Significa que mientras tu mamá no esté, yo seré quien te cuide —le explicó Cooper todavía dentro del abrazo.

Arthur se retiró, y miró a Cooper para luego desviar la mirada hasta Byron.

—¿Él también lo será? —susurró el niño señalando a Byron.

—Lo seré yo, pero Byron es mi novio, así que me ayudará —le contestó Cooper.

—Ya sé que no me he reído mucho y que no he hecho muchos globos, pero me gustaría llegar a conocerte mejor—dijo Byron.

Y entonces, Arthur dibujó una enorme sonrisa que iluminó toda la habitación y sin previo aviso, empezó a saltar todavía estirado en la cama.

—¡Sí, sí! ¡Voy a tener papás! —gritó el niño riendo.

Byron soltó un suspiro de alivio, y Cooper se echó a reír junto al niño. Entonces Byron se acercó hasta el niño, cogió la nariz de payaso que guardaba en el bolsillo y la puso en la nariz del niño, lo que provocó más sonrisas en el pequeño. Y a pesar que estaban dentro de un hospital, esa sala, era una habitación lleno de risas, esperanza y amor, mucho amor.

Desde la ventana, Santa Claus se quedó mirando hacia la pequeña habitación. Estaba satisfecho con haber dado esos pequeños regalos de Navidad. A Cooper le había traído un poco de felicidad, y a Arthur le había dado una familia, además que con tan solo una conversación, había logrado que Byron encaminara su vida, a que fuera feliz, porque de eso consistía la Navidad, llenar con un poco de felicidad y esperanza a las personas. Y con esas se alejó para retirarse a dormir, porque ese año había sido un año de mucho trabajo, y sintiéndose valiente dejó escapar un «¡Jo, Jo, Jo! ¡Feliz Navidad!», y para su sorpresa y deleite, las tres personas que ocupaban aquella habitación miraron hacia afuera con gran estupor, pero también con una sonrisa plena.

FIN

## Notas de Autor



### SOBRE LA AUTORA

Empecé a leer poesía y novelas desde muy pequeña, y más adelante nació mi pasión por la escritura. A medida que fui creciendo, fui descubriendo diferentes géneros y ya en mi treintena descubrí la *homoerótica*, en la cual me he perdido completamente escribiendo.

En 2017 he tenido la suerte de poder publicar dos novelas: *Solo quiero ser tuyo* y *Perdido en espíritu*, que se pueden adquirir a través de todos los portales Amazon.

Licenciada en Administración y Dirección de Empresas, combino mi trabajo en una empresa industrial con mi mayor afición.

Para saber algo más sobre mí, podéis acceder a mis webs:

<https://novelemirosesantiago.wixsite.com/emirosesantiago>

<http://emirosesantiago.blogspot.com.es/>

Y también pasar por mis diferentes redes sociales: *Twitter*, *Facebook* o *Goodreads*.



# *Querido Santa*

Paloma Caballero





Querido Santa:

Para estas navidades quiero que me traigas a Matt Bomer o a Ian Somerhalder. Te lo pido a ti porque Cupido no me lo ha querido cumplir, así como tampoco lo ha hecho el conejo de pascua ni Chuck Norris a quien le he rendido culto viendo todas sus películas más de una vez. Incluso llegué a hacerle el pedido a Barney, quien hasta ahora nunca me había fallado, sin embargo, teniendo en cuenta que estamos a nada de terminar el año tuve que cambiar de objetivo.

Como me lees, estoy hablando de ti viejo gordo. Tú, con tu ridículo traje rojo y exagerada barba blanca, me tienes que hacer el milagro.

Sin embargo, soy una persona consiente y sé que tal vez sea imposible conseguir el corazón de alguno de estos dos portentos de hombres, de modo que, te doy una escapatoria un poco más fácil al dilema y te pido que me dejes a Henry Cavill bajo mi árbol.

Así es, a Henry Cavill, desnudo, con un lazo rojo gigante, bajo mi árbol. No hay más.

Bien, tal vez mi tono te parezca algo altanero, pero entiéndeme, con todos los años que llevo pidiéndote cosas y sin que me las cumplas, me siento con el derecho de exigirte esto. Y antes de que preguntes, si, lo recuerdo todo ¿No fuiste capaz de dejarme un micro-hornito para navidad? Era algo bastante simple de conseguir, pero te negaste a dármele a mí y se lo regalaste a mi hermana ¡Y a mí me dejaste una estúpida chamarra! ¡Yo quería un juguete y

tú me diste ropa aburrida! ¿Como esperas compensarme todos los traumas que me dejaste? Pues dejándome, como mínimo, al puto Henry Cavill bajo mi árbol.

Bien, yo sé que terminé intercambiando los regalos con Dallas, pero eso fue por mi iniciativa de tener una buena navidad. Si no fuera por mi ingenio ¿Que habría sido de mi infancia con todos esos horribles regalos que me dejaste bajo el árbol? No, no, no, esta es mi navidad y tú vas a ayudarme.

¿Crees que no me acuerdo de lo que me hiciste el año antepasado? ¡Por tu culpa tuve que mudarme de departamento! Claro, justo el día de navidad, me mandaste a una pareja calenturienta para que se mudara en la habitación de al lado. Había paredes compartidas, así que, como bien sabrás, mis días de buen sueño se terminaron por culpa de la tremenda frustración que me causaste. ¿Siquiera pensaste en darme un novio ese año? No, ni siquiera le regalaste un gato, me dejaste para que me pudriera solo en mi habitación, con la pareja de gritones al lado ¿Y esperabas que me quedara ahí?! ¡Y un cuerno!

A ver, vale, se lo que me vas a decir: Querido Gabriel, no necesitas a un hombre para ser feliz, creo que tu frustración proviene de algún momento de tu infancia en el que... NO, no estoy para sermones, no quiero que me psicoanalices, quiero mi regalo bajo el árbol y cuando lo coloques quiero que reflexiones sobre tus actos.

Si, quiero que me dejes un ensayo al respecto, carajo, uno de mil quinientas palabras, que son pocas en comparación con lo que me has hecho.

A ver, lo del micro-hornito te lo puedo dejar pasar, lo de los gritones también, siempre me las he arreglado para salir ileso de tus cagadas, pero el año pasado sí que me jodiste, me jodiste y no como me gusta (que te quede claro, que por el momento no quiero ningún sugar daddy).

¿Cuándo en la vida se te ocurrió darme un Martin para navidad? ¡Un Martin! ¡Dios mío santo! Yo era un simpático profesor de secundaria que se divertía haciéndole la vida imposible a sus alumnos, mientras estos lo hostigan recordándole su soltería a diario ¡Hasta que me

mandaste al estúpido de Martin para que cubriera un interinato de tres meses y lo acomodaste en el cubículo de al lado!

Un nuevo vecino, hola formalidades, hola a preguntas comunes sobre la vida de otro, salidas al café, comidas juntos, intercambio de número y terminamos con un Gabriel perdido por un tío adicto al café y a conversaciones relacionadas con la política y activismo social.

No te hagas el sorprendido, que sé que tu permitiste (tú y tu nieto el pañaludo con arco y flecha) que terminara babeando por un interino sin gracia, durante todo ese tiempo mientras me ponía en ridículo para que volteara a verme. Incluso llegué a fingir que me interesaban sus teorías sobre el porqué la población apoyaba a partidos ultra conservadores o que me gustaba su colección de discos de Joshua Bell ¿Sabes lo difícil que fue eso? Estoy seguro de que Martin si lo sabe, porque se dio cuenta enseguida de mis pobres dotes de actuación y me lo hizo saber con mucho más humor del que esperaba, lo cual me pareció muy lindo de su parte, pero no dejó de ser humillante.

A ver, que yo hasta llegué a pensar bien de ti y de tu familia, sobre todo cuando le ofrecieron un contrato por ocho meses supliendo a una maestra que se fue por maternidad ¿Quién no se sentiría afortunado? Es decir, ya sé que mencioné que Martin es un maestro sin chiste, pero en realidad sí que tiene su gracia. Yo soy de esos novios que nadie quiere, de esos que se la pasan encima de sus parejas y les encanta dejar chupetones, por eso siempre terminan conmigo, por enconoso, pero a Martin le gustaba que fuera así. Claro que yo me comportaba muy bien en la escuela, no me gusta dar espectáculos en el trabajo y ahora que tenía con quien salir los mocosos malcriados a los que les doy clases tenían más excusas para molestarme así que me encontraba en un campo minado. Joder, que esos niños nadie los entiende, primero están con que soy un solterón y ahora me preguntan por la boda.

En fin, el punto es que me hiciste creer que me estabas dando un regalo con Martin. De verdad que casi me la creo, sin embargo, ahora pienso que era una de tus maneras de torturarme. Claro que sí, no se puede confiar en un tipo que agenda los días en los que cometerá allanamiento de morada y se sale con la suya. Después de todo, solo estaba

preparando tu golpe, pues justo cuando pensé que las cosas no podían ir mejor, finiquitaste su contrato y lo enviaste a buscar trabajo a otra maldita ciudad.

¡A otra maldita ciudad! ¡Al único chico que no me ha mandado al cuerno por sentarme en sus piernas mientras ve el fútbol! ¡Joder, que ni siquiera le gusta el deporte! ¿Porque tenías que hacerme esto? Ahora por tu culpa estoy sufriendo síndrome de abstinencia, algo parecido al delirium tremens, pero sin la parte en la que literalmente estoy en peligro de muerte.

Nos hemos quedado como dos tontos hablando hasta media noche y casi he llegado tarde a casa por culpa de eso. Así que, quiero a Henry Cavill, Matt Bomer o Ian Somerhalder bajo mi árbol, porque creo que es la única manera que tendría para pasarla bien en navidad cuando la única persona a la que le importo está a kilómetros de distancia.

Te pido esto porque no me atrevo a desear que Martin vuelva, no deseo tener esperanzas de algo que no se va a cumplir, prefiero tener sueños ilusorios con un estúpido actor, porque incluso eso es más probable que tener a Martin conmigo. Seguiré intentando en una relación a larga distancia y trataré de encontrar una solución a mi problema como siempre lo he hecho. Eso es todo, ni siquiera sé por qué te escribí en primer lugar, tu ni siquiera existes. Sin embargo, por favor, jódete.

Te odia, Gabriel.

Querido Santa:

Gracias por permitirle a Canela una feliz jubilación, ese viejo estaba a punto de transformar la escuela en un museo. Y gracias por traer de vuelta a Martín, nunca dudé de ti.

Te ama, Gabriel.

# *La Mordida del Alfa*

Daniel Richards





## Capítulo 1

Dano llevaba un rato ya en la barra del bar sin poder emborracharse. Su mejor amigo y pareja los últimos cinco años acababa de terminar con él porque al parecer había encontrado a alguien más. Un detective de homicidios del trabajo.

Maya, su ex, era un médico forense de treinta años con cara de niño que había sido su mejor amigo desde la universidad y se había hecho su pareja en los últimos años. Nunca habían tenido diferencias, congeniaban bien y había creído que lo suyo iba perfectamente bien, apenas una semana atrás era que todo había comenzado a ser extraño, aún así no creyó que la situación fuera tan grave como para que se romper.

-¿Qué tiene él que no tenga yo?- le preguntó al barman que le dirigió una sonrisa comprensiva.

-Seguro que nada- le respondió aunque no tenía idea de qué hablaba.

Dano se observó en los espejos tras los estantes de la barra. Él era un abogado de éxito, tenía los ojos azules como el cielo en un día soleado y el cabello rubio cenizo siempre engomado y perfecto. Sus trajes eran siempre impecables y las mujeres hacían fila para hablar con él, no se había sentido jamás inferior a alguien, ¿cómo era posible que le hubiesen arrebatado a su amante sin siquiera poder haber dado pelea?

-Quizá perdiste tu encanto, Dano- murmuró tristemente. ¿Sería posible que se hubiese convertido en alguno de esos abogados estirados que nadie soportaba?- ¿soy desagradable?- preguntó de nuevo al barman. Éste soltó una discreta risita.

-A mí me agrada- le respondió. Y no era mentira, Dano era cliente de aquel bar y a menudo dejaba buenas propinas, además siempre era educado y agradable, la sonrisa nunca faltaba en su rostro. Verlo en aquel lamentable estado de ánimo era sin duda una novedad.

-¿Sabes?- Dano lo señaló ya ligeramente borracho- Eres bueno en tu trabajo-. Aseguró y el barman asintió, aunque Dano continuó- estoy seguro que estoy siendo un maldito palo en el culo ahora mismo- asintió en entendimiento de sí mismo- pero aún dices que te agrado y sonrías- asintió varias veces y se tomó su trago de golpe- eres todo un profesional- mientras sacaba su cartera y dejaba 20 dólares en la barra- toma esto para ti, nunca cambies- le pidió y el sujeto soltó una risita y tomó el billete.

-Quien sea que le haya dejado seguro se arrepentirá- le aseguró antes de alejarse para atender a alguien más, Dano dudaba que algún día Maya se arrepintiera de nada, conocía a su amigo, había dado aquel paso solo porque estaba plenamente seguro de lo que hacía. Así era él, decisivo y honrado, una vez que daba un paso adelante nunca miraba atrás de nuevo.

-Quedé atrás- murmuró abatido. Un rato después el barman volvió y colocó un trago frente a él, Dano lo vio y suspiró-. Gracias amigo- antes de que el barman pudiese decir nada tomó el vaso y bebió el contenido de golpe- mmm, sabe bien ¿qué es esto?- preguntó viendo el recipiente vacío- dame otro-. Ya que su vida amorosa era un asco al menos podía permitirse un buen trago.

El barman se rió nuevamente por lo bajo.

-Ese era un regalo de otro de los clientes- el hombre hizo el intento de mostrarle a Dano quién le había enviado el trago pero este solo desestimó el asunto con un movimiento de mano pidiendo que dejara eso de lado y solo le trajera otro.

No pasó mucho tiempo antes de que sintiera a alguien pararse a su lado y colocar en persona una bebida igual a la anterior frente a él, Dano levantó la vista y ahogó un gemido al encontrar el atractivo rostro de un hombre de unos treinta y tantos años muy cerca del suyo.

-¿Puedo invitarte un trago más?- su voz sonaba profunda y sensual, viajó directo a la entrepierna de Dano que ni siquiera se preguntó cómo era posible que sucediera cuando tenía el corazón hecho pedazos.

-Puedes...- su voz sonó irreconocible a sus propios oídos, una media sonrisa se dibujó en sus labios... ¿cómo podía ser un hombre tan atrayente? Ni siquiera era su tipo pero lo embelesó.

-¿Qué tal compartirlo?- le mostró la copa que tenía en su mano y Dano le vio desconcertado, el extraño sonrió y se llevó la copa a los labios bebiendo. Después de acercarse a él y Dano supo lo que intentaba, pero contrario a su usual comportamiento simplemente entrecerró encantado los ojos y levantó el rostro ansioso por recibir aquellos labios contra los suyos. La sensación del primer roce envió corrientes eléctricas por toda su columna y el calor del licor inundó rápidamente su boca y su garganta pero no le importó, bebió obedientemente y dejó que aquel extraño violara su boca de una forma que no había experimentado antes. Sintió la lengua barrer todo su interior y gimió completamente encendido por el sensual movimiento-creo que no puedo ser paciente como planeaba, muchacho- murmuró contra sus labios y Dano sin pensarlo le rodeó el cuello con los brazos.

-Está bien... acelera- pidió con una voz necesitada que no parecía suya. Estaba mareado, excitado y necesitado como no recordaba jamás haberlo estado, y apenas con aire después de aquel beso.

-Maldición, esto debería ir lento- el extraño gruñó al tiempo que lo levantó y lo apretó contra su cuerpo robando otro beso aún más invasivo y largo que el primero. Para cuando se separaron a Dano le faltaba el aire y estaba mareado en sus sentimientos-salgamos de aquí, tesoro- le pidió y el rubio se dejó llevar sin la menor objeción.

Sintió las manos del extraño aferrarse a él. Las sintió en el elevador acariciando sus glúteos y pegándolo a su cuerpo, sabía que debían ser una visión sumamente desvergonzada pero no

le importaba, estaba tan ansioso de aquella boca, de aquellas caricias. Vagamente notó que lo metía a un auto, pero lo único que le importó fue la pérdida del calor ajeno en los cortos segundos que su pareja tardó en entrar también.

Aunque Dano no se dio cuenta, el auto era un último modelo separado del conductor por un vidrio oscuro. Las manos del extraño lo buscaron nada más sentarse y respondió alegremente a su búsqueda colocándose sobre las piernas ajenas dejando que las manos ajenas buscaran su piel debajo de su ropa.

-Eres exquisito, dime tu nombre pareja- escuchó la voz en su oído y gimió solo con ella, estremeciéndose de pies a cabeza. Todo su cuerpo picaba por ser acariciado.

-Dano... llámame Dano- gimió notando entonces que el hombre estaba acariciando su vientre.

-Tienes las tetillas duras- le sonrió y Dano gimió asintiendo. Las acaricio y él gimió, poco después no eran los dedos del extraño si no su boca la que lo hacía.

-Ah... sí... muérdelas...- El sujeto lo complació mordisqueando sobre la ropa. Sintió como metía las manos en sus pantalones y la temperatura se elevó aún más al sentir aquella mano grande en su miembro haciéndolo delirar, pero no se detuvo ahí, bajó sus pantalones y directamente lo colocó contra la puerta buscando su boca. Le besó con hambre y uno de sus dedos buscó entre sus nalgas.

Dano jamás había sido pasivo en ninguna relación, así que el sentimiento de querer ser follado fue completamente nuevo. Sintió el dedo presionando contra su entrada y empujó las caderas ansioso. Su cuerpo se abrió para aquel extraño como si fuera lo más natural del mundo.

-Ah...ah...- sus caderas se movían mientras su boca buscaba con ímpetu la ajena, sus manos se enredaron en el cabello del otro, tan hambriento, tan necesitado.

-¿Te gusta aquí pareja?- escuchó la pregunta y asintió sin vergüenza buscando aquellos labios.

-Si... si... me encanta... fóllame, necesito que me folles- pidió. Su pareja gruñó ante el pedido y sus besos se volvieron más feroces. Un dedo más entró en el interior de Dano y la presión solo lo hizo gemir de satisfacción- si...si...más...más...

Dano sentía que todo lo que recibía no era suficiente. Aún a pesar de aun ser virgen como pasivo no podía dejar de querer ser tomado por aquel hombre.

-Jódeme...dios...dios, por favor, jódeme- gimió empujando las caderas a aquellos dedos.

Pero contrario a lo que pedía el extraño lo separó y le acomodó la ropa. Dano le observó confundido. Sin darse cuenta llevaban ya varios minutos en el auto y habían llegado a su destino.

El hombre le llevó a través de un elevador VIP de algún hotel lujoso, pero Dano no estaba seguro, estaba sobre el cuerpo del otro buscando su boca, rozando su cuerpo contra el ajeno.

En algún momento sintió la erección presionando contra su vientre y se le hizo agua la boca.

-Quiero chuparte- gimió besando el cuello ajeno- déjame chuparte.

Poco sabía Dano que aquel extraño estaba usando hasta su última gota de fuerza de voluntad para lograr llegar a su habitación.

-Maldición bebé, me estás volviendo loco- gruñó casi como un animal real apretando los glúteos ajenos pegándolo a su cuerpo, manoseándolo descaradamente. El elevador tardaba demasiado y metió una mano en sus pantalones comenzando a penetrarlo con un dedo contra el espejo del elevador.

-Ah...más...más...- Dano exigió sin que le preocupara el lugar en el que estaban.

Llegaron a su piso justo a tiempo, antes de que la fuerza de voluntad se quebrara. Nada más entrar en la habitación levantó a Dano y le llevó directamente a la cama arrancándole la ropa sin ninguna consideración.

Dano no estaba asustado, si había alguna forma de describir su estado seguramente sería excitado, lo suficiente como para morir.

El extraño se quitó la ropa y él se lamió los labios observándolo, no pidió permiso antes de hincarse en la cama y comenzar a mordisquear las crestas de aquel vientre, apenas un par de besos y mordidas antes de bajar a lo que realmente necesitaba.

Sin ceremonias Dano metió el miembro ajeno en su boca saboreando la punta. El placer que explotó en ella casi lo hizo venirse, su cuerpo tembló de placer y chupó y lamió ansioso. Nunca, jamás había sentido semejante satisfacción.

El hombre dejó a Dano hacer lo que deseaba, solo cuando sintió que no aguantaría más lo apartó y le empujó en la cama besándolo.

-Abre las piernas para mi, pareja- pidió con voz gutural. Dano obedeció, no solo eso, las sostuvo con ambas manos ofreciéndose de la forma más descarada posible.

-Aquí... aquí... fóllame- rogó empujándose, pese a esto el extraño era renuente, con deseo en sus ojos regresó el favor que había recibido chupando su miembro y poco después preparando la entrada que deseaba perforar, con su lengua. Dano simplemente no pudo soportarlo. Estuvo a punto de venirse.

Desde luego el otro no lo permitió y apretó la base de su miembro deteniendo su orgasmo.

-Aún no... aún no, pareja... la primera será juntos-. Sentenció y Dano sintió que no podía renegar a nada de lo que aquel hombre decidiera, obedientemente retuvo su orgasmo solo volviéndose loco con el placer.

Cuando estuvo lo suficientemente dilatado y justo cuando creía que se desmayaría por las sensaciones, su pareja se colocó entre sus piernas.

-Aquí voy bebé- gimió y se empujó lentamente en el cuerpo ajeno, Dano gimió y se retorció, sus piernas quisieron enrollarse en las ajenas pero su pareja lo detuvo con una sonrisa maliciosa y excitada.

-No... no bebé. Sostenlas para mí, mantén tus piernas abiertas para mí- ordenó y Dano entre gemidos descontrolados aceptó.

-Si...si...lo...lo que quieras- concedió sujetándolas, dejando que su propio miembro rebotara en su vientre cuando las embestidas se volvieron más salvajes- ¡Ah!- Dano no podía creer cómo los ojos se le iban en blanco del tremendo remolino de placer azotándolo- ¡Jódeme! ¡si ¡si! ¡Fóllame!- solo después de casi diez minutos en el cielo su pareja soltó su miembro dejándolo venirse y derramándose por completo dentro de él.

Dano debería estar preocupado por haber tenido sexo sin protección con un extraño pero en cambio sintió que el semen en su interior le dejaba una sensación de placer y confort indescriptible.

-Quedaste lleno de mi, bebé- el extraño le sonrió coquetamente y Dano encontró el gesto embelesante.

-Quiero más...- gimió sintiendo que su cuerpo se calentaba de nuevo y su pareja asintió comenzando a besar su cuello.

-Descuida, esto es solo el comienzo- le prometió y lo cumplió. Después de la primera vez el extraño no volvió a detener su orgasmo.

## Capítulo 2

Dano se vino tantas veces que creyó que quedaría seco. Ni siquiera era consciente de que las horas pasaban en aquella habitación ni que él se venía unas tres veces antes de sentir el semen en su trasero llenándolo de calor.

Dano tampoco fue consciente de las incoherencias que gritó ni de los gemidos altos que soltaba en cada ocasión, él simplemente sabía que estaba en el cielo y quería más.

Aquellos dos apenas y paraban para comer, dormir y a veces darse una ducha, para el tercer día Dano estaba boca abajo en la cama con las piernas abiertas mientras su pareja que ahora sabía se llamaba Lionel se empujaba fácilmente en su interior haciéndolo gritar.

-Si...si...si, joder, si...- arqueó la espalda moviendo las caderas hacia atrás deseando tenerlo más profundo- Si...si...lléname...vente dentro Lio... lléname... jah! jah! ¡Ah!- sintió las embestidas aumentar y perdió toda capacidad de hablar- jah! - Se corrió en las sábanas exprimiendo a su pareja dentro de él, sintiendo poco después la sensación ya tan familiar del semen en su interior. Una sensación tan ansiada.

Poco después Dano se quedó dormido sin preocuparse de nada más que descansar. Lionel sonrió viendo a su pareja quedarse así, estaba ávido por saber más de él, hasta ahora cada cosa que veía lo encantaba más, pero para ser sinceros no es que hubiesen hecho mucho aparte de aparearse como locos, pero ¿qué podía hacer? Pese a que su pareja era un humano común eso no impedía que sintiera el calor del encuentro con su pareja destinada.

Con sumo cuidado Lionel salió de su cuerpo y dejó pequeños besos a lo largo de su espalda, cariñosos y cuidadosos.

-Espera un poco, bebé... volveré pronto- le susurró. Habían comido todo lo que había. Podría pedir servicio a la habitación pero con su apareamiento tan frágil aún no quería tentar a su lobo interno a enloquecer si sentía que alguien invadía su territorio-. Me siento algo más claro- murmuró echándose el cabello atrás, los últimos días no había podido pensar en nada más que marcar a su pareja, en hacerle el amor y llenarlo de su esencia, se avergonzaba un poco de haber sido tan bruto pero en su defensa su lobo había estado más en control que su

raciocinio humano. Era una suerte que su pareja había parecido absolutamente receptivo- después de todos estamos hecho el uno para el otro- sonrió encantado y tras darse una ducha rápida bajó al restaurante del hotel pidiendo cada exquisito plato que aparecía en el menú. Su pareja seguramente estaría un poco más lúcido cuando despertara así que quizá era el momento de consentirlo y explicarle lo que sucedía entre los dos.

Lionel poco sabía que sus planes estaban a punto de irse al garete. Cuando Dano despertó poco después de que Lionel saliera de la habitación, efectivamente estaba más claro, pero sin ninguna otra explicación a lo sucedido se encontró avergonzado y confundido. Por supuesto recordaba cada cosa que había pasado en los últimos tres días pero al mismo tiempo sentía que no era él mismo, como si no pudiese controlarse. Recordó el primer trago que aquel sujeto le había enviado y su paranoia explotó de inmediato.

¡Ese sujeto lo había drogado! ¿De qué otra forma podría haber estado tan perdido? ¿Haber hecho y dicho cosas tan vergonzosas? ¡Era simplemente imposible para él hacerlo en sus cinco sentidos!

Las alarmas comenzaron rápidamente a sonar en su cabeza, no sabía en dónde estaba... ¿podría escapar? Dios... había tenido todo tipo de sexo sin protección ¿qué si ahora estaba enfermo de algo? El miedo se apoderó de él y sin tomar siquiera el tiempo de asearse buscó su ropa en la habitación. Solo estaba la de aquel sujeto, la suya hacía mucho que era jirones en el suelo así que tuvo que conformarse con las prendas dos tallas más grandes que las suyas e intentar salir.

Para suerte de Dano las puertas no estaban obstruidas y sin contratiempos logró salir del hotel. No tenía dinero así que corrió por las calles sin rumbo, no sabía qué hacer, estaba confundido y asustado. Dano sentía que si se detenía aquel sujeto lo encontraría y lo devolvería a aquel encierro donde perdería la razón una vez más.

Cuando Dano vio a un oficial de policía en una esquina recordó al que había sido su pareja y que aún a pesar de todo consideraba su mejor amigo y olvidándose de los problemas que había tenido le pidió desesperado al oficial que contactara con él.

El oficial de policía sabía distinguir a una víctima cuando la veía, así que dirigió al sujeto a la patrulla y se dedicó a calmarlo asegurándole que estaba a salvo. Solo después de que Dano se tranquilizó y pudo darle el nombre de su ex, se comunicó con Maya sorprendiéndose de realmente conocer al sujeto que aquella víctima quería ver.

-¿Qué quieres Carlo? Si vas a seguir insistiendo en que te organice una cita con Laura, olvídale. Soy su jefe, no su casamentero- El oficial no se inmutó a pesar de que estaba muy interesado en una cita con la chica, no era el momento de abordar el tema.

-Escucha Maya, tengo a una posible víctima de secuestro conmigo en la calle tres. Dice que te conoce y me pidió que te llamara- el sujeto tomó su libreta y leyó el nombre – escucha, dice llamarse Daniel Maxwell.

Carlo era un oficial de bajo rango, no conocía a la pareja de Maya y desde luego no tenía roce con el círculo de amigos de Daniel, así que lógicamente no sabía lo que tenía en sus manos.

-¿Dano?- la voz de Maya sonó alarmada- Escúchame Carlo, míralo bien y dime, es un hombre caucásico, sobre los treinta años, ojos azules, cabello rubio cenizo, traje a medida, cabello engomado- Maya soltó la descripción de como él siempre pensaba en Dano, olvidándose de que el oficial había mencionado un “supuesto secuestro”.

-Justo así, solo puedes olvidarte del cabello engomado y el traje a medida...- hablaba bajo mientras veía a Dano de reojo en la patrulla. Aunque estuviese familiarizado con él sería difícil asociar al hombre de cabello desordenado y traje enorme. Le había preguntado su edad por lo que podía decir que coincidía con lo que Maya le dijo, pero ciertamente en su estado Dano lucía un par de años más joven.

-Escucha Carlo, por favor, maneja esto con discreción ¿ok? Necesito que esto sea lo más silencioso posible, no te pido nada ilegal solo... ni siquiera enciendas tu sirena ¿sí?- Carlo levantó una ceja.

-Está bien, lo llevare a la estación. Puedes pasar a recogerlo ahí.

El oficial llevó a Dano, pero ¿qué hombre podría confesar fácilmente que sospechaba haber sido drogado y violado durante días?! Él no iba a actuar precipitadamente, los casos de

violación contra hombre eran un dolor de cabeza y aún si corría con suerte, su carrera estaría arruinada tras el escándalo. Así pues, aún a pesar de la insistencia de aquel oficial y otros detectives Dano se negó a hablar de su situación y se cerró a decir nada hasta que Maya apareció para recogerlo.

-¡Dano!- Maya corrió al lado de su amigo nada más verlo, estaba descalzo, desaliñado y usaba ropa enorme, ¿qué había pasado con él?- ¿qué sucedió? ¿Estás herido?- Maya estaba tan preocupado que podría desmayarse en cualquier momento. A Dano se le inundaron los ojos al verlo. Estaba sentado en una de las sillas de espera de la estación y Maya se colocó en cuclillas frente a él.

-Lo siento Maya... siento haberte dicho todo lo que dije...si ...si te enamoraste de alguien más está bien- murmuró a media voz y Maya se preocupó aún más al escucharlo. Dano realmente no había perdido los estribos del todo cuando había terminado con él. Pese a que había preguntado cuanto tiempo llevaba engañándolo, al final había dicho que necesitaban alejarse y salido del departamento. Eso había sido tres días atrás y había supuesto que Dano solo estaba asimilándolo todo. Había querido darle una semana para calmarse antes de buscarlo. Él creía que aun podían arreglar su amistad.

Maya no creía que se hubiesen separado en tan malos términos como para cortar relaciones, la reacción moderadamente dolida e hiriente de Dano le había mostrado que aún en esa situación no había querido ser hiriente con él. Eso lo valoraba mucho.

-No te preocupes por eso ahora Dano, tienes que decirme qué paso, tenemos que llevarte a un hospital para que te revisen- aseguró, tan cerca que Dano podía percibir el leve aroma a sexo que lo envolvía y eso le asustó. Dano se estremeció al pensar ir a un hospital. Todos sabrían fácilmente lo que le había pasado con solo echarle un vistazo a su cuerpo.

-¡No!- casi gritó- No quiero ir a un hospital... llévame al departamento- seguramente Maya ya no vivía en el departamento que compartían pero él aun debería tener la llave.

La noche que se habían separado Maya se había ofrecido a dejar el lugar. Lo habían arrendado entre ambos y muchas de las cosas ahí eran compartidas, pero Maya había

anunciado que solo tomaría sus ropas y saldría esa misma noche. Dano sabía que esa había sido una de sus muestras de buena voluntad, aceptando su culpa en la separación y dejando todas las comodidades a Dano, siendo él quien se marchaba sin nada.

-Por favor...- Dano sintió en ese momento lo importante que era Maya como amigo para él, después de todo en esos momentos no podía pensar en nadie más en quién confiar.

Maya le vio con duda, pero viendo a su amigo rogarle de aquella forma lastimera asintió.

-Está bien- interiormente Maya se dijo que procesaría la ropa y cualquier evidencia que pudiese haber sobre Dano aún si éste no quería. No podía dejar que cualquier oportunidad de sacar la verdad a la luz se perdiera en el futuro. No sabía qué le había pasado a su amigo pero no podía ser algo simple, no, algo simple no tendría a Dano en aquel estado.

-No puedes llevártelo- Maya se sobresaltó al escuchar la voz tras él y se giró viendo a un hombre de tez morena, cabello negro y ojos aceitunados.

-Robert...- murmuró y sintió que el corazón le daba un vuelvo pero lo controló rápidamente recordando que su amigo lo necesitaba- ¿por qué no? No quiere levantar cargos, ni tiene cargos en su contra, si quiere irse, puede irse.

Robert levantó una ceja con evidente muestra de desagrado.

-Todo él grita sexo, ¿cómo podemos estar seguros de que es la víctima y no el victimario? No puede irse hasta que analicemos su ropa- aseguró con voz autoritaria y Maya frunció el ceño ante lo escuchado.

-¿Cómo que no puedes estar seguro? Dano jamás dañaría a nadie- gruñó enojado.

-Lo dices en calidad de forense o de amante- se burló el hombre, aparentemente resentido.

-Él y yo ya no estamos juntos- Maya dibujo una sonrisa de satisfacción tras decirlo haciendo que Robert efectivamente se descolocara y los mirara a ambos dudando.

Dano sabía que aquella situación no era fácil y tampoco quería evidenciarse, también estaba aún muy confundido y desorientado. Había una sensación creciente de abandono y soledad en él, por lo que simplemente permaneció en silencio.

-¿Lo dejaste?- Robert preguntó con tono ronco y Maya se sonrojó.

-No es importante... él no es un criminal, déjame llevarlo a casa- pidió suavemente y Robert maldijo lo débil que era ante aquel juvenil rostro lastimero.

-Iré con ustedes- aunque era débil a la pareja que se empeñaba en poner distancia entre ellos, aún no lo era tanto como para dejarlo irse solo con su ex a su departamento.

Robert se acercó a Dano para ayudarlo a ponerse en pie pero apenas bajó sus reservas contra el sujeto y se acercó un poco más se congeló por completo.

-Oh, maldición- murmuró sorprendido.

-¿Qué sucede?- Maya también se sorprendió por la reacción del otro poniéndose de pie.

-Él es como tú...

### Capítulo 3

-Él es como tú- Robert murmuró bajo y Maya frunció el ceño, vio a Dano y luego a Robert. Después de unos segundos de confusión, la molestia se dibujó en toda su cara.

-¿No te estas yendo un poco por la borda?- ¿era posible que aquel sujeto descarado, después de afirmar que ellos eran una pareja destinada, ahora pretendiera añadir a Dano a la ecuación? Robert entendió rápidamente que el enojo en el rostro de su pareja no era otra cosa que celos y casi sonrió de satisfacción. Si la situación no fuese tan complicada sin duda lo usaría a su favor.

-No conmigo bebé...- le habló a la mente, temiendo que su conversación pusiera incómodo a Dano. Entendía más o menos cómo debía sentirse el hombre en esos momentos, aunque saber que era el Ex de su pareja lo ponía loco de celos, también era capaz de notar el aroma de un alfa sobre el chico, eso era suficiente para mantener a su lobo a raya y para despertar la comprensión en su corazón humano. Ese pobre muchacho debía estar la mar de confundido-. Creo que tu ex, es la actual pareja de otro lobo- explicó.

-Dijiste que los lobos no podían lastimar a sus parejas- le reclamó mentalmente y Robert se encontró indefenso contra el enojo de su pareja.

-No creo que lo dañara, pero un alfa y un beta como yo somos diferentes, vayamos a otro sitio. Te lo explicaré cuando salgamos de aquí- prometió.

-A ambos- corrigió Maya, Dano también merecía saber que pasaba.

-Ya veremos...- Robert no estaba seguro de si explicarle sería una buena idea. Decirle lo que sucedía era trabajo de su pareja... no estaba seguro de que el alfa que había marcado a Dano se tomara a bien que otro lobo se tomara semejante libertad.

Robert se encargó de sacar a Dano discretamente de la estación y salieron rumbo a su departamento. Nada más entrar Robert soltó un gruñido molesto.

-¿Qué sucede?- Maya preguntó desconcertado.

-El aroma de ustedes dos mezclado impregna todo el lugar... a mi lobo no le gusta- se quejó. En otro momento quizá su lobo querría destrozar el cuello de Dano, pero desde que éste tenía la marca de un alfa, su lobo solo estaba molesto.

-He tenido más parejas que Dano, Rob, supéralo- le regañó, no es que no entendiera del todo lo que le sucedía a Robert, pero si él comenzaba a ceder solo porque Rob era un lobo temía que terminara tratándolo como si no fuese humano.

-Eres cruel pareja- se quejó Rob y Maya le medio sonrió haciendo que se sintiera mejor. Maya llevaba rechazándolo desde que se conocieron pese a que su alma estaba destinada a la suya. Sabía que era porque se sentía culpable por haber lastimado a Dano y de haberlo casi engañado cuando aún estaban juntos. Si lograba que Dano aceptase felizmente su emparejamiento con su alfa estaba seguro de que sería la solución a la resistencia de Maya a estar con él.

-¿Es él?- Dano preguntó apático, viendo a Rob y después a Maya. Entendió lo que quería decir y vio de reojo a Rob asintiendo despacio. Dano llevo su mirada de Rob a Maya y de Maya a Rob y suspiró- ¿por qué no están juntos?- él podía decir que aquellos dos no parecían haber comenzado a salir y no era por falta de ganas, de eso estaba seguro.

-Hey, no desvíes el tema- Maya tomó una silla y se la dio a Rob para después tomar otra y sentarse ambos casi frente a Dano.

-¿Así que ahora viene la parte del interrogatorio?- Dano se echó el cabello desordenado atrás y Rob torció el rostro. Dano era un hombre extremadamente apuesto, del tipo de modelo de revista, muy diferente a él mismo, ¿cómo era posible que el tipo de hombre que le gustaba a su pareja fuese tan diferente de él mismo? No lo comprendía-. ¿Entonces cómo es esto?- Dano suspiró viéndolo- ¿Debo quitarme la ropa para que Maya la analice antes o después de que tú me interrogues?- Dano preguntó con voz parca. Conocía a su amigo, estaba seguro de que no permitiría solo que dejara pasar el asunto si creía que había sido abusado, el problema era... ¿cómo podría confesar que había estado demasiado perdido en el placer como para darse cuenta de lo que sucedía?

-No en realidad- Rob aseguró- creo saber qué fue lo que sucedió contigo- se rascó la cabeza- En realidad no sé si debería decírtelo o si me creerás cuando te lo diga. Pero por extraño que suene deberías buscar al hombre con el que tuviste sexo...

Dano frunció el ceño poniéndose inmediatamente a la defensiva.

-¿Qué se supone que significa eso?- él no estaba seguro de lo que aquel hombre intentaba decirle o si tenía algo que ver con su relación con Maya.

-No es lo que crees... bueno...- Rob no encontraba la forma de decirle y Maya frunció el ceño.

-Rob, solo dile la verdad- le pidió y Rob vio a su pareja sintiéndose indefenso.

-Bebé, no me corresponde... eso debe decírselo ese sujeto...- murmuró, evitando decir pareja o alfa. Dano los vio a ambos y aunque fuese un idiota entendió que esos dos sabían algo que él no.

-¿De qué me estoy perdiendo?- sentía como si hubiese estado buscando mucho tiempo un sitio y por fin encontrara el mapa que lo llevaría a él.

Maya observó a Robert unos segundos y al notar que aún dudaba en hablar se adelantó a hacerlo.

-Lo que voy a decirte sonara completamente loco y disparatado- aseguró- pero si eres como yo sentirás que es cierto en tu corazón- continuó y tomó aire, Dano no sabía qué esperar- Robert es un lobo y es mi pareja predestinada. Ni siquiera es complicado de explicar, su alma resuena con la mía, dicho de otra forma somos una pareja destinada. Si, suena ridículo, lo sé... pero es lo mismo contigo. Estuviste con un sujeto los últimos días al parecer y según lo que Robert percibe, es tu pareja- explicó y Dano frunció el ceño. Después volvió la mirada a Robert con molestia.

-¿Con qué locuras le llenaste la cabeza?- preguntó. Sería posible que Maya pasara por algo parecido a lo que él había pasado y ese sujeto le hubiese engañado de aquella forma? No... Maya era demasiado sensato como para creer un cuento como ese así como así... además... ¿por qué en el fondo sentía que todo tenía sentido? No podía comprenderlo.

-No son mentiras- Robert suspiró. Ya que su pareja había hablado era mejor si él continuaba. Si la furia del alfa iba a caer sobre alguien debía ser sobre él, no sobre Maya- ¿ves esto?- le mostró su mano.

-Es una mano grande, que impresión- suspiró Dano y Robert no se lo tomó a mal.

-mírala claramente, no quiero que pienses que es un truco.

Dano rodó los ojos pero obedeció, internamente, aunque no quería admitirlo, sentía que debía prestar atención. Ante sus ojos las uñas de Robert comenzaron a crecer hasta volverse garras. La piel humana se volvió gruesa y algo más oscura y el bello natural se volvió un poco más grueso y visible.

-Mido un metro ochenta y cinco, pero mi tamaño real está sobre los dos metros... tu chico debe ser bastante más grande...- murmuró. Dano se quedó viendo la mano que volvía lentamente a la normalidad y en silencio pareció quedarse en blanco.

Dano no estaba asustado de ver el cambio en Robert, estaba más asustado de lo natural que aquello le pareció. Como si por fin alguien le hubiese explicado la relación entre las sumas y las tablas de multiplicar. Tenía esa sensación de entendimiento que viene cuando por fin se ha dominado cierto conocimiento. Simplemente todo parecía perfectamente claro... ¿qué tan normal era eso?

-Yo... yo estuve con él tres días... Maya... Maya jamás desapareció así después de conocerte- él ni siquiera había pensado en negarse a aquel sujeto. Estaba ansioso, desesperado por ir a su cama, su piel había casi dolido físicamente de necesidad por aquel hombre.

-Maya y tú están en una situación parecida, son humanos que tienen un lobo por pareja, pero yo soy un beta. Claro que Maya puede sentir como nuestras almas se llaman. Como beta ejerzo cierto nivel de atracción hacia mi pareja. Pero es diferente contigo. Tu pareja al parecer es un alfa... no hay forma de que pudieras resistirte a ... – tuvo la decencia de sonrojarse un poco y se aclaró la garganta- bueno... el llamado al apareo es más fuerte para ti. Siendo humano eres un poco más resistente pero aún así es perfectamente normal que

perdieras la conciencia de tí mismo durante tres días. Aun así tu pareja es considerada...- agregó viendo el cuello de Dano, este por reflejo se cubrió el mismo.

-¿Qué?- preguntándose si tenía algo en el cuello.

-Él no te mordió. Si te hubiese mordido serían ya una pareja establecida... sus almas estarían unidas para siempre. Para un alfa es fácil someter a su pareja. Naturalmente ejercen una presión grande en el resto de los seres vivos, decir que pueden tener a su pareja comiendo de su mano no es una broma.

-Él... no... no me mordió- recordaba vagamente haber sentido los dientes rozar su cuello en besos atrevidos pero jamás nada cercano a una mordida, nada aparte del mordisqueo ocasional en sus pezones... pero nada que hubiese penetrado la piel.

-Si mi suposición es correcta, él debe haber querido esperar a que recuperaras el control de tus sentidos antes de explicarte lo que sucedía y pedir tu consentimiento- especuló- si es así, tuviste suerte... nuestra raza se mueve principalmente en el submundo, la mayoría de los alfa de ahí no te habrían dejado escapar.

Dano frunció el ceño.

-No recuerdo que le preocupara mi consentimiento los últimos tres días- el sujeto desde luego no había dudado en llevarlo a la cama mientras estaba confundido.

-¿Te forzó en algún momento?- Robert preguntó sintiéndose algo identificado con el lobo desconocido, después de todo él también lo era y sabía lo que se sentía la necesidad por tu pareja. Para un alfa que es mucho más dominante, esa necesidad debía haber sido mil veces peor.

-Bueno... no... pero él sabía lo que sucedía. ¡Yo estaba perdido!- se defendió y Robert suspiro.

-Una de las razones por las que te digo que tuviste suerte es porque no es tan simple como piensas. La necesidad de unión no se limita a ti, él debió estar desenfrenado como tú, no haberte mordido ya muestra un gran autocontrol y entereza.

Robert estaba hablando a favor de aquel misterioso alfa, más que por simpatía entre lobos porque no deseaba que Dano repudiara a su pareja. Si aquellos dos no se enlazaban no solo lastimarían profundamente sus almas, también serían siempre esa barrera entre él y Maya.

Maya por su lado escuchaba atentamente la explicación de Robert, siempre había creído que aquella necesidad y creciente lujuria estaba solo en él, Robert estaba siempre tan controlado que había pensado que solo él estaba en desventaja. En realidad Dano no era el único con suerte, Robert había sido paciente. Con la fuerza del hombre, someterlo y morderlo habría sido pan comido. Sin mencionar que con su cuerpo traicionero hacerlo rendirse al placer quizá habría sido igual de fácil.

Dano se quedó callado después de la explicación de Robert y se acurrucó en un sillón aparentemente reflexionando y digiriendo todo lo que le habían dicho. Robert y Maya se apartaron. Maya le llevó a la pequeña cocina para darle espacio a Dano.

-¿Qué?- Maya se sorprendió al sentir los dedos de Robert buscando los suyos.

-Mi lobo esta histérico. Al menos déjame tocarte de esta forma- su lobo llevaba percibiendo el aroma de su pareja envuelta en la de otro hombre y no estaba contento, estaba rascando por marcar lo que era suyo. Maya se sonrojó levemente al escucharlo y dio un paso hacia Robert.

-¿Puedo abrazarte?- preguntó, después de rechazarlo tantas veces sentía que era inapropiado que se tomara la libertad de hacerlo.

Robert asintió. Sabía que abrazar a Maya en aquel momento era peligroso, sería aún más difícil controlar su instinto pero no iba a renunciar a aquella rara oportunidad.

Se quedaron así varios minutos, casi una hora cuando la voz de Dano se escuchó desde la sala.

-Chicos...- suspiró y vio al par volver de la cocina. Su atención se enfocó en Robert-. ¿Puedes mostrarme tu forma real?- preguntó y Robert se removió.

-A tu alfa no le gustara...- le advirtió.

-No es mi alfa, no le pertenezco a nadie y necesito verlo... en verdad lo agradecería- agregó. Robert asintió y lentamente su cuerpo fue cambiando hasta alcanzar los dos metros con cinco centímetros. Tenía los colmillos sobresaliendo entre los labios, los ojos verdes humanos se volvieron de un verde más encendido, lobunos. Un par de orejas negras crecieron sobre su cabeza, las garras aparecieron en ambas manos y una cola se asomó entre el pantalón, larga y negra. Dano contuvo el aliento al verlo... se quedó pasmado. Su respiración se volvió lenta y pesada.

Una sola mirada no alcanzaba para contemplar el espectáculo frente a él, observó cada centímetro del cuerpo de Robert como asimilando esa apariencia. A su lado Maya sintió la incomodidad de los celos picar en su pecho ante tan atenta mirada.

Dano dio un paso al frente para tocar el pecho ajeno, Maya quiso detenerlo pero para sorpresa de los tres justo en ese momento un hombre extraño abrió la puerta como si aquel fuera su departamento. La imagen frente a él lo congeló.

## Capítulo 4

Por un segundo todo fue quietud y silencio. Maya se quedó estático y alarmado al ver al extraño. Robert abrió grandes los ojos y su instinto de supervivencia lanzó alarmas por todos lados. Solo Dano sintió un alivio desde el fondo de su alma: ¡ahí estaba su pareja!

Para Lionel, por su parte, el asunto no fue tan feliz, ver al enorme beta tan cerca de su pareja ¡tocándose! La visión le hizo ver rojo y en un segundo todo se volvió caos.

Dano no se dio cuenta en que momento el apuesto hombre se convirtió en una sexy masa de músculos y garras de más de dos metros de altura que lanzó a Robert contra una de las paredes.

-¡Mío!- gruñó furioso. Maya corrió donde Robert sin entender qué demonios pasaba y Dano perdió el piso unos instantes. Notó a Lionel levantar una garra con intención de atacar a Maya y Robert y el sobresalto lo inundó. Se movió de golpe al ver lo que estaba por suceder.

Cuando Maya creyó que un zarpazo caería sobre él, una sombra se proyectó sobre su cuerpo.

-¡Basta!- Dano gritó colocándose frente a su amigo y la pareja de éste, frunciendo el ceño.

El alfa se congeló de miedo al verlo en el camino y detuvo el golpe a tiempo para simplemente rozar la mejilla de Dano.

-¡Pareja!- gritó alarmado al notar la marca rosada en la mejilla del rubio. Casi de inmediato su forma bestial se redujo a una casi humana, todo desapareció excepto las uñas gruesas, las orejas y la cola-. Bebé... maldición, no era mi intención pequeño- se disculpó queriendo tocar el rasguño en la cara de Dano pero actuando como si solo de tocarlo pudiese agravar las cosas.

Dano, no era pequeño, pero al parecer a los ojos de aquel sujeto lo era, esta reacción del alfa le dio a Dano el valor que necesitaba.

-Olvídate de eso- lo regañó- ¿Acaso no conoces las leyes más básicas?- reprendió- ¡cabas de golpear a un representante de la ley!

El alfa miró al sujeto en el suelo y desestimó el asunto con una mirada de molestia, muy diferente a la que le dedicaba a Dano.

-Ese beta puso sus manos sobre mi pareja recién establecida, sabía lo que hacía, ¡tengo derecho a despellejarlo por eso!- se excusó sin inmutarse.

Dano frunció el ceño.

-¿Despellejarlo? ¡Ellos solo estaban ayudando a una víctima!- lo reprendió de nuevo señalándolo con el dedo- ¡cabas de entrar con orejas y cola a mi departamento! Si de alguna forma no he perdido la cabeza al verte así es solo gracias a ellos- alegó, el alfa pareció enojarse más al entender que aquel beta había tomado su lugar como pareja de Dano explicándole su mundo- ¡no!- reprendió Dano al notar por donde iba el rumbo de pensamientos del alfa- yo le pedí que me explicara y me mostrara ¡Si no fuera por ellos aun estaría pensando atrocidades de ti!- acusó. Lionel frunció el ceño sin entender cómo es que Dano podría pensar cosas malas de él, ¡había intentado valorar su unión por sobre todas las cosas! ¿Cómo es que ahora era el malo del cuento? -Pase tres días teniendo sexo con un completo extraño sin pensar en nada más ¿qué demonios crees que pensé?- se cruzó de brazos a la defensiva y el alfa frunció el ceño al captar la insinuación, sin embargo otro punto llamó aún más su atención.

-No somos extraños, pareja- Murmuró lastimeramente, ya que el asunto de ser una víctima estaba resuelto le preocupaba más este otro punto.

-Sigues llamándome pareja, ni siquiera recuerdas mi nombre- bufó ofendido. Ante la mención el rostro del alfa se iluminó.

-Daniel Maxwell, eres abogado, te encantan las fresas y vives aquí desde hace cinco años. Hice mi tarea mientras te buscaba, bebé- afirmó orgulloso. Dano se sonrojó levemente ¿o sea que solo él no sabía con quién se había acostado?

-Bien... pero yo no sé nada de ti además de tu nombre de pila...-renegó. El alfa tomó sus manos haciendo que las descruzara suavemente, con infinita dulzura.

-Lo sabrás pareja, te diré todo lo que desees saber- afirmó y Dano retiró las manos despacio.

-Tampoco he aceptado jamás ser algo tuyo...- murmuró deseando no herir los sentimientos del hombre, pero tampoco estaba listo para lanzarse a un abismo de entrega solo porque alguien le había dicho que estaban destinados.

Pese al tono cuidadoso el alfa pareció recibir un golpe tan duro que casi lo hizo tambalearse.

-¿Quieres renegar de nosotros?-Preguntó. Dano no estaba seguro de a qué se refería exactamente con “renegar” pero supuso que sería algo más serio que solo una queja.

-Yo no sé...- hacía una semana él había pensado que pasaría toda su vida junto a Maya y ahora al parecer ambos estaban con alguien más-. Destino o no...- se mordió el labio inferior- no estaría mal iniciar con algunas citas...- ofreció no muy seguro de si Lionel estaría dispuesto a algo tan mundano.

Al notar que su pareja solo estaba confundida y no se cerraba al hecho de que estuviesen juntos Lionel se sintió mucho más relajado.

-Lo que tú quieras, bebé. Me agrada la idea de tener citas- su lobo decía que se llevara a su pareja y lo metiera en su cama pero, como humano también era consciente de que ya se habían saltado muchas etapas.

Conocerse, tener citas, eran cosas que debían disfrutar poco a poco, etapas que no deberían saltarse o jamás volverían. El alfa dio un paso atrás tomando una de las manos ajenas y llevándola a sus labios.

-Sin embargo- Lionel añadió y Daniel se tensó levantando el rostro, no esperaba que el otro quisiera poner condiciones también-. ¿Qué? ¿Yo no puedo pedir nada?- preguntó con una sonrisa, sabiendo que Dano, siendo sensato y justo como decían sus antecedentes no se atrevería a negarle una petición.

-Bien... pero depende de mí aceptarla- murmuró. Lionel asintió.

-Por supuesto- aceptó- Solo pido una cosa y aunque pueda sonar un poco extravagante es necesaria bebé- la forma cariñosa de referirse a él tomo desprevenido a Dano que intentando parecer imperturbable le animó a proseguir con un asentimiento de cabeza-

déjame comprarte un departamento nuevo... haré que quede de acuerdo a tus gustos, tendrá una buena ubicación y mi gente puede trasladar todo en un solo día. Puedes ir al trabajo y de vuelta, te llevaré a tu nuevo hogar... no te causara ningún problema- aseguró, su tono decía que estaba intentando convencer a Dano con las facilidades, pero sus ojos decían que no había forma de negociar ese punto.

Dano frunció el ceño.

-¿Por qué debo mudarme?- preguntó algo ofendido porque el otro quisiera poner su vida pies para arriba solo aparecer. ¿Acaso no iban a ir lento?

-Bebé...- el tono de Lionel sonó impotente- Es algo que necesito ¿puedes complacerme solo en esto? El aroma de tu antigua pareja esta por todos lados y se pega a ti como miel... mi lobo está por salir de control- le explicó. Dano frunció el ceño e inconscientemente volvió la mirada a Robert que yacía sentado en el suelo observándolo, con Maya a su lado, arrodillado sosteniendo uno de sus brazos, como si quisiera protegerlo.

Robert se aclaró la garganta entendiendo que Dano buscaba confirmación en él pero su mirada inmediatamente se volvió a Lionel. Si se atrevía a abrir la boca después del último incidente sin duda el lobo de ese alfa esta vez atacaría a matar.

Lionel notó el gesto y asintió valorando que Robert le diera algo de cara consultándolo con él, parecía que era un lobo respetable después de todo.

-Lo que dice es cierto- aseguró Robert mirando a Dano- Mi lobo es un beta, no es tan posesivo como un alfa y desde que entre aquí ha estado volviéndose loco. Si no tuvieses el aroma de un alfa encima probablemente no podría mantenerlo bajo control-. Lo cual hablaba mucho del autocontrol de Lionel como alfa. Dano arrugó la cara y Robert suspiró- poniéndolo de otra forma, para nosotros que nuestra pareja tenga esa clase de aroma sobre él, probablemente es el equivalente a que tu pareja se presentara a sus citas con otro amante colgando del brazo. Si tu alfa besara a alguien más cada vez que va a verte... ¿cómo se sentiría eso para ti?- Dano se sorprendió de sentirse sumamente celoso y molesto ante la imaginaria

visión. Su mirada enfadada volvió acusadora a Lionel y este sonrió con algo de impotencia ¡Él no se estaba besando con nadie! ¡¿Por qué su pareja lo estaba viendo de esa forma?!

-Yo no lo haría...- aseguro esperando que la afirmación calmara el mal humor en el muchacho y al parecer funcionó. Dano notó inmediatamente lo sensible que estaba respecto a Lionel y estuvo un poco más seguro de que aunque luchara no podría solo ignorar el lazo que tenían.

-Está bien... entiendo. Me mudaré, pero el departamento nuevo debe tener ciertas condiciones-. Advirtió. Lionel asintió encantado, que su pareja le diera especificaciones en realidad se sentía bastante bien, se sentía como si pudiese comenzar a proveerlo, a cuidarlo y protegerlo, instintivamente eso aliviaba a su lobo.

Las llamadas “condiciones” eran en realidad cosas simples, distancia del trabajo, techos altos, color de pintura, entre otros detalles que Dano consideró no podría soportar si no estaban o si aparecían en su nuevo hogar.

-Me mudaré en cuanto tengas el nuevo departamento listo- aseguró- por ahora... en verdad necesito algo de tiempo solo... ¿es...es posible?- preguntó a los tres y Maya asintió primero.

-Puedes llamarme si necesitas algo- le aseguró, pero no se atrevió a tocarlo, sin soltar la mano de Robert lo sacó de ahí. Lionel en cambio no se marchó inmediatamente.

-Quería explicarte todo yo mismo- habló, como sacando un tema de conversación cualquiera- Dano bajó la mirada.

-Todo fue muy confuso-Aseguró- Aún no lo asimilo del todo y... Dios, aún te siento en mi- por no decir que aún sentía el semen en su interior. Pensando en ellos estaba tan avergonzado- sobre nuestras citas... no... no tendré sexo contigo ¿entiendes?- advirtió con el rostro rojo y Lionel se descolocó, pero entendió el deseo de su pareja, quería tener una relación lo más normal posible y eso no incluía más sexo con un casi desconocido.

-No te preocupes bebé...en verdad quiero conocerte mejor, hasta ahora cada pequeño detalle me hace anhelarte más, quiero saber más- Dano asintió sin mirarlo, con la vista clavada en el suelo.

-También quiero... yo...ni siquiera puedo creer lo poco que me importa ver a Maya con otro hombre... y lo mucho que tú me afectas... quiero conocerte de verdad...

Lionel le dio un beso en la frente, largo y lento y después se marchó.

Cuando llegó al estacionamiento Maya intentaba convencer a su pareja de revisarlo aunque éste afirmaba estar bien. Entendía un poco el asunto solo con verlo. Ellos no habían estabilizado su lazo, al parecer estaban aún peor que él y Dano que al menos ya habían tenido sexo, Maya por el contrario no tenía ningún aroma de Robert sobre él.

-Hey, beta- le llamó caminando hacia ellos, ganándose una mala mirada de Maya y una de extrañeza de Robert- No me vean así, no sé su nombre – explicó levantando una ceja y después sacó una tarjeta de su chaqueta y se la tendió- es la tarjeta de mi médico personal. Un golpe de un alfa no es fácil de tratar, dejará remanentes. Valoro el apoyo a mi pareja y lamento haberte lastimado, si no tienes un médico de confianza que sepa que eres un lobo te aseguro que el mío te dará la mejor atención. Llámalo si decides que te revise- se lo pensó y sacó otra tarjeta negra con letras doradas y se la entregó- ésta me representa, muéstrasela y tu tratamiento está asegurado.

Robert extendió la mano por respeto y tomó ambas tarjetas y asintió.

-Todo esto fue un malentendido, no le guardo rencor- respondió educadamente aún sujetándose las costillas.

-Eres un beta destacado. Mi numero está allí, siempre que necesites algo en lo que respecta a nuestro mundo puedes llamarme, si esta en mis manos te ayudaré- le aseguró y Robert lo agradeció.

El lado humano de Lionel sabía que había sido un completo imbécil con Robert antes así que sus palabras eran sinceras. Después de la pequeña charla se marchó. No intercambio palabras con Maya a pesar de que le dedicó un asentimiento de reconocimiento. No era tan positivo referente a Maya, a diferencia de Robert que era detenido de lastimar a Dano por el aroma de un alfa en él, a Lio nada lo detenía de destrozarlo, por lo que era mejor mantenerlo alejado.

Subió a su auto, su chofer lo había estado esperando y se extrañó de verlo volver solo.

-¿Desea que le ponga vigilancia a su pareja alfa?- preguntó y Lio cruzó las piernas mirando la ciudad por la ventana.

-Lees mi mente, quiero que esté protegido todo el tiempo y arregla un nuevo departamento para él, para mañana- aquel sujeto no era solo su chofer, también era su mano derecha- que desinfecten cada objeto de ese departamento en la mudanza, lo quiero todo esterilizado en el nuevo departamento, no soporto el aroma en ellos- gruñó. El hombre que conducía asintió.

-¿Tiene especificaciones de lo que quiere, señor?- preguntó y recordando el encantador rostro molesto de su pareja mientras le decía sus peticiones, Lionel sonrió.

-Las tengo...-miró al cielo con apreciación, parecía un poco más azul esa mañana.

## Capítulo 5

Al día siguiente Dano descubrió que su departamento ya estaba listo y en efecto todas sus cosas habían sido movidas de sitio, el nuevo departamento era perfecto, con todas las cosas que le gustaban, aunque estaba seguro que era algo que él no podía pagar. Había renegado por eso pero Lionel no había cedido y había insistido en que era un regalo y debía aceptarlo.

-Aquí está la llave, la única copia y puedes poner la clave de la puerta cuando me vaya- Dano le vio con cierta burla y sonrió tomando las tarjetas y moviéndolas frente al rostro de Lio.

-¿Se supone que me estás dando privacidad? ¿Cómo entraste a mi departamento la última vez? No recuerdo haberte dado copia de la llave entonces tampoco- se burló y Lionel se sonrojó.

-Se comprensivo pareja, sabía que no aceptarías verme tan fácil ya que habías escapado así que usé toda mi influencia y dinero para conseguir esa copia... de verdad no es algo que haría normalmente- se excusó con tono humilde, a Dano realmente le divertía que aquel hombre aparentemente poderoso cediera tan fácilmente frente a él. No era solo un truco, lo había visto cuando había querido golpear a Robert. Simplemente ese hombre no soportaba hacerle mal.

-No estoy molesto, nuestra situación no es precisamente normal así que puedo ser condescendiente- se encogió de hombros y Lionel sonrió. Solo ver esa sonrisa Dano señaló la nariz ajena y la tocó con su dedo- pero no vuelvas a pasarte de la raya, no me gusta que me quieran ver la cara- amenazó y Lio simplemente asintió sin borrar a sonrisa encantadora de su rostro.

-Tranquilo pareja, no lo haré- aseguró y Dano rodó los ojos.

-Llámame Dano, cuando me llamas pareja siento como si simplemente no te importara quién soy.

Lionel frunció el ceño ante el pedido y tomó una mano ajena viéndolo con seriedad.

-Me importas... sé que es raro para ti pero no es simplemente escoger a alguien al azar que me haga sentir deseo... es simplemente que instintivamente ya sé que eres perfecto para mí... confía en mí ¿sí? Pasando tiempo juntos sé que no te será tan difícil amarme- dijo lo último con satisfacción y Dano aunque estaba algo avergonzado al principio, tras lo ello soltó una risita y le apartó la mano juguetonamente.

-Arrogante- sentenció.

Ellos tuvieron citas justo como habían planeado, aunque la sensación era ambigua, sus encuentros eran tan necesarios que dolía físicamente, se anhelaban, eran una pareja nueva y esas separaciones, la falta de unión, era una autotortura tremenda para ambos.

Dano había tenido que recurrir a las duchas frías diaras, solo pensar en Lionel su cuerpo se calentaba y quería llamarlo y decirle que todo podía irse al diablo ¡lo necesitaba en su cama!

La noche del veinticuatro de diciembre la pareja pensaba pasar nochebuena juntos. No es que quisieran fortalecer sus lazos, era simplemente que a nivel molecular necesitaban con urgencia estar juntos, al punto que pensar en un solo día de separación los enloquecía. Como parte buena, debía decirse que ambos eran bastante compatibles, en toda la extensión de la palabra. Hablar, pasar rato en silencio, los sitios que les gustaban, casi todo armonizaba como si fuese un rompecabezas hecho en el mismo cielo.

Lionel se presentó en la puerta del departamento de Dano la tarde de nochebuena, tenía una reservación en el mejor hotel de la ciudad. También había planeado un espectáculo de fuegos artificiales en el parque frente al restaurante y tenía incluso un regalo en su chaqueta.

Lionel era un hombre frío para los que lo conocían, si sus conocidos habituales lo vieran siendo un pastelito de dulce frente a Dano probablemente explotarían de admiración. El sujeto era el dueño de la firma de abogados más prestigiosa del continente. Si Dano no había tenido problemas en su trabajo después de faltar dos días era todo simplemente por él, aunque la mayoría le había mentido diciendo que habían usado dos días de sus vacaciones pensando que estaba enfermo la verdad es que el alcance de la influencia de Lionel era suficiente como para convertir al modesto abogado en ascenso en fiscal con un chasquido

de dedos. Sus clientes no se limitaban a magnates marítimos, farándula o grandes conglomerados, también había concejales, senadores y gobernadores, entre otros. ¿Quién habría imaginado alguna vez que la pareja de este sujeto que había amasado su fortuna en algunos cientos de años y establecido una red de conexiones e influencia aterradoras sería un jovencito con la palabra justicia escrita en todos sus ojos?

Internamente Lionel sabía que el destino no se equivocaba, quizá necesitaba a aquel chico tirando de sus riendas para que no desviara el camino. Él no era un santo, los amantes habían ido y venido sin parar, la noche que había conocido a Dano había estado ya con una chica y un chico a punto de llevárselos a la cama cuando el aroma de su pareja simplemente los volvió repulsivos. Después de verlo nadie más se le antojaba, solo él.

-Lio- Dano le abrió la puerta, estaba solo con una toalla en las caderas y le sonrió-. Lo siento, se me hizo tarde ¿quieres pasar y esperar a que esté listo?- preguntó, Lionel sintió que sus ojos cambiaban por los de lobo por un segundo y tuvo que reprimir su instinto rápidamente ¡¿Acaso Dano había olvidado que debía ser algo más recatado frente a él?! ¡¿Acaso tenía el mínimo de autopreservación?!

-Quizá debería esperar aquí- habló con voz ronca y Dano se rió de él en su cara

-No seas idiota, venga, entra- le tomó de la mano y lo jaló dentro del departamento cerrando la puerta tras él. Al hacerlo sus cuerpos quedaron demasiado cerca.

Lionel clavó su mirada en Dano y solo su dignidad de alfa le impidió salivar tras ver su piel expuesta. Él estaba embobado viendo al muchacho. Éste le estaba hablando, realmente no le prestó atención, Dano se alejó mientras le comentaba alguna cosa que a él no le interesaba, su mirada estaba fija en la pequeña toalla en sus caderas preguntándose si habría forma de que callera.

-¿Estás escuchando lo que te digo?- Dano le reprendió y Lionel le vio, no había escuchado ni una sola maldita palabra. Solo tras levantar la mirada notó que el departamento tenía una decoración exquisita, había velas por todos lados y estaba a media luz.

-Perdón... me... me distraje- pasó duro. Dano se mordió el labio, había estado balbuceando como un imbécil así que no era tan malo que Lionel no hubiese escuchado nada.

-Bueno solo decía...- él iba a comenzar a balbucear otra vez pero yendo por la senda rápida tomó la toalla y la deslizo dejándola caer- ¿quieres morderme pareja? No soporto más, te necesito...

Lio lo vio y no pudo reprimirse más, su lobo tomó el control, su pareja estaba aceptándolo así que a cada paso Lio se volvió un poco más grande, un poco más fuerte, cuando llegó frente a Dano y lo levantó poniéndolo a horcadas sobre su cintura, era ya un hombre de poco más de dos metros, había rasgado la ropa superior de su traje y sus ojos de lobo ya eran visibles, sus uñas también eran algo más largas.

-No puedes arrepentirte- gruñó con voz ronca y Dano aún descolocado le rodeó el cuello con los brazos, el cabello estaba algo más largo y entrelazó sus dedos en el sedoso de la nuca.

-No lo haré... Dios, estás enorme, vas a romperme...- jadeó y pese a que sonó a miedo estaba excitado. Lionel sonrió y un par de pequeños colmillos asomaron coquetos entre sus labios.

-No te preocupes bebé, te aseguro que no sufrirás en lo más mínimo...- se acercó al pecho ajeno que le quedaba cerca del rostro por la posición y lamió la tetilla que tenía frente a él y mordió ligeramente, la piel fue herida pero un torrente de electricidad recorrió el cuerpo de Dano desde su pezón haciéndolo gemir y endurecer al instante.

-Oh mi Dios ¿qué... qué fue eso?- preguntó y Lio lo llevo a la habitación con una expresión de orgullo.

-Voy a enseñarte bebé, lo que significa ser mordido por un alfa... esos tres días en mi cama...- sonrió y volvió a lamer la pequeña mordida en el pezón ajeno haciéndolo jadear- no serán nada en tu memoria.

Y Dano estaba muy seguro de eso, maldición estaba agradecido de tener días libres por las fiestas simplemente no era posible que saliera de la cama en toda nochebuena ni navidad...

Dano fue consciente de lo que sucedió después de eso pero simplemente perdió el control por completo de su cuerpo, lo único que sabía era que gemía y se retorció incapaz de contener el placer y la lujuria en su cuerpo, el roce de aquellos colmillos lo volvía loco. Poco sabía Dano que la mordida de una pareja lobo podía ser altamente estimulante, tanto como el más potente afrodisíaco y la de un alfa era algo que incluso otro alfa sería incapaz de resistir. ¿Qué se podía esperar del pobre Dano? Simplemente era masilla en las manos de Lio.

Cuando recobrara la cordura Dano entendería perfectamente lo que Robert le había dicho antes. Si Lio quisiera forzar una unión, sería pan comido para él.

-Mi Dio...ah...ah...- Dano se había venido ya dos veces en la última hora y de alguna forma su erección no bajaba. Sentado sobre el miembro de su pareja rebotaba como una pelota simplemente sintiendo que el enorme miembro del lobo no entraba lo suficiente en él pese a que este era ya del tamaño que ningún humano tenía-. Lio... Lio... más...más... necesito más... oh Dios... muérdeme, muérdeme por favor- rodó moviendo como loco las caderas y Lio gruñó tomándola y colocándolo contra el colchón empujando con fuerza en su interior dándole a Dano el ritmo desenfrenado que él mismo no lograba alcanzar.

-¿Estás seguro, pareja?- habló el su oído y lamió- ¿aceptas ser mi pareja?- preguntó con tono necesitado y jadeante.

-¡Joder! ¡Maldición! ¡Muérdeme! ¡Muérdeme! ¡Ah...ah! ¡Si paras te mato!- gritó, la respuesta no era demasiado elocuente pero fue suficiente para Lio que clavó sus colmillos en el cuello ajeno.

La reacción de Dano fue casi inmediata, su cuerpo se tensó y sus ojos se pusieron casi en blanco, el orgasmo lo asaltó y las convulsiones de su cuerpo apretaron a Lio dentro de él hasta hacerlo venirse copiosamente en su interior. Llenándolo por completo, Lionel no dejó de moverse, el nudo se formó en Lio en el lugar justo para rozar el mejor punto de Dano simplemente alargando el brutal orgasmo.

Varios minutos después estaban jadeantes y sin fuerzas uno sobre el otro aun unidos.

-Yo... yo... si hubiera sabido...que...que... sería tan...alucinante... hubiese... mandado la razón... hace mucho... al... carajo- jadeó Dano con una sonrisa sintiendo el agradable peso de Lio sobre él, se sentía pleno y mucho mejor de lo que se había sentido jamás, la molestia que había estado alojada en su corazón los últimos días también había desaparecido.

Lionel por su lado estaba aferrado a su pequeña pareja y sonreía lleno de orgullo y satisfacción.

-Dicen que la espera mejora las cosas- bromeó y salió lentamente de Dano haciéndolo gemir-. Deben estar por lanzar los fuegos artificiales que preparé para ti en el restaurante donde reservé- se rió divertido y Dano lo acompañó.

-Bueno, créeme cuando te digo que me hiciste ver fuegos artificiales, puedes estar satisfecho- comentó acariciándole el rostro- me siento mucho más claro que la última vez.

-Es porque nuestro vinculo se ha estabilizado al fin- respondió sin quitarse de encima de Dano, dejando que le acariciara el rostro- me siento increíble justo ahora. Quizá deberíamos comer mientras podamos- propuso y Dano ladeó el rostro interrogante.

-¿Por qué no podríamos?- Lio se rió por lo bajo.

-Fiebre de apareamiento... viene poco después de la primera mordida....- explicó con una expresión complicada. Dano no pareció afectado.

-¿Será como cuando nos conocimos?- preguntó curioso, el sexo con su pareja era alucinante, ¿por qué estaría preocupado por tener más de eso?- Sin embargo la expresión de Lio fue avergonzada.

-Peor...- dijo apenas y Dano se lamió los labios.

-Creo que tendré una exquisita navidad....

## *Notas de Autor*



¡Felices Fiestas! Esperamos disfrutaran de esta Antología. Muchísimas gracias por apoyarnos siempre, les deseamos que este año que comenzará esté lleno de éxitos y bendiciones.



Facebook: BLDanielRichards

Wattpad: Daniel\_Richards



Portadas: Daniel Richards



Merry Christmas